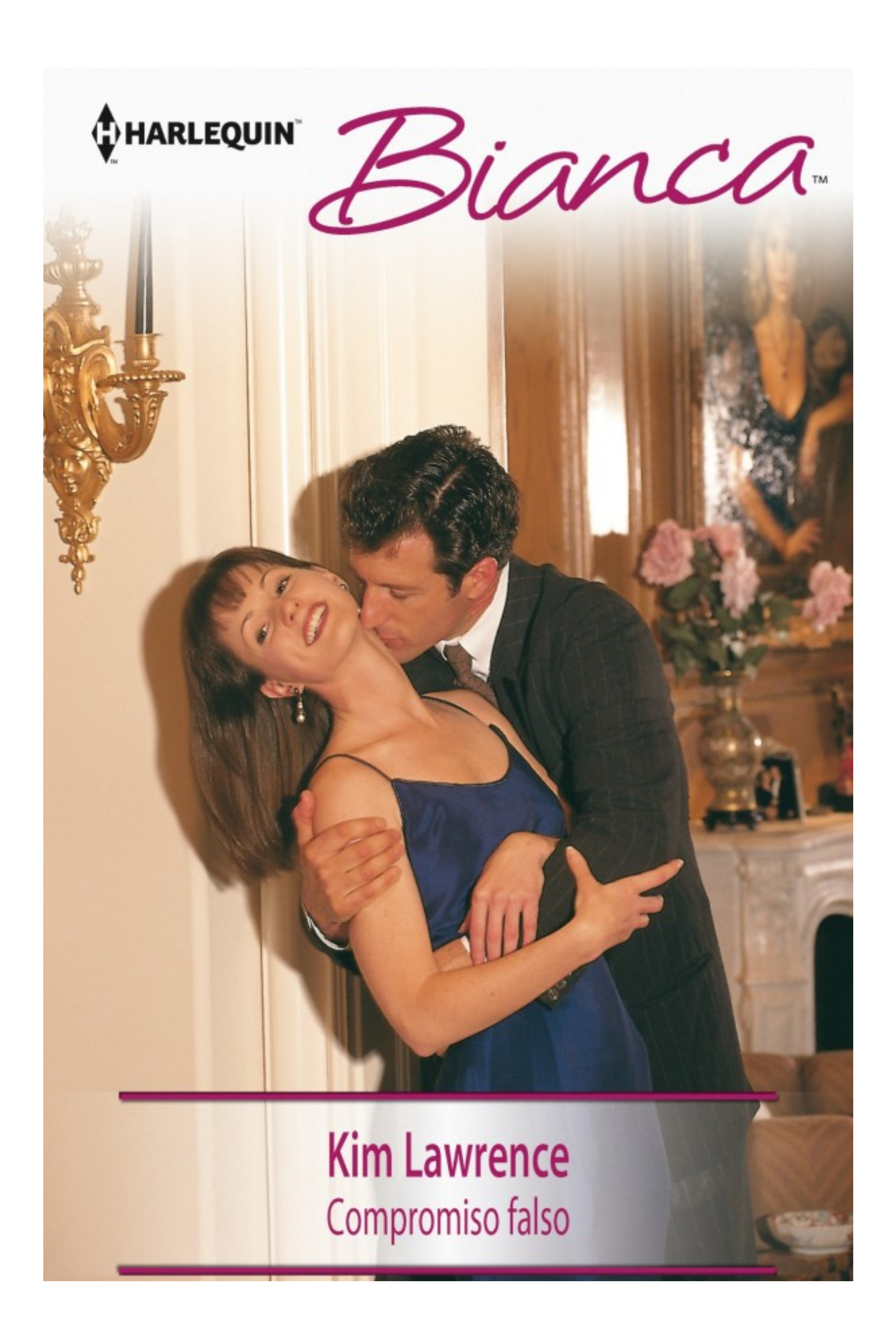

HARLEQUIN
Bianca
Kim Lawrence
Compromiso falso

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Compromiso falso, n.º 1221 - diciembre 2015
Título original: The Engagement Deal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2001

I.S.B.N.: 978-84-687-7337-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 1

Holly enterró la cabeza bajo la almohada, y se esforzó por ignorar el estridente timbrazo que sonaba en la puerta del apartamento de su hermana. Apretó los dientes, en un esfuerzo inútil por recuperar el sueño, y al no conseguirlo, se tapó los oídos con las manos.

Quienquiera que fuera no parecía dispuesto a marcharse. Exasperada, tiró la almohada por encima de su cabeza, con tan mala suerte que rebotó en la pared y fue a estrellarse contra un cerdito de porcelana que su hermana tenía en la mesilla.

Holly se quedó mirando las piezas rotas, y decidió con optimismo que con un poco de pegamento quedaría como nueva… en el supuesto, claro, de que no fuera una auténtica antigüedad de mucho valor. Con Rowena nunca se sabía: en su piso se mezclaban alegremente las gangas del rastro con piezas muy caras.

Echó un vistazo alrededor para buscar una bata. Aunque hacía casi una semana que se había mudado, todavía no había acabado de deshacer las maletas. Al final desistió, al fin y al cabo, llevaba un pijama tan recatado que no inspiraba la menor lujuria.

–¡¿Quién es?! –refunfuño mientras descorría los cerrojos.

–¡Necesito hablar con Rowena!

«Sí, tú y todos los hombres de menos de noventa años de la ciudad, a juzgar por los mensajes del contestador», se dijo Holly sardónicamente. Aquel tipo había sido el primero en llegar tan lejos, así que asumió que se trataba de alguien conocido.

Resopló para quitarse un rebelde mechón pelirrojo de la frente.

–Pues no está… –empezó, parpadeando para acostumbrarse a la luz del vestíbulo–. ¡Oh! ¡Eres tú!

¡No era así en absoluto como se lo había imaginado! Como en un sueño, descorrió el cerrojo. Niall Wesley no era de la clase de hombres a los que se pudiera dejar esperando en la puerta… y, pensándolo bien, tampoco era del tipo de los que una espera encontrarse al abrir. En su caso, no abundaban los hombres guapos, y ciertamente a Niall este adjetivo le hacía poca justicia, con

esmoquin, y que llamaran a su puerta a las ocho de la mañana.

–¿Nos conocemos? –preguntó extrañado antes de que la luz del reconocimiento iluminara sus ojos de un brillante azul–. ¡Eres Polly! ¿no? –y sin pedirle siquiera permiso entró en el vestíbulo y se quedó plantado delante de uno de los amplios ventanales del salón.

La joven se quedó algo mohína al comprobar que, como siempre había temido, él apenas parecía recordarla.

–No, Holly –le corrigió secamente.

–¿Has tenido un accidente o algo así? –preguntó Niall.

¡Casi se le había olvidado! Instintivamente, se llevó una mano al ojo derecho y buscó un espejo donde mirarse.

–Algo así –replicó evasivamente, evaluando los daños. Podría haber sido peor, concluyó con su optimismo característico. Lo podría disimular con un poco de maquillaje.

–¿Cuándo va a volver Rowena? –insistió el joven lanzando una mirada impaciente a su reloj.

La mayoría de la gente se hubiera quedado impresionada al ver la exclusiva joya, pero Holly se sintió más atraída por la visión de la muñeca que aquel gesto había dejado al descubierto. Inmediatamente se maldijo a sí misma por semejante reacción de adolescente.

De repente recordó el ramalazo de pura pasión «adolescente» que había sentido la última vez que lo vio en carne y hueso… para ser exactos, mucho más de lo primero que de lo segundo, por desgracia para su equilibrio mental.

Se había prometido a sí misma que la próxima vez que viera a Niall Wesley no quedaría ni rastro de acné juvenil, ni llevaría aparato en los dientes, y procuraría disimular su rebelde melena pelirroja. De las dos primeras cosas se había desembarazado con facilidad y, para su sorpresa, había descubierto que su cabello provocaba más admiración que otra cosa entre el elemento masculino.

Recordó que también se había propuesto impresionarle con su rutilante belleza y chispeante ingenio. Ni por lo más remoto se había imaginado llevando aquel horrible pijama tan recatado. Eso le pasaba por no haber sido capaz de rechazar el regalo de una anciana tía que no tenía ni la menor idea de sus gustos, y que aún pensaba que tenía la misma talla que a los dieciséis.

A esa edad, Holly había alimentado las más desatadas fantasías, pero de eso hacía mucho tiempo: la realidad se había revelado mucho más excitante… solo que si hubiera sabido que iba a volver a verlo se hubiera esforzado por presentar mejor aspecto. Por mucho que hubiera empezado el siglo XXI, Holly sabía que aún pasaría mucho tiempo antes de que a una mujer dejaran de juzgarla por su aspecto. En cualquier caso, no le hizo demasiada gracia darse cuenta de que aún persistía su ansia adolescente por impresionarlo.

–Te he preguntado que cuándo va a volver Rowena.

Por desgracia, ninguna de sus maldiciones había surtido efecto: no había engordado ni un gramo, su pelo era tan suave y brillante que le daban ganas de enredar en él los dedos. Se ruborizó al imaginar semejante gesto. Definitivamente, tenía que poner coto a su desatada imaginación como fuera.

–Dentro de seis meses.

–¡¿Cómo dices?! –Niall frunció el ceño.

–¡No me mires así, que yo no tengo la culpa! –Holly conocía perfectamente todas sus artimañas: podía mostrarse realmente encantador, hacer que todo el mundo a su alrededor sucumbiera a su encanto. A veces, le parecía ser la única en el mundo capaz de ver al miserable egoísta que había en su interior… aparte de su ex esposa, por supuesto.

–¡Dios! Justo cuando la necesitaba… ¿Dónde está?

¡Aquel hombre era un egoísta de campeonato! No pudo reprimir una sonrisa al ver la desolación con la que se dejó caer en el sofá, sonrisa que se desvaneció de inmediato al pensar la de veces que lo habría hecho. No quería ni imaginarse lo que habría hecho allí…

–En Nueva York –replicó, corriendo un tupido velo: lo que su hermana hiciera con ese o cualquier otro hombre en la intimidad de su hogar no era asunto suyo.

–Así que es eso… –se aflojó la corbata, y se recostó en el respaldo con los ojos cerrados.

–Pero, ¿qué te pasa?

Niall abrió los ojos, pero Holly se dio cuenta de que la miraba sin verla, como si hubiera olvidado su presencia. O tal vez estuviera deseando que se marchara para hundirse hasta el fondo en un océano de autocompasión.

–Estoy perdido a no ser que encuentre… –repentinamente le

lanzó una mirada esperanzada–. Pero, dime, ¿qué estás haciendo tú aquí, Po… Holly? –se preguntaba por qué razón una mujer crecidita como ella se ponía aquel pijama horrendo.

–Se acabó el contrato del piso en el que estaba, y Rowena me dijo que podía quedarme hasta que encontrara otra cosa.

Niall recordó que su amiga le había contado que su hermana estaba estudiando. De hecho, se había pasado toda una fiesta contando divertidas anécdotas sobre las penurias de la vida de estudiante. Pero de eso hacía muchísimo tiempo. Conocía montones de excelentes estudiantes que no acababan de encontrar trabajo; puede que ese fuera el caso de aquella chica.

Holly se iba enfureciendo por momentos al comprobar que él no demostraba el menor interés por ella; ni siquiera le había preguntado qué había estado haciendo durante los últimos años.

Diez años atrás, él formaba parte del brillante grupo de amigos de la universidad de su hermana. Ella los llamaba El Círculo Encantado. Sus vidas habían continuando destilando glamour cuando se lanzaron a conquistar el mundo, por lo menos en el plano profesional: Niall no era el único de ellos que estaba divorciado, aunque en su caso, ese era el fallo más visible. Le estaba bien empleado por haberse casado con una belleza sin demasiado seso.

–¿Y qué está haciendo Rowena en Nueva York?

–Le han ofrecido el puesto de editora que Anabel ha dejado vacante unos meses. Quieren que ella… bueno, no lo sé exactamente –confesó; no entendía muy bien los métodos de trabajo de la destacada revista de modas en la que trabajaba su hermana–. El caso es que le pidieron que se fuera para allá cuanto antes.

–Nos hemos debido cruzar –comentó Niall–. Me alegro por ella –añadió, pero por el tono en que lo dijo era evidente que estaba más preocupado por los inconvenientes que le iba a acarrear aquel imprevisto. Holly dio gracias por no tener amigos tan egoístas como él.

–Estoy segura de que, de haber sabido que te iba a ocasionar tantos trastornos, habría renunciado sin dudarlo –ironizó.

Niall le lanzó una aviesa mirada, sin dejarse engañar por un momento por el aire de fingida inocencia de aquella brujilla, porque eso era lo que parecía con aquella mata de pelo de color tan exuberante y sus oscuros ojos.

–Me alegro de corazón. Sé lo mucho que ha trabajado por conseguir ese puesto –y lo mucho que debía haberlo planificado, pensó para sus adentros con admiración sincera. Su amiga sabía exactamente lo que quería en la vida y se lanzaba a muerte para conseguirlo–. Lo que pasa es que lo siento por mí.

–Sí, tiene que ser realmente muy duro –se burló Holly, medio enfadada, medio intrigada por sus palabras–: rebosas salud por los cuatro costados, eres inmensamente rico y francamente guapo –ni se molestó en mencionar el título nobiliario que heredaría cuando su padre muriese.

Él alzó la nariz, en un gesto casi idéntico al que aparecía en los retratos de sus ancestros que Holly había visto colgados de las paredes de la mansión familiar, Monksleigh Manor; la había visitado el único día al año que abría las puertas al público, esa había sido su única oportunidad de vislumbrar la riqueza y la historia que los Wesley habían acumulado durante generaciones.

–Gracias –Niall sonrió.

Holly sintió que la abandonaban las fuerzas: prefería con mucho vérselas con su desdén que lidiar con aquella amabilidad tan poco característica de él.

–¿Por?

–¿Francamente guapo has dicho?

–Mucho más de lo que imaginas –bufó Holly.

Niall se encogió de hombros, pero por debajo de su burlón cinismo, Holly percibió algo diferente: ¿estaría harto acaso de que la gente le tuviera en consideración solo por su buena apariencia? Enseguida desechó aquella idea tan peregrina: ¿a quién no le gustaría ser el centro de atención de cualquier reunión?

–¿Y para qué quieres a Rowena si puede saberse? –por un segundo temió que le dijera que se metiera en sus asuntos, pero, tras pensárselo un segundo, la miró sonriendo.

–Iba a pedirle que fuera mi prometida esta noche –respondió, como si fuera lo más normal del mundo.

Holly se quedó sin habla y se desplomó en la silla más cercana.

–¡¿Vas a pedirle a Rowena que se case contigo?!

–¿Acaso he dicho yo eso? –replicó picado.

Holly, que se iba recuperando del susto, se sintió herida en lo más hondo al notar que él la trataba como si fuera tonta de remate.

–Acabas de decir que vas a pedirle que sea tu prometida.

–No tengo la menor intención de volver a casarme. solo necesito una prometida para esta noche. A mi juicio, la única razón medianamente plausible para casarse es formar una familia, cosa que yo ya hice en su momento, así que fin del tema.

Hubiera sido una teoría bastante plausible para quien no conociera a la preciosa Tara.

–No esperarás que me crea que lo único por lo que te casaste con Tara fue para tener niños… –se burló Holly. No es que fuera una experta en el proceso mental masculino, pero ningún hombre que ella conociera saldría con una supermodelo pensando solo en bebés.

–He de decir –aclaró Niall haciendo caso omiso de su sarcasmo–, que Rowena sería la única mujer a la que se lo pediría –conociendo la opinión de su hermana acerca del matrimonio, Niall podía estar perfectamente tranquilo.

Disgustada. Holly reconoció el dolor punzante de los celos. De repente, tuvo una visión nauseabunda de sí misma, con un recargado vestido de dama de honor, caminando hacia el altar junto a su radiante hermana. Tendría que ser una santa para alegrarse por su hermana… y, desgraciadamente, ella no era precisamente la madre Teresa de Calcuta.

–No entiendo lo que pretendes –solo había dejado claro era que Rowena era la única con la que se casaría, sobre eso no había duda posible.

Se preguntó si se lo habría pedido ya y si ella le habría dado calabazas. Rowena tenía ideas muy estrictas sobre el amor y el trabajo, y sostenía que una mujer no podía tener ambas cosas si deseaba tener éxito en las dos.

–Eso es porque no escuchas; es muy sencillo: quería que Rowena fingiera ser mi prometida –le explicó, mientras se quitaba una invisible mota de polvo de sus inmaculados pantalones.

–¿Que lo fingiera? Pero… ¿por qué? –antes de que la interrumpiera diciéndole que no era asunto suyo, continuó atropelladamente–: ¿Es que acostumbras a dejarte caer por la mañana temprano en casa de tus amigas con semejante petición?

–¿Has dicho… por la mañana?

–Sí, ¿y…? –replicó poniéndose en pie muy digna. El efecto que

quiso dar a aquel gesto quedó un poco estropeado al tropezar con el bajo de los pantalones y casi caerse.

Niall cayó en la cuenta de que tal vez aquel feo pijama que llevaba la joven podía ser de un hombre. Por alguna extraña razón, la idea de que estuviera con un hombre no le hacía la menor gracia. Debía de ser porque siempre había pensado en Holly como la hermana pequeña de su amiga, considerándola solo como una simpática jovencita con aparato en los dientes. Con sorpresa, descubrió que en la joven se habían producido varios cambios de importancia… especialmente en lo que a su físico se refería.

–No es por la mañana.

Holly lo miró, primero incrédula y, enseguida, presa del pánico. Niall se recordó que, teniendo en cuenta las juergas que se había corrido en su juventud, era el menos indicado para juzgarla.

–¿Qué día es? –preguntó.

–Miércoles por la tarde –respondió Niall.

Pálida y desencajada, Holly volvió a dejarse caer en la silla.

–¿Lo dices en serio?

–¿Qué día creías que era?

–Martes por la mañana.

–Una fiesta de órdago, ¿no?

Aunque Holly todavía se estaba haciendo a la idea de haber dormido un día más de la cuenta, no pudo dejar de notar la nota de censura en su voz.

–Pareces mi madre –aunque lo que solía reprocharle su progenitora no eran las juergas, sino la cantidad de horas que se pasaba trabajando en el hospital sin descanso. A decir verdad, no había sido una idea tan buena aceptar quedarse a la fiesta de despedida que le habían organizado después de pasarse casi sesenta horas de guardia en urgencias. ¡Y pensar que creía haber dicho en broma que se iba a pasar sus días de permiso durmiendo!

–Confío en que seas consciente de que esta es la casa de tu hermana –dijo Niall súbitamente alarmado al imaginarse hordas de jóvenes gamberros arrasando el piso–. Ella sabe que tú estás aquí, ¿verdad?

Holly se sintió un poco culpable al pensar en el cerdito que había roto. Ojalá aquel tipo le hubiera tratado con tanta displicencia cuando ella tenía dieciséis años, entonces no le habría

quitado el sueño ni un minuto. En el fondo, no dejaba de tener su gracia que la considerara una persona peligrosa.

–¡Oh, me has descubierto! ¡Soy una okupa! –exclamó, lanzándole una mirada retadora–. Necesito tomar algo... No te preocupes, me refería a un café –añadió sarcásticamente.

–¿Resaca?

–¡No! –rugió Holly.

Ya en la cocina, se puso a abrir y cerrar armarios en busca del bote de café, plenamente consciente de que él la había seguido y vigilaba todos sus movimientos, comportándose como si la casa fuera suya.

–Ahí está el café –dijo al fin, demostrando lo familiarizado que estaba con aquel entorno–. Rowena solo lo toma descafeinado –añadió, alcanzándole el bote.

–Todavía no sé dónde están las cosas –se defendió Holly–. No llevo aquí mucho tiempo.

No hacía falta que lo jurara, pensó Niall mirándola críticamente mientras ella se bebía un enorme vaso de agua.

–Sabrás que la ingesta desmedida de alcohol produce una terrible sensación de sed, ¿no? –¡Diablos! Aquello sonaba como si lo hubiese dicho su padre... No podía entenderlo: con aquella chica no podía evitar sentirse protector. No había olvidado lo que había tenido que hacer para salvarla de cometer una estupidez.

–No necesito que me des lecciones, gracias –replicó secamente. Aparte de haberlo estudiado aplicadamente en sus libros de medicina, había tenido innumerables ocasiones de comprobar los efectos del alcohol gracias a su trabajo en urgencias. El tipo que le había puesto el ojo a la funerala cuando le estaba cosiendo la herida de la cabeza no era el primer borracho que había intentado agredirla.

–Lo quiero solo –Holly le lanzó una mirada aviesa–: me refiero al café, lo tomo sin azúcar.

–¿Sabes que eres un mandón? –rezongó Holly echando una cucharada de café en otra taza. Si alguien le hubiera dicho tan solo veinticuatro horas antes... mejor dicho, cuarenta y ocho, que iba a estar sentada en la cocina con Niall Wesley, se hubiera reído a carcajadas–. ¿Para qué necesitas una prometida? –preguntó curiosa–. Y solo por una noche, qué extraño.

–Es que he quedado a cenar con una mujer que quiere casarse conmigo.

–Holly se mordió el labio para resistir el impulso de echarse a reír. Le parecía cuando menos curioso que se hubiesen trastocado de ese modo los papeles de predador y presa.

–Y por eso quieres usar a Rowena como escudo –su hermana era tan hermosa que cualquier mujer se sentiría intimidada en su presencia. De hecho, ella se había pasado toda la adolescencia acomplejada por la perfección de su hermana–. ¿Cómo estás tan seguro de que quiere casarse contigo? –todo aquel asunto tal vez no fuera sino producto de la arrogancia de un hombre que se creía irresistible.

–Porque me lo ha dicho.

Holly enarcó las cejas sorprendida: evidentemente, aquella misteriosa mujer no se caracterizaba precisamente por ser muy sutil.

–A lo mejor estaba de broma –aventuró.

–Te puedo asegurar que no.

–¿Cómo estás tan seguro?

–Porque es Tara.

Holly dejó caer el cartón de leche, derramando su contenido por la impecable encimera de la cocina.

–¿No será la misma Tara…? –preguntó atónita.

–La mismísima con la que me casé y de la que me divorcié –afirmó Niall tranquilamente mientras acababa de preparar el café–. La madre de mi hijo, por si necesitas más datos.

–¡Demonios!

–Tal vez se pudiera expresar de forma más delicada, pero, la verdad, reconozco que «demonios» no está mal –bromeó Niall.

–Creía que estaba viviendo con ese actor en…

–«Estaba», tú lo has dicho. Ahora se dedica a seguirme allá donde vaya –le explicó resignado–; Si voy a París, allí se presenta ella; ¿qué voy a Los Ángeles? Pues lo mismo…

–Pero será porque viaja mucho, las modelos tienen que hacerlo…

–¿A la Feria del Libro de Munich?

–Bueno, puede que ahí no –admitió Holly.

–Nada de «puede», no digas bobadas.

–Pero, ¿no fue ella la que decidió dejarte?

Él asintió con un gesto.

–Efectivamente, pero debe tener remordimientos. Está empeñada en arreglar las cosas.

No parecía muy contento ante semejante perspectiva. Holly se preguntó si no sería un rasgo de su carácter protestar por todo. Se dijo que la idea de que la superfamosa Tara, la modelo de piernas interminables y curvas vertiginosas, estuviera arrepentida, haría vibrar de puro delirio a la mayoría de los hombres.

–¿Y por qué no le dices sencillamente que no quieres volver a casarte con ella? –no entendía por qué se empeñaba en ahogarse en un vaso de agua.

–Ya lo he intentado, pero no me cree y, además, no quiero hacerle daño –fue la sorprendente respuesta–. Los periodistas se lo hicieron pasar tan mal a la pobrecilla cuando nos divorciamos y cuando me concedieron la custodia de Thomas, que no quiero que vuelva a pasar por lo mismo –por increíble que pareciera, su tono de voz destilaba cariño sincero hacia su ex –. ¿Azúcar? –preguntó con la cuchara en ristre.

¡Pobrecilla! Holly lo miró incrédula. Según las revistas, sí, había leído hasta la última palabra de lo que se había publicado sobre la pareja, su mujer lo había dejado cuando él decidió dejar el circuito de Formula Uno, dejándole literalmente abandonado y a cargo del hijo de ambos. ¿Seguiría enamorado de ella a pesar de todo?

Aquello era increíble: ¡y pensar que dos minutos antes estaba angustiada por la posibilidad de que Niall estuviera enamorado de Rowena!

Mientras se tomaba el café, se fijó en que Niall parecía estar muy lejos de allí. Por una vez, parecía haberse olvidado de su habitual pose.

–Tara está completamente decidida –anunció tras un largo suspiro–. Dice que quiere rescatarme de una vida solitaria y sin rumbo.

–¿De verdad tienes una vida solitaria y sin rumbo? –preguntó Holly escéptica.

–Para Tara, estar soltero significa lo mismo.

–Se me parte el corazón –replicó con sorna, pero se contuvo al ver que él le lanzaba una mirada feroz.

–A mí me gusta estar soltero –declaró.

–Sí, creo que leí algo al respecto la semana pasada en el periódico con el que envolvieron el pescado –había estado disfrutando de su soltería en el asiento de una limusina con una joven aspirante a actriz que llevaba un vestido cortísimo y ajustado.

–Ya, te refieres al desastre de la ceremonia de entrega de premios –refunfuñó–. Si no fuera un caballero, te diría lo mismo que le dije a ese fotógrafo. Para tu información, no era mas que un montaje para conseguir publicidad.

–¡Ah! Ya lo entiendo –se mofó Holly–. ¿Y no podías haberle pedido a esa chica que te echara una mano en este asuntillo? Parecía muy profesional –bromeó.

–¡Claro que no! Yo no hubiera querido involucrar a nadie más, pensé que Tara me creería cuando le dije que estaba enamorado de otra persona –parecía realmente frustrado por su falta de cooperación.

–No me digas que no confía en ti. ¡Menuda falta de consideración por su parte!

–Jamás le he mentido.

Holly enarcó las cejas incrédula.

–En condiciones normales, jamás le hubiese mentido, pero esta vez lo hago por su bien –se justificó Niall a regañadientes. Era evidente que estaba deseando estrangularla.

–Por no hablar de tu propia conveniencia.

–Cuando le dije que había otra mujer, fue porque pensé que Rowena se prestaría a colaborar. Eso fue antes de enterarme de que se había ido al otro lado del océano, claro. Ahora solo tengo media hora para encontrar una sustituta –dijo lanzando una mirada desesperada a su reloj.

–Pues yo hubiera creído que había un rebaño de aspirantes deseosas de echarte una mano.

Niall le lanzó una candorosa mirada.

–El problema estriba –le explicó en un tono deliberadamente conmovedor– en que no creo que ninguna de ellas esté tan dispuesta como Rowena a devolverme el anillo de compromiso al día siguiente. Y no quiero salir del fuego para caer en las brasas.

–¡Santo Cielo!, qué duro debe de resultar ser tan irresistible –se mofó Holly cruelmente.

Niall la miró de hito en hito.

–Te pediría que me ayudaras… –hizo una pausa mientras ella profería unas cuantas interjecciones–, pero tengo la impresión de que no te gusto demasiado. Además, no creo que estés exactamente… –aunque se calló, el sentido de sus palabras resultaba evidente.

–¿Exactamente qué? –quiso saber Holly, ya en pie de guerra. Sabía perfectamente que lo que había querido decir era que nadie creería que un hombre como él iba a casarse con una mujer como ella.

Retadora, alzó la barbilla. Tal vez no volviera locos a los hombres, pero de ahí a que la tomaran por la última oportunidad de un hombre desesperado… Ya no era la misma niñita que se había hundido en la más absoluta miseria por un cruel comentario, e iba a demostrárselo a ese arrogante de Niall Wesley.

–Vestida para la ocasión –estaba encantado de haber recordado que, según Rowena, la mejor forma de que su hermana aceptara hacer algo, era decirle que no lo hiciera: «Es terca como una mula», habían sido sus palabras exactas.

Y, efectivamente, Holly no estaba dispuesta a que la dejaran de lado tan fácilmente. Si ese tipo se pensaba que no daba la talla para salir con él, le iba a demostrar inmediatamente lo equivocado que estaba.

–Tengo otra ropa –dijo airadamente–, y mucha gente piensa que arreglada gano un montón.

–No lo dudo, no lo dudo –la tranquilizó Niall de inmediato. El extraño brillo en su mirada hizo que por un momento Holly dudara de su impulso–. ¿Te importaría darte prisa?

–¿Prisa?

–Si queremos llegar a tiempo…

Holly parpadeó con la boca abierta de asombro.

–¿Por qué crees que voy a ayudarte?

–Bueno, si no vas a ser capaz de hacerlo… –admitió Niall comprensivo.

En aquel punto, Holly estuvo casi segura de que había sido miserablemente manipulada, pero el resto de duda que aún le quedaba y su incapacidad congénita de echarse atrás una vez aceptado un reto, le hicieron responder de inmediato:

–Ni por un momento pienses que lo hago porque se me caiga la baba por ti.

–No te preocupes –replicó Niall alegremente–, creo que podré soportarlo.

Con una mueca de disgusto, Holly se dirigió al dormitorio murmurando maldiciones.,

Cuando diez minutos más tarde salió de la ducha, todavía se arrepentía de haberse dejado embarcar en aquel lío. Y lo que menos entendía era por qué se sentía tan excitada. Llevando como única prenda una toalla enrollada en la cabeza a modo de turbante, se dirigió al dormitorio con gracia felina y abrió una de las dos maletas que contenían la mayor parte de sus bienes terrenales. Sacó varias cosas y al incorporarse se quedó mirando su imagen reflejada en el espejo rodeado de querubines que tenía justo enfrente. No estaba nada mal, pensó, observando con ojo crítico cada detalle de sus formas, bien proporcionadas con su pequeña estatura. No, nada mal, se repitió mientras se colocaba delante el vestido de seda gris para ver el efecto. Una chispa de malicia asomó por el rabillo del ojo.

Abrió un poco la puerta y le tendió a Niall el vestido:

–Anda, se bueno y plánchame esto. No querrás que lleguemos tarde, ¿verdad? –dijo, y cerró la puerta sin darle opción a replicar. Sonrió al imaginar a Niall Wesley, el astro de los circuitos de Fórmula Uno, la cabeza del imperio editorial de la familia… planchando. Ese hombre se había pasado la vida rodeado de criados, era casi un milagro que supiera atarse los zapatos. Riendo todavía, se sentó para examinar con tranquilidad los mil y un cosméticos de su hermana.

Con un hábil movimiento de muñeca, se recogió el pelo en un moño en la nuca, dejando algunos mechones sueltos para dar al peinado un aire informal. Afortunadamente, tal como había previsto, el golpe en el ojo pudo disimularse con un poco de maquillaje.

Probó unos cuantos perfumes hasta decidirse por uno con el que se roció generosamente. Tras ponerse unas braguitas y calzarse unos preciosos zapatos de tacón alto, lo único que le faltaba era el

vestido.

Oyó unos golpecitos en la puerta, y solo dispuso de medio segundo para taparse el pecho con las manos y componer una expresión horrorizada antes de que la puerta se abriera.

Aunque le hubiera gustado salir corriendo, su orgullo la obligó a quedarse inmóvil mientras él se la quedaba mirando de arriba abajo, deteniéndose a placer en determinadas partes de su anatomía.

–Estás muy bien.

Holly se encogió de hombros en un gesto pretendidamente natural, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Temblaba, aunque su piel ardía. «Cálmate», se dijo a sí misma. «Niall Wesley ha debido de ver un montón de mujeres desnudas, y tú no eres más que pasable». Sin embargo, el convencimiento de ser mediocre, no impidió que le recorriera el cuerpo un estremecimiento puramente sexual.

–Ciertamente, arreglada ganas un montón –aquellas irónicas palabras se prestaban a cualquier interpretación, así que Holly no se calentó mucho la cabeza–. Toma –dijo tendiéndole el vestido.

–Gracias –automáticamente, adelantó un brazo para tomar la prenda, sin darse cuenta hasta que fue demasiado tarde de lo expuesta, en el sentido literal de la palabra, que la dejaba aquel gesto. Volvió a dejar la mano donde estaba rápidamente, pero no sin poder evitar que asomara un pezón–. ¿Te importa dejarlo encima de la cama? –le pidió con voz ronca, esforzándose desesperadamente por mantener la compostura–. ¿Quieres darte prisa? –le apremió mientras él se volvía con toda tranquilidad hacia la cama… en la que quizá se había acostado con Rowena–. No querrás tener esperando a tu mujer, ¿verdad?

Él dejó la delicada prenda sobre la cama, alisándola con la palma de la mano. Aquel gesto le hizo imaginar a Holly la misma caricia sobre su piel desnuda.

–Ex mujer –precisó Niall incorporándose–. Y Tara no ha llegado puntual en su vida, ni siquiera a su boda, así que no te agobies. No hay tanta prisa.

–¡Y me lo dices ahora! –Holly había conseguido ponerse una bata, así que se sentía mucho más segura.

Su turbación había sido provocada porque se había sentido

vulnerable al estar casi desnuda delante de él. Sí, esa era la explicación más lógica, decidió arrebujándose en la bata. Si él también hubiera estado desnudo, no se habría sentido tan acobardada…

Pero en cuanto, inevitablemente, se imaginó a Niall Wesley desnudo, su teoría hizo aguas de inmediato. «¡Oh, Dios!», pensó cuando él le dedicó aquella sonrisa que siempre le hacía temer que era capaz de adivinar sus pensamientos, «¡Ojalá termine pronto esta terrible velada!».

Capítulo 2

Como no tenemos tiempo de inventarnos nada, déjame hablar a mí –propuso Niall con su brusquedad habitual.

–¿Laringitis, quizá? –replicó Holly sardónica–. ¿O se supone que me he quedado muda ante la maravillosa perspectiva de haberte pescado?

Él le tomó la mano, y antes de que pudiera protestar, le deslizó en el dedo un impresionante anillo con un zafiro.

–Esto valdrá por el más elocuente de los discursos –observó, contemplando el efecto de la joya en su mano.

–¡No puedo llevarlo! –exclamó Holly impetuosa.

–Lamento que no te guste, pero será solo por esta noche.

¿Gustar? Era una joya hermosísima, y probablemente de incalculable valor.

–Me está grande… seguro que la pierdo –balbuceó presa del pánico. Seguro que a Rowena le hubiera sentado como un guante… tal vez incluso lo había comprado para ella. Esa posibilidad hacía aún más imperativo librarse de aquel anillo cuanto antes.

–El engarce es un poco anticuado. Tara nunca lo quiso. Era de mi abuela –comentó Niall.

En esas circunstancias, no tendría por qué sentirse tan mal por llevar una joya que otra mujer había rechazado, pero el caso era que sí la molestaba.

–No creo que Tara vaya a tragarse este cuento, Niall –comentó desanimada, contemplando el anillo como si fuera un bicho capaz de picarla.

–Si abandonas esa actitud derrotista, y dejas de soltar esas frasecitas tuyas, yo creo que tenemos bastantes posibilidades. Tara no es nada suspicaz, y como nunca le he mentido, no tiene ninguna razón para pensar que la estoy engañando.

Incómoda, Holly jugueteaba con el anillo.

–¿Nunca? –insistió.

–Nunca –replicó Niall con firmeza–. Descontando, claro, cuando

la decía que no había nada que me gustara más que pasar la tarde en los desfiles de modas.

–Me asombra que un matrimonio tan, pero tan perfecto acabara rompiéndose –gruñó Holly. A juzgar por sus palabras, era el marido perfecto.

–Precisamente, creo que se rompió por mi afán de sinceridad.

«Hablando de hacer frasecitas», pensó Holly divertida.

–¿Acaso crees que un matrimonio tiene más posibilidades de sobrevivir gracias a ciertas dosis de engaño?

–Lo que digo es que no quería estar casado con una mujer que estaba enamorada de otro hombre.

–¡Oh! –aquella franqueza le resultaba un tanto incómoda. No parecía un hombre con el ego hundido, pero tal vez su frialdad era una forma de disimular un corazón destrozado–. Supongo que ahora no está enamorada de nadie, ¿verdad?

–Esa es una forma de pensar típicamente femenina.

–Es que soy una mujer.

–Con ese vestido que llevas, no hay la menor duda al respecto. Pero supongo que ese es precisamente el objetivo que buscas…

–¿Cómo dices? –por desgracia, no consiguió imprimir a su voz el tono cínico y distante que le hubiera gustado emplear. Mirando aquellos ojos tan azules, Holly deseó que su vanidad no hubiera empañado su buen juicio, y haber accedido participar en aquella mascarada.

–La única razón por la que te has embarcado en esto es para demostrarme que con los años has mejorado hasta un extremo increíble…

Holly tuvo que reprimir un insulto. ¡Cómo se atrevía a decirle semejante cosa! Aquel hombre le parecía más detestable a cada segundo que pasaba. Tenía que haber estado ciega y haber sido completamente idiota para tenerle en alguna estima, se reprochó amargamente.

–¡Yo no… !

–Bueno, como quieras –la interrumpió Niall–. Lo que ahora importa es que Tara sí que está enamorada de otro hombre… el mismo de antes, para ser exactos. Lo que pasa es que se siente muy culpable por habernos abandonado a mí y a Thomas, y esa culpa es la que la impide seguir su camino y ser feliz. Me preocupa Tara, y

solo deseo que encuentre la felicidad.

–En conclusión, ¿debo pensar que eres una especie de santo?

–Para que lo sepas, no me importa ni esto lo que pienses de mí –dijo, haciendo un gesto con el pulgar y el índice–. Lo único que espero es que hayas dejado la escoba en casa esta noche.

¿Escoba? ¡Pero qué cara tenía aquel tipo!

–Seré tan dulce y sumisa como a ti te gusta –dijo Holly con una sonrisa almibarada. Jamás en toda su vida adulta había consentido en que un hombre hablara por ella, y no tenía la menor intención de empezar a aceptarlo aquella noche. Sentada en el taxi, se dedicó a mirar con toda atención a su acompañante.

Niall estaba ajustando el nudo de la corbata a su potente cuello. La tenue luz resaltaba los duros ángulos de su atractivo rostro, pero después de la ridícula escena del dormitorio, Holly luchaba denodadamente para no dejarse intimidar por sus acerados ojos y aquellos labios tan sensuales.

Niall acabó de atarse la corbata y le lanzó una mirada difícil de interpretar.

–No tienes ni la menor idea de lo que «a mí me gusta» –el brillo de sus ojos resultó más demoledor para sus sistema nervioso que la más violenta tormenta.

Sin embargo, terca como era consiguió reprimir el impulso de arrebujarse en su lado del asiento y taparse la cara con las manos. Debería haber una ley que prohibiese salir a la calle a tipos como él.

–Estaré solo pendiente de cada una de tus palabras, cielo –le prometió con una caída de ojos cargada de ironía.

–Y por todos los santos, no se te ocurra beber mucho –le advirtió Niall severamente.

Holly apretó los labios enfurruñada: ¿acaso no era ella la que le estaba haciendo un favor? Por la actitud de Niall, podría deducirse todo lo contrario.

–Pareces creer que soy una borrachuza –¡y pensar que en la fiesta del hospital solo había tomado un par de copas de vino blanco… cuyos efectos, añadidos a una semana de exhaustivo trabajo, habían sido hacerla dormir como una bendita durante dos días enteros.

–Lo que digo es que, a juzgar por como tienes el ojo, parece que perdiste el equilibrio, por lo menos –replicó Niall mirándola más de

cerca.

Holly sintió que ardía cada poro de su piel.

–No, no me caí.

–Entonces, ¿cómo te lo hiciste?

–Bueno, es un poco complicado de expresar… –dijo evasivamente–. Fue un puñetazo –confesó al fin al darse cuenta de que Niall estaba perdiendo la paciencia.

–¿Eso te lo ha hecho un hombre? –preguntó Niall profundamente disgustado.

–No ha sido tan grave como la última vez –dijo Holly alegremente, sin darse cuenta del efecto de sus palabras.

–¿Volviste a por más? –insistió Niall incrédulo.

Holly sonrió. No era que lo hubiera buscado, su primera impresión del trabajo en urgencias no había sido precisamente favorable, pero al final, le había encantado la experiencia… dejando a un lado por supuesto los episodios en los que había sido víctima de la violencia física.

–Bueno, no tenía elección… –empezó a explicarle, pero antes de que pudiera continuar, él la interrumpió con un rugido.

–¡¡¡Que no tenías elección!!! Por Dios santo, mujer, siempre hay una forma de escapar de una relación violenta. Que a los dieciséis años hicieras una tontería puedo entenderlo –entre aquella andanada, aquella breve alusión a aquel mortificante episodio, la hizo ruborizarse hasta las orejas–. Pero, por lo que veo, has desarrollado una maligna inclinación a dejarte maltratar.

Por fin entendió entonces Holly que Niall no había hecho otra cosa que malinterpretar sus palabras. Abrió la boca para explicarle lo que había sucedido realmente, deseosa de dar una buena lección a aquel santurrón metomentodo, pero en el último momento decidió callarse.

No le debía a Niall Wesley ninguna explicación. ¿Cómo se atrevía aquel tipejo a pensar que ella podía ser una víctima? Revistiéndose de una frialdad que estaba muy lejos de sentir, le sonrió muy tranquila.

–No sabía que fueras tan… moralista –dijo, fingiendo sorpresa.

–Si por moralista entiendes que no puedo soportar a los hombres que piensan que lanzar un puñetazo es una forma de afecto, entonces lo admito, lo soy. Y si piensas que puedes cambiarlo,

olvídalo: los hombres como esos no cambian –irónicamente, no se daba cuenta de que estaba tan furibundo que resultaba más amenazante que aquellos brutos con los que Holly había tenido que enfrentarse en el cumplimiento de su deber.

Por una parte, la joven estaba deseando aplaudir aquel estallido de vehemencia, pero, por otra, le llevaban los demonios por lo que había llegado a pensar de ella.

–Bueno, bueno, no te lo tomes tan a pecho –le tranquilizó, poniendo una mano sobre su muslo.

Niall hizo una mueca de disgusto mientras se apresuraba a apartarle la mano como si temiera contagiarse de una enfermedad; sin embargo, a Holly le dio tiempo de apreciar la firmeza de sus músculos.

–No me tomes el pelo, Holly –dijo, haciendo que ella se sintiera aún más confundida.

–Para ser una alma tan dulce –le dijo con voz temblorosa–, aprietas muy fuerte –con un gesto señaló sus dedos, que Niall mantenía firmemente aprisionados. Apenas podía soportar las contradictorias sensaciones que ese contacto despertaba en su interior.

Rápidamente él la soltó.

–Lo siento.

–No te preocupes –replicó Holly moviendo los dedos para restablecer la circulación–. No entiendo por qué reaccionas así –continuó, visiblemente enfadada, con los ojos relucientes de ira.

Si no hubiera estado tan segura de que Niall era incapaz de desarrollar cualquier emoción, se había dado cuenta de que la estaba mirando con algo muy parecido a la preocupación sincera.

–Pareces una chica inteligente.

–¡Vaya, muchas gracias!

–Sé que me guardas cierto resentimiento, Holly… y, además, supongo que ser hermana de alguien como Rowena no debe resultar fácil –lo que le faltaba: que le recordaran que nunca podría estar a la altura de su brillante hermana–. Sin embargo, tu autoestima tiene que estar realmente por los suelos si consientes que… –apretó la mandíbula furioso al imaginar que un tipo había sido capaz de…–. Creo que te gusta que los demás piensen que eres un espíritu libre, pero ¿no te das cuenta de que no hay nada minimamente

enriquecedor en dejar que un bruto te ponga la mano encima?

Holly inspiró profundamente, intentando controlar la ira que pugnaba por escapar por cada poro de su piel.

–No sigas –le cortó con acritud.

–Ya, supongo que no es asunto mío –reconoció, aunque en realidad su mente estaba más ocupada calculando de qué forma podría conseguir que el vestido se le resbalara un poco.

Aquella fugaz visión de sus senos desnudos no se le iba de la cabeza. En otras circunstancias, no se lo habría pensado dos veces, pero Holly no era solo su cómplice en un plan que le interesaba mucho: era también una chica muy joven, a la que conocía desde que era una niña, por añadidura, la hermana de su mejor amiga. Ya tenía demasiados problemas como para añadir una preocupación más a su vida, pensó juiciosamente.

–Tú lo has dicho –fue la réplica de una ceñuda Holly. Para ser un hombre tan decididamente en contra de la violencia, parecía arder en deseos de estrangularla.

–Está bien, dejémoslo –evidentemente, no estaba en absoluto de acuerdo con ella, pero por alguna razón que a Holly se le escapaba, había decidido dejarlo pasar–. Llegaremos enseguida. ¿Vas a portarte bien?

Lo dijo tan serio, que Holly no pudo resistir la tentación de hacerle sufrir un poco más.

–Pues no sabría qué decirte…

Y entonces, Niall se abalanzó sobre ella tan repentinamente que no pudo reaccionar. Puso sus labios sobre los suyos y la besó con pasión. Holly sintió el ligero aroma de su colonia, mezclado con la cálida fragancia masculina que emanaba su cuerpo. solo con un enorme esfuerzo, consiguió mantenerse tensa como un arco, pues temía que, si se relajaba, aunque fuera solo por un instante, corría el riesgo de desmayarse.

–Lo siento, me he pasado –murmuró al fin Niall separándose de ella.

Holly supo que, por irónico que resultara, no se estaba refiriendo al beso, que apenas parecía haberle causado la menor impresión. Desde luego, ni siquiera le había alterado el ritmo de la respiración, como le había ocurrido a ella, que estaba poco menos que congestionada. Ella sí que se había dado cuenta, ¡vaya si se había

dado cuenta!

–Al fin y al cabo, tu vida es tuya… –reconoció Niall.

–¡Y también mis labios! –por nada del mundo quería que él creyera que la había afectado lo más mínimo aquel beso dado con la clara intención de hacerla callar.

Niall no dijo nada, demasiado ocupado en reprocharse a sí mismo aquel estúpido impulso con el que solo había conseguido complicar las cosas aún más. Cruzó los brazos y se mantuvo en obstinado silencio hasta que llegaron al hotel.

Holly no pudo evitar asombrarse de su capacidad para no solo no disculparse sino encima conseguir que ella se sintiera culpable. En otras circunstancias, eso le habría hecho reír, pero en aquel punto, estaba demasiado agobiada como para siquiera esbozar una sonrisa.

Ojalá no se hubiera separado tan pronto de ella… Justo cuando estaba a punto de entreabrir los labios… No, no iba a hacerlo… ¡Sí, tenía que reconocerlo! Aquella idea daba vueltas y vueltas en su cabeza, mientras en la boca del estómago notaba una extraña sensación que se agudizaba cada vez que llegaba hasta ella su cálida fragancia.

–No estaría mal que no estuvieras tan a la defensiva.

¡Mucho mejor sería saltar cuanto antes del coche!

–¿Es una orden?

En cuanto el taxi se detuvo, y sin esperar que él le abriera la puerta, salió al exterior, aspirando con fruición la fresca brisa nocturna, en un intento por sentirse mejor. Esperaba mostrar la actitud de una mujer fría y sofisticada que no se derretía solo por ser besada por un hombre, por extraordinariamente atractivo que fuera este.

No fue de gran ayuda para sus exaltados nervios darse cuenta, muerta de vergüenza, de que él no dejaba de mirar la línea de sus pezones, perfectamente delineados por la fina tela del vestido.

–Solo si tú te lo tomas como tal. En realidad es una súplica: por favor, intenta recordar que se supone que estamos profundamente enamorados –añadió Niall no sin ironía.

Entrar en un lujoso restaurante del brazo de Niall Wesley había sido una de sus más recurrentes fantasías… ¡Y pensar que, cuando se desarrollaban en su imaginación, aquellas escenas resultaban tan

placenteras! Nada que ver con la cruda realidad: ciertamente, Niall hacía gala de unos modales exquisitos, pero solo después de haberse burlado de ella, haberla sermoneado a fondo, y acabar rematando la faena con un beso de película. ¡Dios! ¡Cómo detestaba a aquel hombre!

–¡Llegáis tarde! –una intensa nube de perfume los envolvió antes incluso de llegar a la mesa donde los esperaban.

Holly se mantuvo a un lado mientras Tara rodeaba con su brazos el cuello de su ex marido y le propinaba un cálido beso en los labios. La espléndida melena rubia le caía casi hasta la esbelta cintura. Un simple vistazo a su sencillo y carísimo vestido de alta costura hizo que Holly se sintiera como una fregona.

La joven evitó mirarla a los ojos. Era bastante frustrante constatar que Tara Steel era aún mucho más hermosa en carne y hueso de lo que aparecía en las fotos.

–Estás manchado de pintalabios, cariño –dijo Tara limpiándole la comisura de los labios con un pañuelo. Niall la dejó hacer sin la menor protesta–. Y no sido yo… –añadió, medio decepcionada, medio molesta–. Hola –continuó mirando a Holly con sincero interés–. Niall ha sido tan misterioso que ni siquiera se cómo te llamas. De hecho, estaba empezando a pensar que no eras más que un producto de su imaginación. La verdad es que es el hombre más imaginativo que conozco –comentó, lanzado a su ex una mirada de complicidad.

–¿Y conoces muchos? Hombres, quiero decir –las palabras se le escaparon antes de que pudiera evitarlo. Tal vez no fuera tan mala idea después de todo dejar que Niall llevara el peso de la conversación.

Tras un breve instante de vacilación, Tara se echó a reír, aunque Holly no la hubiera culpado si en vez de eso le hubiese soltado una buena bofetada.

–Pues no tantos como te habrán hecho creer las revistas…

–Se llama Holly –intervino Niall rápidamente, separando una silla para que la sudodicha se sentara–. No te preocupes –le susurró al oído–. No viene mal una ración de celos.

–No pretendía ser grosera –se disculpó Holly terriblemente

mortificada.

–Es un comienzo –replicó el joven severamente, mientras tomaba asiento entre las dos mujeres.

–¡No pasa nada, Niall! Holly me ha recordado que soy agua pasada, lo que, dadas las circunstancias, me parece de lo más correcto –Holly logró esbozar una débil sonrisa–. Tendrás que perdonarme, Holly: reconozco que siempre tendré debilidad por este hombre.

Era una forma muy suave de definir la evidente corriente de afinidad que existía entre aquella pareja. A Holly incluso le pareció advertir el brillo de unas lágrimas en los ojos de Tara.

¡Qué situación tan extraña! Holly no podía entender por qué Niall se mostraba tan reticente a reconciliarse con Tara. No solo era increíblemente guapa y sexy sino que, además, parecía encantadora.

–Si hubiera sabido de tu existencia antes, no me habría puesto en evidencia intentando reavivar la vieja llama. Pero no debes estar celosa: Niall me ha dicho que está loco por ti.

A esta declaración, Holly solo pudo responder con un murmullo inarticulado. Empezaba a temer que no iba a poder soportar mucho tiempo aquella equívoca situación. Le daban ganas de levantarse y gritar que aquel hombre no la amaba, que casi ni recordaba su nombre.

–Y ahora que te conozco lo entiendo; además, me ha contado que te encantan los niños… Ya sabes que Niall nunca se casaría con una mujer a la que no le gustaran. Thomas es lo más importante de su vida, y yo me alegro tanto de que uno de los dos sea tan responsable… Niall es un padre maravilloso, todo lo contrario que yo, que como madre soy un auténtico desastre…

–No digas bobadas –la interrumpió Niall de inmediato–. Thomas está orgullosísimo de su madre, y siempre lo estará. El que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

Holly nunca había estado con un hombre dispuesto a enfrentarse al mundo por ella. Por alguna razón, se sintió tan triste que le dieron ganas de llorar.

¿Dónde estaba la tensión, los malos modos? Toda aquella cortesía era sencillamente inexplicable. ¿Cómo dos personas que se habían divorciado podían comportarse como amigos? Los sentimientos de culpa, el dolor, el recuerdo de la traición no podían

desvanecerse como por arte de magia. Holly estaba prácticamente segura de que, en su situación, ni por lo más remoto podría haberse mostrado tan civilizada. Y, sin embargo, ellos parecían estar de acuerdo en todo. Entonces, ¿por qué diantres se habrían separado?

–Eres tan bueno… y después de lo que yo te hice –se lamentó Tara–. Me alegro muchísimo de que hayas encontrado a tu media naranja. Es algo casi místico –declaró en un murmullo.

–¿Místico? –repitió Niall secamente.

Holly se puso alerta. Si ella hubiera dicho algo que hubiese sido la mitad de cursi, él la habría destrozado con su sarcasmo, pensó. Pero en vez de eso, Niall se limitaba a mirar a su ex con la mayor de las cortesías.

–Es alucinante. Mi astróloga me dijo el otro día que algo así le iba a ocurrir a uno de mis mejores amigos… lo que no sabía entonces es que os iba a pasar a vosotros.

–¿Astróloga? –repitió Holly. Inmediatamente corrigió la imagen mental que se había hecho de Tara: guapa pero sin seso, concluyó.

–Sí, es una mujer increíble. No tomo ninguna decisión importante sin consultarle antes. ¿Verdad, Niall?

–Cierto, querida –confirmó el interpelado.

–Solo acepta clientes con recomendación, pero yo te la puedo presentar si quieres, Holly. Es increíblemente buena ayudando a la gente a tomar decisiones.

–Gracias, pero prefiero ser yo la que controle mi propio destino –respondió Holly rápidamente.

–¡Vaya! Así que eres una escéptica, como Niall –Tara dedicó a su ex una tolerante sonrisa–. Dime, Holly, ¿qué opinas de Thomas? ¿No te parece el niño más guapo del mundo?

–To… todavía no lo conozco –Holly cruzó los dedos, esperando no haber dicho algo inconveniente.

–¿De verdad?

A Holly no le sorprendió que a Tara le extrañara tanto. Si Niall decidía volver a casarse, lo más lógico era que le presentara su prometida a su hijo cuanto antes. Y si el niño mostraba su desagrado, entonces, adiós boda. Compadecía a la mujer que tuviera que pasar por semejante prueba.

–Claro, no ha podido ser –intervino Niall–. Ya sabes que el niño lleva en Maine cuatro semanas, en casa de Chris y Jude. Fuiste tú la

que me convenciste para que se quedara, acuérdate.

–Es que se entiende tan bien con el pequeño Daniel que pensé que… –Tara se interrumpió bruscamente al caer en la cuenta de lo que Niall acababa de decir–. Oye, ¿es que hace solo cuatro semanas que os conocéis? Tenía la impresión de que… ¿Tus padres lo saben, Niall?

–Solo tú lo sabes, Tara, y de momento quisiera que siguiera siendo así.

Holly lo miró alarmada: más valía que Niall dejara el tema si no quería verse enredado en sus mentiras.

–Aunque conozco a Holly desde que era una chiquilla, llevamos saliendo muy poco tiempo… –Niall tomó una mano de Holly entre las suyas y se la llevó a los labios.

–Poquísimo, la verdad –añadió ella rápidamente.

–La verdad es que todavía no nos hemos hecho a la idea. No quiero abrumar a Holly, bastante agobiada está ya con la idea de tener que conocerlos y todo eso, ¿verdad, cariño? –dijo mirándola cariñosamente a los ojos. El muy caradura se había equivocado de profesión: ¡debería haber sido actor! Volvió a tomarle la mano, acariciándole esta vez la muñeca con suavidad exquisita. Aunque estaba con los cinco sentidos alerta, Holly no pudo evitar que aquel contacto se extendiera por todo su sistema nervioso como una corriente eléctrica.

–No tanto –le contradijo. Aunque estaba dispuesta a cumplir su palabra, había ciertos límites. Niall estaba listo si pensaba que se iba a quedar sentada mansamente oyéndole decir lo que le viniera en gana–. Nada de agobios, todo lo más algo nerviosa –afirmó decidida, intentando liberar su mano de la forma más discreta posible.

Cuando llegó el camarero, y antes de que Holly abriera la boca, Niall pidió por ella, una de las cosas que más odiaba.

–Holly tomará agua mineral, ¿verdad cariño? –dijo Niall maliciosamente.

Aunque estaba a punto de estallar de rabia contenida, Holly logró componer una expresión sumisa.

–Lo que tú digas, cariño –era imposible que Tara no se diera cuenta de la carga de sarcasmo implícita en aquel diálogo. Pero en cuanto el camarero se hubo marchado, Holly descubrió lo que Tara

había deducido realmente de aquella artificiosa conversación.

–¡Estás embarazada! –exclamó cruzando las manos–. ¡Es maravilloso!

Holly la miró atónita. Increíble: no solo tenía su permiso para casarse con su ex, sino que además Tara le daba su aprobación para reproducirse. Aquella situación cada vez era más absurda.

–Está resplandeciente, Niall ¿No te parece? –comentó Tara con una sonrisa.

Holly no veía el resplandor por ninguna parte, aunque bien era cierto que por dentro se sentía consumida de pura mortificación. Lanzó a Niall una desesperada mirada implorando socorro de la que él hizo caso omiso, ya que, para aumentar su confusión, parecía muy divertido con aquel equívoco.

–Yo creo que Holly es capaz de iluminar cualquier sitio en el que esté, pero me temo que soy un poco parcial. Lamento decepcionarte, Tara, pero te aseguro que no está embarazada. Hay otras razones por las que la gente no bebe alcohol… y otras muchas por las que dos personas deciden casarse –añadió insinuante, lanzando a Holly una mirada de una carga erótica tal que la hizo estremecerse de arriba abajo.

La joven se mordió el labio nerviosa, procurando no mirarlo directamente a los ojos para que no se saliera con la suya y la redujera a un estado cercano al idiotismo. El muy malvado sabía perfectamente la impresión que sus azules ojos causaban en el sexo opuesto. Holly carraspeó antes de dirigirse directamente a Tara.

–Lo que pasa es que Niall opina que tengo un problema con la bebida –declaró.

Tara no fue capaz de decidir si Holly hablaba en serio o en broma. Insegura, miró primero a su interlocutora y luego a Niall, que se había quedado pálido.

–Estás de broma… ¿verdad?

–Sí, Tara, es broma –replicó Niall con su sarcasmo característico–. Holly tiene un sentido del humor muy peculiar.

–Creía que te gustaba todo de mí, cariño –dijo Holly candorosamente.

En aquel momento, llegó el camarero para anotar su pedido.

–Por favor, pide tú por mí, cielo –continuó Holly fingiendo a las mil maravillas una sumisión que estaba muy lejos de sentir… y

obteniendo a cambio de sus esfuerzos una iracunda mirada por parte de Niall–. Ya sabes que soy tan inútil para estas cosas…

–No riñáis, por favor –suplicó Tara–. Ya veo que a vosotros os gusta, pero yo lo odio.

Holly la miró sorprendida. ¿Les gustaba? ¿De dónde había sacado una idea tan absurda? Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Niall parecía tan confundido como ella.

–Dime, Holly, ¿a qué te dedicas?

–A preocuparse por mí, sobre todo –replicó Niall antes de que pudiera abrir la boca.

Evidentemente, el muy cretino pensaba que hiciera lo que hiciese para ganarse la vida, no era nada en comparación con la perspectiva de casarse con un rico e influyente heredero como él. Y de entre todas las ocupaciones posibles, la peor, sin duda, era la suya: una ocupadísima doctora cuyas obligaciones apenas le dejaban tiempo libre.

–¿Te he dicho que Holly es la hermana de Rowena Parish?

–¿De verdad? ¡Nunca lo hubiera imaginado! ¿Sabes, Niall? Siempre pensé que si volvías a casarte sería con Rowena. A decir verdad, Holly, cuando estábamos casados llegué a sentirme celosa de tu hermana y todos esos amigos de la universidad. Sabes a lo que me refiero, ¿no?

Holly, que en aquel momento se sentía muy identificada con ella, asintió.

–Resulta irónico, ¿verdad? –rió Tara.

–Nunca me lo habías contado –exclamó Niall sorprendido.

¿Conciencia culpable?, se preguntó Holly sin la menor compasión. No merecía ni el beneficio de la duda.

Justo entonces un ruido les hizo volver la cabeza, lo mismo que al resto de los comensales.

–¡Oh, por favor! ¡Que alguien nos ayude! –una atractiva mujer se había arrodillado al lado de un hombre de mediana edad tendido en el suelo–. ¡Oh, Dios, no respira!

Holly y Niall llegaron casi al mismo tiempo a socorrer al enfermo. Inmediatamente, Niall colocó los dedos en la yugular para tomarle el pulso.

–Nada –dijo sacudiendo la cabeza. Procedió de inmediato a aflojarle la corbata mientras la mujer se tumbaba sobre él hundida

en la desesperación.

–Déjame…

–¿Por qué no te ocupas de la mujer? –le ordenó Niall cortante–. ¿Han llamado a una ambulancia?

–Sí, señor –confirmó el maître materializándose a su lado. Tomó a la mujer por el brazo y la llevó a un lado. Se quedó mirando preocupado mientras Niall procedía a dar al hombre un masaje en el pecho–. ¿No cree que deberíamos esperar a que llegara un médico, señor?

Capítulo 3

Yo soy médico –dijo Holly tomando el mando–. Un, dos… –contó en voz alta, al tiempo que empezaba el masaje cardiovascular.

–Me has ganado por goleada –comentó Niall cuando sus ojos se encontraron durante un segundo.

–Ahórrate el aliento –le aconsejó Holly–, que lo vas a necesitar.

Para su inmenso alivio, cuando llegaron los paramédicos el hombre ya respiraba. Holly se alegró de ver una cara familiar. Le hizo un conciso informe al encargado de aquella emergencia que la escuchó atentamente.

–Qué suerte que estuviera aquí, doctora Parish. Buen trabajo –añadió mientras procedían al traslado a la ambulancia–. Lo llevaremos al hospital inmediatamente.

–Muchas gracias, Paul.

–Gracias a usted –replicó el hombretón con una cálida sonrisa–. La echamos mucho de menos, Holly.

Niall asistió a toda aquella escena sin perder detalle, preguntándose si se notaría lo estúpido que se sentía. A decir verdad, se había comportado como un completo estúpido.

–¿Por qué no me lo dijiste? –preguntó.

–¿Por qué no me lo preguntaste? –replicó Holly alzando la cabeza para mirarlo cara a cara.

Muchas personas se acercaron para felicitarla cuando volvió hacia la mesa donde una temblorosa Tara los esperaba tomando una copa de brandy. Se levantó de inmediato y envolvió a Holly en un cálido abrazo.

–¡Has estado maravillosa! ¿Verdad, Niall? Es increíble que estés tan tranquila… Yo estoy temblando como una hoja… –comentó extendiendo la mano para que todos pudieran verlo– Bueno, ahora

ya sé a qué te dedicas.

Holly, que llevaba las uñas cortadas al rape, lanzó una mirada envidiosa a la perfecta manicura que lucía Tara.

–Bueno, en mi caso la procesión va por dentro.

–Debe de ser maravilloso poder ayudar a la gente.

–Es una suerte que no vivamos en un país donde te llevan a juicio por menos de nada: nos lo pensaríamos dos veces antes de ayudar a la gente –comentó Niall con su sarcasmo característico.

En consideración a Tara, Holly no dijo nada. Si hubiera estado con sus colegas y amigos, habría hecho algún comentario gracioso para aliviar la tensión. Tal vez algún día llegara a desarrollar la vena cínica de la que tan orgullosos se mostraban sus colegas pero, de momento, estaba completamente de acuerdo con Tara: tenía la inmensa suerte de trabajar en algo que le encantaba.

–También es muy cansado, no creas. Trabajamos muchas horas, y nuestra vida social se resiente bastante.

–Me lo puedo imaginar –replicó Tara pensando en las largas horas de las sesiones de fotos.

–Bueno, también tiene sus compensaciones –comentó Holly maliciosamente haciendo un gesto hacia la ambulancia–. ¿Te has fijado…?

–Vaya que si me he fijado –la interrumpió Tara de inmediato–. Los hombres de uniforme tienen un no sé qué…

–Y no solo eso –apostilló Holly lascivamente.

–¿Queréis que me vaya? –aunque fingiera estar muy por encima de aquellas naderías, Niall no se había perdido un ápice de aquella picante conversación.

–No me digas que una intrascendente charla de chicas te hace sentir inseguro, Niall –se burló Tara.

–No, lo que pasa es que no quiero estorbar…

–No estorbas –le aseguró Holly maliciosamente.

–De verdad, Holly: sé por experiencia lo difícil que es conjugar la carrera profesional con el matrimonio, pero si tu pareja te apoya, podrás conseguirlo –la animó Tara, sin darse cuenta de la ironía implícita en sus palabras.

–Por desgracia, no hay muchos hombres que sean tan comprensivos –se lamentó Holly cínicamente.

–Bueno, por lo menos tú eso lo tienes resuelto, ¿verdad? Has

encontrado al hombre perfecto –continuó Tara lanzando una cálida sonrisa a su ex marido–. ¡Me alegro tanto de que Niall se case contigo y no con Rowena! No es que no sea una gran persona –añadió rápidamente–, lo que ocurre es que vosotros dos hacéis una pareja ideal, no hace falta mas que miraros para darse cuenta.

De repente, Holly recordó lo bien que se las habían arreglado apenas unos minutos antes: Niall parecía adivinar lo que ella quería que hiciese antes incluso de pedírselo. Si desplegaba la misma intuición en otros campos más placenteros, aquel hombre era una auténtica joya.

–Sí, claro, debemos ser almas gemelas.

El evidente sarcasmo de su voz hizo que Tara lo mirara entristecida y sacó a Holly de sus ensoñaciones eróticas: abrió los ojos de par en par y exhaló un suspiro.

–Estás cansada –dijo Niall, por suerte interpretando erróneamente aquel gesto. Parecía preocupado, pero Holly no se hizo ilusiones: seguro que aquello formaba parte de su papel de novio perfecto, pensó, mientras bebía la copa de brandy que Tara le había puesto en las manos.

Toda aquel charloteo sobre parejas comprensivas la hacía sentirse algo melancólica, y, para colmo, no había podido evitar preguntarse qué clase de amante sería Niall. No podía negarse que le parecía tremendamente atractivo, así que su única posibilidad era mantener una actitud lo más pragmática posible, poner freno a su desbocada imaginación… recordarse, que, por mucho que despertara su lujuria, aquel hombre ni siquiera le gustaba.

Sabía que había otras muchas mujeres en su vida y, aunque se diera la remota posibilidad de que demostrara algún interés por ella, no tenía la menor intención de engrosar la larga lista de sus amantes. Al parecer, había dos mujeres importantes en su vida: su ex mujer y su propia hermana. Como era evidente que no podía competir con ninguna de las dos, lo más prudente sería mantenerse al margen.

Para su inmenso alivio, Niall empezó a disculparse en cuanto estuvieron el en taxi de vuelta a casa.

–No fue tu novio el que te puso el ojo así, ¿verdad? Supongo que

fue por gajes del oficio.

Holly asintió sin darle mucha importancia.

–Un borracho con una herida en la cabeza no es fácil de manejar. Por suerte, Paul, el paramédico que has visto, pudo controlarlo.

–¡Vaya! Qué suerte… –dijo Niall fríamente.

–Es un tipo encantador –no le gustaba en absoluto que se metiera con sus amigos.

–¿Es que no tenéis guardias de seguridad?

–¡Claro que sí!

–Pues no parece que sean muy profesionales, la verdad.

–Bueno, pues quizá no.

–¿Por qué me das la razón como a los tontos?

–Porque no admites otra opinión que no sea la tuya –le espetó Holly harta–. Además, me ha molestado bastante que dieras por hecho que soy del tipo de mujer que admite que la maltraten sin protestar. Me has tratado con una displicencia y una mojigatería insoportables.

–¡Eh, para el carro! Entiendo lo que te propones…

–¿Ah, sí? –sorprendida, Holly se volvió para mirarle.

–Te has entendido muy bien con Tara.

–Me gusta, sí, pero no tanto como a ti –bromeó–. Me fastidia engañarla.

–No te preocupes, es por una buena causa. Cuando se empeña en sacrificarse, no hay quien la pare.

–¿Y qué va a pasar cuando vea que no te casas?

–No te preocupes: nunca me ha fallado la imaginación.

–Lo mismo parece opinar Tara –Holly se calló bruscamente temiendo que Niall se diera cuenta de que dedicaba demasiado tiempo a pensar en sus asuntos.

–Y supongo que tu ataque de sueño también se debe a tu trabajo.

–Fue un error tomarme un par de copas después de una guardia tan larga. Es que me hicieron una fiesta de despedida –le explicó Holly–. ¡Ay, Dios! –exclamó, dándose una palmada en la frente–. ¡No he llamado a mi madre! Debe de estar pensando que me han secuestrado.

La actitud hiperprotectora de su madre se debía a que, de niña,

Holly había tenido cierta propensión a sufrir todo tipo de accidentes. Cuando un día le prometió que ya no se subiría más a los árboles, su madre le advirtió que a las «chicas grandes» les podían pasar «cosas peores que caerse de un árbol». Su insistencia en repetir que ya era «una chica grande» había acabado por convertirse en un chiste en su familia… sobre todo teniendo en cuenta que no había crecido mucho.

–Bueno –comentó con una chispa de malicia brillando en sus ojos–, siempre podría escaparme montada en mi escoba.

Niall encontró deliciosa aquella muestra de humor; en realidad, hacía mucho tiempo que no estaba tan interesado en una mujer.

–Oye, que yo no tengo nada contra las brujas… sobre todo si son pelirrojas, tienen un cuerpo perfecto y una piel tan cremosa como la leche –replicó Niall, al tiempo que se iba fijando en cada uno de los atributos que acababa de describir.

Holly le escuchaba incrédula. ¿Acaso estaba flirteando con ella? ¡Niall Wesley, nada menos! Ninguna de sus fantasías le había preparado para enfrentarse a esa situación: sentía una mezcla de excitación y desánimo, al pensar que aquel debía de ser su comportamiento siempre que estaba con una mujer.

–Y te diré que el dentista hizo un trabajo estupendo ¿quieres verlo? –le espetó con retintín, molesta por su superficial comentario–. El flirteo no estaba en el guión –bufó.

–Es que estoy improvisando –replicó Niall sin hacer caso a la vocecilla que le recomendaba no seguir por aquel camino, que le recordaba que no quería liarse con una chica como aquella. Era demasiado franca, insegura, y, además, tenía una lengua viperina.

Por si sus palabras no bastaran para confirmar los temores de Holly, Niall le lanzó una mirada de interpretación inequívocamente sensual.

–Pues entonces empieza de una vez –le soltó furiosa.

–¡Se diría que te sientes insultada! –no se tenía por un creído, pero la actitud de Holly no era nada halagadora. Y era extraño, porque se daba perfecta cuenta de que se sentía atraída por él–. ¿Es porque estás saliendo con alguien?

Ella negó con la cabeza.

–Si te preocupa que me sienta insultada si no flirteas conmigo, déjalo. No creo que tu reputación de ligón se vea muy perjudicada

porque te tomes un día libre –replicó alterada mientras se quitaba el anillo y se lo daba.

Que pudiera recordar, Niall nunca se había sentido tan frustrado. ¿Es que esa pelirroja cabeza hueca no se daba cuenta de que le estaba insultando dando por hecho que era promiscuo? ¿Se creía acaso todas las mentiras que sobre él publicaban las revistas? ¿Acaso pensaba que de verdad le gustaba aquella reputación?

–Pues para tu información, te diré que no le hago el amor a todas las personas con las que comparto un taxi… solo a las mujeres –añadió sarcásticamente.

–Ya sabes a qué me refiero –dijo Holly intentando limar asperezas–. De verdad, no pienses que me parece moralmente reprochable tu actitud hacia el sexo.

–Qué liberal eres –gruñó Niall.

–Lo que pasa es que no soy muy espontánea –declaró Holly con sinceridad. A aquellas alturas, no le importaba que la tomara por una mojigata–. Puede que me lleve más tiempo decidir qué cereales tomo por la mañana que a ti elegir pareja.

–Pues aún recuerdo cuando me pediste que te enseñara a besar… eso fue bastante espontáneo, ¿no?

A Holly le costó unos segundos reaccionar.

–Eso ha sido un golpe bajo. No sé a cuento de qué viene sacarlo a relucir ahora.

Niall se ruborizó. Él tampoco se lo explicaba. Recordaba solo que había sido la guinda del terrible fin de semana en el que había descubierto que el hombre que había dejado embarazada a su hermana pequeña estaba casado.

–Entonces yo no era más que una cría inexperta, había bebido un poco más de la cuenta –continuó Holly incómoda–. Pero tú eras mayor, y se supone que más maduro. Sin embargo, tu reacción fue desproporcionada. La verdad es que me trataste fatal.

Había sido después de una fiesta campestre, en la que se había tomado unos cuantos vasos de sidra pensando que no se le subirían a la cabeza. No habría pasado nada si sus padres hubiesen estado esperándola en casa, pero habían salido.

Sintiéndose una mujer de mundo, Holly le ofreció una taza de café a su acompañante. Esa sensación duró hasta que se sentaron en el sofá y él se abalanzó sobre ella, empezando entonces un forcejeo

en el que Holly fue presa del pánico. La cosa terminó bruscamente cuando se encendió una lámpara y apareció Niall, que estaba acostado en otro de los sofás del salón, medio dormido, con el torso desnudo y muy enfadado. En cuanto el chico que estaba con ella vio la envergadura de su rival, se marchó a toda velocidad.

Holly apenas se dio cuenta: nunca hasta entonces había estado tan cerca de un hombre medio desnudo, y puede que fuera efecto de la sidra, pero le parecía que ninguno podía ser tan guapo como Niall.

Muy preocupado, él le había preguntado si se encontraba bien. Holly asintió, colocándose la ropa y recobrando la compostura. Muy serio, Niall empezó a soltarle un montón de consejos que su padre ya le había dado… pero una cosa era oír un sermón de su progenitor y otra muy distinta que se lo soltara el hombre de sus sueños. Holly se sintió morir de humillación y rabia al ver que la trataba como a una niña.

–En fin –había concluido Niall pensando que era muy gracioso–, por suerte no ha pasado nada. Dudo que ese mequetrefe supiera besar. Deberías esperar hasta encontrar un hombre de verdad…

Aquella condescendencia fue la gota que colmó el vaso: con los brazos en jarras, Holly le espetó:

–Si te crees tan bueno, ¿por qué no me enseñas tú?

Niall le dirigió una mirada fulminante y empezó a lanzarle una andanada que dejó por los suelos su autoestima durante mucho tiempo

Niall carraspeó incómodo. Por un segundo, a Holly casi le pareció que, por primera vez, reconocía que en aquella ocasión su reacción no había sido la más adecuada.

–Hay veces en las que no hay más remedio que mostrarse un poco duro, y, por lo que recuerdo, fuiste bastante arriesgada –se justificó. Su expresión se endureció al recordar la triste historia de su hermana Jude.

–Ya, pero creo que te pasaste al decirme que no era mas que una fulana –le recordó Holly ácidamente–. Por el bien de tu hijo, espero que tus ideas sobre pedagogía hayan cambiado algo estos años.

–No sabía que fueras tan rencorosa –fue su increíble respuesta–.

Estarás contenta: por fin has podido echármelo en cara. ¿O es que crees que rechazándome vas a avivar mi interés por ti?

–¡Eres imposible! Para que lo sepas, hay una explicación mucho más sencilla, pero dudo que tú puedas entenderla. entérate de una vez: no me gustas, Niall.

Niall enarcó las cejas, reprimiendo el impulso de hacer que se tragara sus palabras… cosa que sería todo un placer, pensó, pasando revista a sus evidentes encantos.

–Lo que dices lo desmienten tus ojos.

¡El muy… gusano! Para su desgracia, tenía razón. La triste verdad era que lo deseaba con toda su alma. Holly rezó para que lo único que pudiera ver en sus ojos fuera puro rechazo.

–Si creer eso te hace sentirte mejor, adelante.

Niall se echó a reír, así que Holly se atrincheró en un ofendido silencio durante el resto del trayecto. Cuando llegaron, no la acompañó hasta la puerta: no le importó, pero pensó que podía mostrarse un poco más agradecido después de que ella le hubiera salvado el pellejo. Se dijo que no era de extrañar: no era más que un niño rico, mimado y caprichoso. Rowena y Tara podían quedárselo de mil amores.

Capítulo 4

Te quedarás con nosotros el fin de semana, con Thomas –la voz al otro extremo de la línea no admitía un no por respuesta. Niall suspiró resignadamente.

–Supongo que podré arreglarlo –admitió a regañadientes. Aunque estaba acostumbrado a que su madre se metiera en sus asuntos, odiaba que le organizaran la vida, y ella lo sabía.

Aquel era el periodo de tiempo más largo que había pasado alejado de su hijo. Estaba deseando tenerlo para él solo cuando el chaval volviera de sus vacaciones. Pero, mirándolo con objetividad, cosa que rara vez solía hacer en lo que se refería a Thomas, la verdad es que estaba siendo un poco egoísta: sus padres no veían tanto al niño como les gustaría.

–Y que venga ella también…

–¿Ella? –a Niall se le cayó la pluma con la que estaba escribiendo del susto.

–Sí, tu prometida.

Niall tragó saliva. No se le había ocurrido que Tara se lo contara a su madre. Se maldijo por no haber detectado aquel fallo en su bien trazado plan.

–¿De qué me estás hablando, madre? –por desgracia, su altivo tono no desanimó ni un ápice a la entusiasta dama.

–No te hagas el tonto, hijo: he estado hablando con Tara. La verdad, Niall, si querías mantenerlo en secreto, ella es la última persona a la que debieras habérselo dicho. Me ha contado que es una chica encantadora, pero como Tara es capaz de ver el lado bueno de un asesino en serie, me reservo mi opinión hasta conocerla. ¡Y no me vengas con la bobada esa de esperar hasta que se haga a la idea! ¿Desde cuándo eres tan considerado? –se burló su madre–. ¿Pasa algo con esa chica, o qué?

–No sé si Holly podrá ir, mamá.

–Estoy segura de que sabrás convencerla. No hago más que oír lo persuasivo que eres con las mujeres.

Aunque Niall no solo estaba acostumbrado al chispeante sarcasmo de su madre, sino que además le parecía estimulante, a veces le gustaría que fuera un poco más constructiva en lo que a criticar su carácter se refería.

–No te puedo prometer nada…

–Ya me lo figuraba. Eres el hombre más escurridizo que conozco. Ya sabes que tu padre y yo iremos a pasar un mes a casa de Chris y Jude, así que tendrás que venir este fin de semana… a no ser que quieras que vaya yo a la ciudad a conocerla. ¿Estáis viviendo juntos?

–Te veré este fin de semana entonces, madre –hay cosas en la vida que no se pueden evitar, reflexionó. Colgó el teléfono y se puso a pensar: ¿qué hora sería en Nueva York?

Holly se colocó bien el bolso y, al ver una manchita en la punta de sus recién estrenadas botas, se la limpió frotando disimuladamente el pie contra la falda larga. Cuando todavía estaba en esa postura, hasta ella llegó una tenue fragancia que conocía muy bien.

Y pensar que medio segundo antes su única preocupación había sido decidirse entre dos clases de pasta, se dijo, mientras el corazón empezaba a latirle como una ametralladora. Intentó retrasar lo más posible el momento de establecer contacto visual con aquellos ojos tan turbadores, procurando en cambio tranquilizarse.

–¿Qué es esto? –exclamó al fin sin poderlo evitar, aunque sabía muy bien que era el deslumbrante anillo que le había prestado el día anterior.

Por lo menos no había dicho «¿Quién eres?», se consoló Niall filosóficamente, y eso que casi esperaba que lo recibiera de uñas. Pero, aunque creía que iba preparado para cualquier cosa, le sorprendió la intensidad de la inmediata tensión sexual que se estableció entre ellos.

Una vez más, se entretuvo contemplando su preciosa figura: parecía una delicada pieza de porcelana, pequeña y perfecta. Seguro que podía abarcar su fino talle con las dos manos sin el menor esfuerzo. Hizo un esfuerzo por controlarse: aunque no solía frecuentar los supermercados, algo le decía que no debían estar bien

vistas las escenas de sexo duro entre las ofertas. Lástima.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Holly con voz ronca.

–¿Comprar quizá? –replicó Niall señalando con un gesto los abarrotados estantes.

–Permíteme que te dé un consejo: deberías llevar una cesta al menos, así no levantarás las sospechas del detective.

De hecho, con aquel traje que llevaba de excelente corte ya estaba atrayendo la atención del resto de los clientes, especialmente de las mujeres.

Holly no podía reprocharles esa debilidad: los hombres como Niall no solían abundar en los supermercados, sino más bien en los anuncios de las revistas. Su sola presencia había levantado una oleada de murmullos perfectamente audible.

–Esperaba encontrarme contigo –aquellas palabras podían derretir el corazón de cualquier compradora solitaria, siempre y cuando, claro, dicha compradora no supiera la clase de serpiente que era.

–¿Esperabas? Pues yo creía que estabas deseando perderme de vista –replicó Holly ácidamente.

–No, lo que pasa es que la otra noche me dejaste muy frustrado –ella le lanzó una mirada glacial–. Está bien –confesó al fin con una sonrisa capaz de derretir un iceberg–. Te he seguido: he llegado justo cuando salías de tu apartamento.

–Nunca me había pasado, y no me gusta mucho la idea.

¿Qué demonios quería de ella? Frenéticamente pasó revista a un montón de probabilidades, descartándolas todas ellas inmediatamente.

Tenía que ser realista: seguro que no había ido a decirle que no podía dormir pensando en ella. Aunque se moría de curiosidad, se hubiera cortado la lengua antes de rebajarse a admitirlo.

–Necesito tu ayuda.

Aunque sus hormonas estaban a punto de jugarle una mala pasada, todavía le quedaba un resto de orgullo.

–¡Ni lo sueñes! –replicó terminante, mientras se afanaba colocando más latas en el carrito.

Ligera como una mariposa, se posó sobre su hombro una mano que tuvo el poder de inmovilizarla.

–Por lo menos escúchame.

–No hace falta, la respuesta sigue siendo no.

Niall nunca hubiera imaginado que un simple monosílabo fuera tan contundente.

–¿Tienes gato?

Holly miró el montón de latas de su carrito.

–No, todavía no, pero me gusta estar preparada.

Niall hizo caso omiso de aquel sarcasmo, por lo que ella dedujo que tenía que estar desesperado. Muy en el fondo, sentía cierta satisfacción al saberse dueña y señora del destino de aquel hombre tan orgulloso.

–Tenemos muchos gatos en la casa.

Holly supuso que se refería a la famosa mansión ancestral de la familia.

–Pues me alegro.

–Estoy seguro de que te encantarían.

–Oye, ¿por qué no vas al grano? –le instó impaciente–. No puedo perder todo el día.

–Necesito que finjas otra vez que eres mi prometida… solo durante el fin de semana, de verdad. Tara le habló a mi madre de ti, así que nos ha invitado a su casa. Mis padres se van de viaje dentro de poco, y para cuando vuelvan, Tara ya habrá vuelto con su novio y podremos olvidarnos de este enojoso asunto.

Ni por un momento aquel egoísta había pensado en que ella tuviera otros planes. Holly se cruzó de brazos y lo miró incrédula.

–Supongo que ni por un segundo habrás creído que voy a aceptar.

–No, no creo que lo vayas a hacer por mí.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó suspicaz.

–He hablado con Rowena hace un rato, le he estado explicando lo que ocurre… Casi se muere de risa.

–¡Vaya, y yo que creía que era la única con sentido del humor!

–Me dijo que estaba segura de que ayudarías encantada a uno de sus mejores amigos –sonrió al ver la expresión de horror con la que Holly recibía estas palabras–. Déjame pensar… sus palabras exactas fueron: «Favor con favor se paga». ¡Ah! Por cierto, Rowena me pidió que te preguntara si estás a gusto en su apartamento, ese por el que no pagas ni un céntimo de alquiler…

¡El muy malvado! A decir verdad, había insistido en pagar, pero

su magnánima hermana mayor había rechazado su oferta, insistiendo en que era Holly la que le hacía un favor a ella cuidándoselo.

–¿Acaso me estás diciendo que Rowena me echaría del apartamento si no te ayudo?

–¡Oh, no! No creo que fuera capaz de semejante bajeza –repuso Niall amablemente–. No, lo que creo es que se sentiría herida si no aceptases hacer un pequeño favor a uno de sus mejores amigos, eso es todo. Se sentiría tan decepcionada…

Holly estaba a punto de estallar de pura indignación.

–¡Eres una rata chantajista! –¡cómo le gustaría poder estamparle una bofetada en aquella cara tan dura!

–Rowena está convencida de que harás lo más correcto. Me aseguró que eras una persona de firmes principios, muy justa y honorable –recitó Niall con pretendida humildad.

–¡Que es mucho más de lo que se puede decir de ti! –rugió Holly furiosa–. ¿Cómo te atreviste a preguntar a mi hermana?

–¿Acaso temes que me haya contado tus oscuros secretos? –replicó Niall provocadoramente.

–No tengo ningún secreto –dijo Holly muy digna.

–Pues no es eso lo que me ha dicho Rowena.

Holly se quedó sin habla. Iba a matar a esa cotilla… Estaba atrapada. Niall sabía que no iba a dejar a Rowena en mal lugar: no olvidaba que había sido su hermana la que le había financiado buena parte de sus estudios. Aunque sus padres estaban en una posición desahogada, gracias a la ayuda de Rowena había estudiado con muchas comodidades.

Apretó la barra del carrito hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

–¿Qué quieres de mí? –preguntó resignada. Niall le lanzó una mirada cargada de intención–. No temas –continuó fríamente–, que no te estoy haciendo ninguna proposición indecente.

–Qué lástima.

Holly lo miró intrigada. ¿Es que el muy canalla no se iba a cansar nunca de alimentar sus fantasías?

–Ahórrate la comedia, ¿quieres? Espero que no descubran la farsa a los cinco minutos…

–No, nos esforzaremos para evitarlo, ¿verdad, Holly? Oye, ¿no

crees que deberíamos ponernos algún apelativo cariñoso? Así daremos mayor impresión de credibilidad.

–¿Qué sugieres? –a ella se le ocurrían dos o tres cosas que le gustaría llamarle.

–¿Qué te parece «Ricura»?

Holly le lanzó una mirada aviesa.

–Si quieres llegar a viejo, será mejor que ni te atrevas a llamarme así –le advirtió muy seria.

–Como quieras –replicó Niall de inmediato, dispuesto a lo que fuera con tal de conseguir lo que se proponía.

–A ver: tu hermana está casada con un americano y viven en Maine –Holly se veía incapaz de recordar los mil y un detalles que Niall le había contado sobre su familia.

–No: viven en Nueva York, pero tienen una casa de veraneo en Maine, que es donde ha estado Thomas. Tienen un niño un par de años mayor que él y un bebé. Ya le he dicho a mi madre que quiero darle yo mismo la noticia de la boda cuando me parezca más conveniente, y, por suerte, en lo que al niño concierne, hace siempre lo que yo digo –ojalá, pensó, aquella actitud se extendiera a otras facetas de su vida–. Así que no tenemos que preocuparnos por eso.

Cuando le hablaba así, parecía que todo aquel condenado asunto era cierto. Había habido momentos, mientras memorizaba interminables listas de parientes, en los que había llegado a creer que de verdad iba a conocer a sus futuros suegros. Por suerte, se sabía capaz de mantener los pies en la tierra.

–No es muy corriente, ¿verdad?

–¿El qué? –preguntó Niall sin apartar los ojos de la carretera. Tal y como era de suponer, era un conductor magnífico, pero, curiosamente, poco amigo de la velocidad.

–Que un niño viva con su padre –por lo que había leído en las revistas, era poco más de un bebé cuando sus padres se separaron–. No me parece que seas precisamente…

–¿Un modelo de padre? –Niall remató la frase tan bruscamente, que ella se quedó callada unos minutos.

–No sé cómo fue capaz Tara… –atacó de nuevo.

–¿De abandonar al niño? –Niall le dedicó una mirada acerada–.

No lo hizo: Tara puede ver a Tom siempre que quiera. Pasan juntos largas temporadas.

Lo que no debía ocurrir muy a menudo, pensó Holly, teniendo en cuenta la apretada agenda de la modelo.

–Ella lo quiere un montón –continuó Niall–. Lo que pasa es que vive conmigo.

–No la estaba criticando.

–Sí, lo hacías, aunque no has dicho nada que no le hayan repetido hasta la saciedad: en su propia cara, a sus espaldas o en los periódicos. La han llamado en todos los tonos que te puedas imaginar «madre desnaturalizada». Pero no tienes ni idea…

–No, claro que no. Pero supongo que todos los que van a estar en la casa este fin de semana lo saben, y no quiero meter la pata.

Niall la miró divertido.

–Por lo poco que te conozco, me temo que es precisamente lo que harás a las primeras de cambio… –bromeó–. Pero creo que tienes razón, así que te contaré la historia: La familia de Tara es muy numerosa, ella es la mayor de diez hermanos. Eran muy pobres; cuando el padre los abandonó, la madre empezó a tomar antidepresivos que tus colegas le recetaban como caramelos.

A Holly le pareció entender que, en cierto modo, le hacía responsable del descuido de cierto sector de la profesión médica veinte años atrás. Sin embargo, estaba tan interesada por aquel relato, que no dijo nada.

–En vez de jugar con muñecas, le tocó cuidar de sus hermanos, cosa que hizo hasta que saltó a la fama –continuó Niall–. Quiso hacerlo bien con Thomas, pero se sentía profundamente desgraciada, atrapada incluso. Tal vez le hubiera resultado más fácil si hubiese estado enamorada de mí, pero no lo estaba. Y eso es todo, porque supongo que de mí y de mi familia ya sabes lo suficiente. ¿Satisfecha?

–¿Decidisteis tener a Thomas como último recurso para salvar vuestro matrimonio? –inmediatamente, Holly lamentó haber expresado en voz alta sus pensamientos… pero aun así, tampoco había motivo para que Niall le lanzara aquella mirada de reproche, bien mirado era una deducción lógica y una solución por la que optaba más de una pareja en crisis.

–¡Vaya! Eso es algo que ni siquiera se les había ocurrido a los

paparazzi. No sabía que la profesión médica estuviera planteando hacer la competencia a la prensa amarilla.

Aquel era un insulto terrible porque provenía de alguien que había sido tratado como un pelele por los medios: primero le habían tachado de traidor a su patria al abandonar su carrera deportiva en el momento de mayor éxito, y luego le habían colgado el sambenito de abnegado padre abandonado por su esposa.

–Está bien: ya que muestras tanta curiosidad, te contaré exactamente cómo fue –Niall detuvo el coche a la orilla de la solitaria carretera.

–No, no hace falta…

Haciendo caso omiso de sus protestas, Niall la asió por la barbilla para obligarla a que lo mirara directamente a los ojos.

La curiosidad de Holly, premeditada o no, había removido los recuerdos más dolorosos de su vida, y reavivado el temor de que un día aquellos maliciosos rumores llegaran a oídos de Tom. No pensaba tener ninguna consideración con Holly: en su opinión, la gente que metía sus narices en los asuntos de los demás, no merecía el menor respeto.

–Tom fue concebido sin segundas intenciones y con mucho placer, te lo puedo asegurar –Holly se ruborizó hasta la raíz del pelo–. Efectivamente, ocurrió durante nuestro último intento por arreglar la relación, y sí, es hijo mío aunque no, no pienso hacerme las pruebas del ADN. ¿Satisfecha? –Holly se hundió en su asiento, sintiéndose una arpía

Y para colmo, lo peor era que no podía evitar imaginarse a sí misma compartiendo con él la situación que acababa de describir. Nunca había estado tan a merced de sus hormonas como en aquellos instantes. Lo único que se le ocurrió para salir de aquel atolladero, fue apelar a su orgullo.

–¡Oye! No la tomes conmigo porque tu mujer prefiriera marcharse con otro hombre –le espetó, al tiempo que se apartaba un mechón rebelde de la cara–. No quiero ser tu cabeza de turco…

Niall se quedó atónito. Holly estaba hecha una furia, con los ojos centelleantes y los labios brillantes… tan tentadores que tuvo que hacer un esfuerzo para no besarla.

–Está muy claro lo que te atrajo de Tara –continuó Holly lanzada–, aunque no puedo entender qué es lo que ella vio en ti.

Niall no pudo resistirse un segundo más: al principio, fue un beso salvaje, como su mirada, que fue disolviéndose en la más pura dulzura para, cuando Holly le rodeó el cuello con sus brazos, convertirse en algo más, mucho más peligroso.

Pero Holly no pensaba en los riesgos, sino solo en concentrarse en lo que estaba sintiendo: no pudo reprimir un gemido al enterrar por fin los dedos en su pelo color azabache…

Él la besaba en el cuello, los párpados… por todas partes. Colmó de expertas caricias hasta el último rincón de su rostro, para, poco a poco ir bajando la mano por su espina dorsal, y al llegar a la cintura, apretarla contra su cuerpo. Holly sintió una devastadora oleada de placer que la impulsó a responder apretando sus senos contra aquel musculoso torso; a sus oídos llegaba el ensordecedor rumor de sus pulsos latiendo al unísono.

Aquellas sensaciones no había sido capaz de imaginarlas ni en sus más locas fantasías…

Solo se separaron cuando pasó una motocicleta a su lado haciendo sonar el claxon estrepitosamente, seguida de unos cuantos coches que siguieron su ejemplo.

–Ha sido una tontería –murmuró Holly, algo abochornada por el espectáculo que acababan de dar. Estaban aún tan cerca el uno del otro, que veía sus rasgos desenfocados.

–Tienes razón –convino él, aunque mantuvo un instante más las manos debajo de la camisa de seda entallada que llevaba puesta.

Sin embargo, Niall sabía que tenía que cortar aquello como fuera. Era un camino sin salida. Sin embargo, cuando sin querer le rozó un seno al separarse, fue como si recibiera una descarga eléctrica.

–Tienes una piel increíblemente suave –gruñó, deslizando los dedos justo bajo el límite que marcaba el sujetador de encaje. La excitación se le hizo insoportable cuando notó el suave perfume femenino que emanaba de su piel.

A Holly se le habían desabrochado los botones de la blusa, lo que le permitía solazarse en la visión de un delicioso escote que ya había tenido ocasión de apreciar gracias al vestido que había llevado en la cena con Tara. Muy frustrado, recostó la cabeza en el asiento y se pasó una mano por el pelo.

–Tienes razón –dijo volviéndose a mirarla–. No es el momento ni

el lugar para que hagamos esto.

–¿Hagamos? –repitió Holly muy digna… Aunque era difícil mantener esa postura con el pelo alborotado, las mejillas ardiendo y la camisa desabrochada casi hasta la cintura, Holly era extremadamente tozuda. Aquel engreído de Niall Wesley, en cuanto besaba a una chica debía pensar que pasaba a ser de su propiedad… lo que, teniendo en cuenta lo bien que lo hacía tal vez no fuera tan raro después de todo. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a ser una más.

–Puede que no sea muy caballeroso recordártelo –replicó Niall como de pasada, mientras lanzaba un vistazo a su reloj–, pero no parece que lo hayas hecho a disgusto, precisamente.

–No, debo reconocer que tu técnica es inmejorable –dijo Holly condescendiente.

–¡Vaya! Pues muchas gracias, señorita –se burló Niall.

–Sin embargo, un poco de espontaneidad no te vendría mal –le aconsejó Holly en el mismo tono de perdonavidas–. Parecías algo tenso…

Curiosamente, Niall no se molesto por aquellos comentarios, más bien al contrario, se echó a reír a carcajadas, lo que le hizo aún más atractivo si cabía a ojos de Holly.

–Entiendo perfectamente lo que quieres decir –a Holly no le gustó nada el tono en que lo dijo–. Pero no te preocupes, sabía muy bien qué estaba haciendo y con quién… No temas que te confunda por otra ni aunque estemos a oscuras.

Seguramente creía que aquello era un cumplido, pero, de ser así, no podía haber sido expresado de forma más ambigua.

–No creo que vayamos a estar a oscuras nunca –murmuró sombría.

–¿De verdad? Sin embargo, te diré que acariciar sin ver puede ser una experiencia de lo más intensa –Niall se demoró a placer en aquella perspectiva–: me encantaría la idea de tomarte de la mano y guiarte por mi cuerpo –dijo con voz ronca.

–Si vuelves a hablarme de ese modo… –Holly se interrumpió un instante porque sabía que en ese caso lo que haría sería dejarle hacer encantada–, le contaré a todo el mundo que no estamos comprometidos.

Él no pareció en absoluto preocupado por aquella perspectiva.

–Bueno, vámonos –dijo, poniendo la llave en el contacto–, anda, abróchate la blusa, no vaya a ser que todavía tengamos un accidente

Roja como un tomate, Holly se apresuró a obedecer. Estaba segura de que le estaba tomando el pelo: era imposible que un hombre que podía elegir entre dos mujeres de bandera como Tara y Rowena se sintiera aunque fuera minimamente tentado por su humilde persona.

Niall no se detuvo en la entrada principal, sino que se dirigió a la parte de atrás, donde los orígenes isabelinos de la inmensa mansión no eran tan apreciables.

–Barbacoa familiar –anunció, abriéndole la puerta–, y me parece que llegamos tarde –su madre era una fanática de la puntualidad, a pesar de llevar más de treinta y cinco años casada con su despistado padre.

Holly se quedó impresionada por la magnificencia de la mansión, y temió que le iba a ser muy difícil encontrarse a gusto en ella… con aquella gente.

–No puedo, Niall –paralizada de terror, ni se movió de su asiento–, pensé que sería capaz, pero ahora…

–¿Los nervios del estreno?

–Soy médico, no actriz. Cenar con Tara, bueno, pero conocer a tu familia… –le explicó temblorosa–. Y no me has ayudado nada, ni siquiera me has dicho qué ropa tenía que traer –añadió resentida.

–Oye, oye, que no somos la familia real: este país está a rebosar de nobles venidos a menos.

–¡No fastidies! Vosotros no sois precisamente unos pobretones…

–Es verdad, pero tampoco hace falta que me lo eches en cara. Además, por si no lo sabías, mi madre es la hija de un granjero irlandés.

Aunque fuera un alienígena venido directamente de Marte, pensó Holly, eso no cambiaba un ápice la situación.

–Ya es demasiado tarde para que cambies de opinión, Holly; creo que ya nos han oído llegar –añadió Niall al escuchar unas voces que se acercaban–. Anda, que no te van a comer –le tendió una mano para ayudarla a salir del Jaguar, y la atrajo contra sí –.

Tú relájate y disfruta.

–Sí, nada menos –refunfuñó Holly pugnando por desasirse de aquel abrazo que la tenía atrapada contra su pecho marmóreo–. ¿Te importaría soltarme?

–Ni hablar –replicó Niall asiéndola con más firmeza y dándole un cachete en el trasero–. Seguro que nos están mirando, así que tenemos que dar una buena imagen. Las primeras impresiones son muy importantes, ricura.

A Holly le importaban un pimiento las primeras impresiones, y para soltarse le propinó una patada en la espinilla.

–¡Maldita sea!

–¡Te lo advertí!

–Tienes razón –replicó Niall–. Mi niñera siempre decía contra crueldad, cariño…

–¡Oh, no! –exclamó Holly en cuanto adivinó en qué estaba pensando–. ¡Si me besas te juro que la próxima vez apuntaré mejor!

Niall se la quedó mirando entre curioso y divertido.

–No lo dirás en serio, ¿verdad? –preguntó con admiración sincera.

Capítulo 5

Pues a mí me parece que lo dice muy en serio… –dijo una voz a sus espaldas.

Holly se dio la vuelta en redondo, muerta de vergüenza.

–Siempre he dicho que lo que mi hijo necesita es que le pongan los puntos sobre las íes –añadió Maeve Wesley reflexivamente.

Aunque la madre de Niall, pues con aquellos ojos no podía ser otra persona, parecía haberse tomado más que bien su rudeza con su retoño, Holly deseó que la tierra se la tragara en ese mismo instante.

–Es un placer conocer a una jovencita con tanto carácter –continuó la dama estrechándole la mano.

Lady Wesley no se parecía en nada a la imagen que se había hecho de ella: alta y delgada, atractiva sin ser una belleza, parecía mucho más joven de lo que era, a pesar de de tener la cabeza cubierta de canas.

–Encantada… –Holly se detuvo, sin saber muy bien qué tratamiento aplicarle.

–Llámame Maeve, que yo te llamaré Holly –su apretón resultó firme y cálido, fiel reflejo de su personalidad–. Llegas tarde, Niall –dijo, lanzando una mirada reprobadora a su hijo.

Niall sonrió sin disculparse por el retraso. Sentía un gran alivio al ver que su madre había interpretado lo ocurrido como una pelea de enamorados… tal vez, pensó, no anduviera desencaminada.

–¿Dónde está Tom? –preguntó, impaciente por ver a su hijo.

–Con los hombres, aprendiendo a convertir buena comida en una masa carbonizada. Y te diré que no me pareció bien que lo llamaras tan tarde… se puso tan nervioso que luego le costó mucho dormirse. ¡Y encimas llegas tarde!

–Nos paramos a mirar el paisaje –dijo Niall mirando a Holly maliciosamente.

–¿Sí? ¿Y desde cuándo te interesa tanto la naturaleza? Siempre creí que solo te interesaban los circuitos de Fórmula Uno.

–Es que he ampliado mis campos de interés, madre –replicó, lanzando a Holly una mirada irresistible–. Vamos, estoy deseando ver a Tom… Habrá que presentarle a Holly –añadió pasando el brazo por los hombros de la joven, que estaba temblando como un flan. Cualquier chica, por poco impresionable que fuera, habría caído bajo el poder de aquellos intensos ojos azules.

–Me alegro de que cambiaras de opinión –dijo Maeve lanzándole una inquisitiva mirada. Holly temió verse descubierta: nadie en su sano juicio creería que una chica con tan poco atractivo había pescado a Niall–. ¿Sabes? Casi tuve que chantajearlo para que te trajera.

Por lo visto el chantaje estaba muy extendido en aquella familia, pensó Holly.

–Ya, es que no pude confirmarlo hasta el último momento. Con el lío de las guardias y todo eso es muy difícil planificar la vida social. Por suerte, Niall es muy paciente.

–¿Paciente? –eso pareció hacerle mucha gracia–. Ya me dijo Tara que eras médico. Perdona que te lo diga, pero pareces muy joven… –dejó caer.

–Tengo veinticinco años –le informó Holly sin el menor reparo.

–¿Quieres dejar el interrogatorio para luego, mamá? –intervino Niall con firmeza, poniendo la mano en el hombro de Holly protectoramente.

Aunque sabía que lo había dicho por puro interés, Holly no pudo evitar sentirse agradecida… y también sintió otras cosas muy diferentes cuando la mano descendió hasta su cadera.

Estaban a la mitad de un sendero rodeado de árboles cuando se encontraron con el siguiente contingente del comité de recepción: uno de los dos chiquillos se abalanzó al encuentro de Niall, que de inmediato soltó a Holly para recibir al pequeño en sus brazos.

–¡Papá! Tengo muchísimas cosas que contarte: vimos ballenas, ¡más de mil! ¡Y yo me mareé! Y sé nadar casi tan bien como Dan, y…

–De acuerdo, de acuerdo… –le suplicó su padre entre risas. Espero que obedecieras a tía Jude y tío Chris –añadió mirando hacia la pareja que los contemplaba sonriendo. A Holly la mujer le pareció una copia más joven y dulce que su madre y el hombre era alto y delgado, con gafas, y un rostro que enseguida le inspiró

confianza.

–A ellos les encantó tenerme en su casa –protestó el niño de inmediato con expresión angelical.

–Vaya… no parece que tuvieras muchas ganas de volver a casa –aunque lo decía en broma, en el fondo Niall temía que sus deficiencias como padre le acabaran pasando factura. Tal vez su hijo prefiriera estar en un hogar más «normal». Chris, por ejemplo, se había tomado todo el verano libre para estar con su familia, mientras que él…

–Me lo he pasado muy bien… pero te he echado de menos.

–¡Y yo también! –a pesar de sus limitaciones como padre, el niño estaba creciendo sin mayores problemas. Decidió darse a sí mismo un voto de confianza–. Gracias, Chris –dijo tendiendo una mano a su cuñado–. ¿El bebé duerme ya toda la noche seguida? –preguntó a su hermana.

–¿Estás de broma? –Jude se volvió para saludar a Holly–. Tú debes de ser Holly, ¿verdad? –aquella atractiva joven resultaba mucho menos intimidante que su madre–. Soy la hermana pequeña de Niall, me llamo Jude Appleby, y él es mi marido.

Chris le dirigió una amable sonrisa.

–Estás un poco abrumada, ¿no? –le dijo con marcado acento americano–. No te preocupes, ya te acostumbrarás.

Holly sabía que no tendría tiempo para acostumbrarse a nada, solo para sentirse un completo fracaso.

–Creo que vuestro padre está solo con la barbacoa –dijo Maeve–, así que será mejor que dejemos las presentaciones para más tarde si queremos que quede algo de comer.

A Holly, Maeve le pareció del tipo de personas que disfrutan organizando las cosas y las personas, especialmente esto último. Jude le asió amigablemente por el brazo e inició enseguida una conversación llena de afecto y cariño que tuvo el efecto de hacerla sentirse como un gusano, por lo que fue incapaz de contestarle con naturalidad. Tras lanzarle una mirada de advertencia, Niall se dedicó por completo a su hijo.

Holly se quedó muy sorprendida cuando llegaron por fin al jardín y se encontró con que también estaba allí Tara.

–¡Holly! ¡Qué alegría verte! –Tara parecía sinceramente complacida de verla allí. Estaba realmente guapísima: no en vano

era una de las modelos más cotizadas del mundo. Holly se dijo que, de haber sido la verdadera novia de Niall, habría respondido a su abrazo de forma mucho más contenida. Tara era tan espectacular que acababa con la confianza de cualquiera.

–No sabía que ibas a venir.

–¡Oh, sí! Somos una familia unida y feliz –ironizó Niall detrás de ellas.

–Por suerte, tenemos dormitorios de sobra para acomodar a todos los ex novios de mis hijos –sir George Wesley se quitó el delantal y pasó los utensilios de cocina a la joven generación para saludar a sus invitados. Holly reparó en que Niall había heredado de él su imponente estatura y la aristocrática nariz, aunque lo que más le llamó la atención es que tenían idéntico tono de voz.

En vez de responder a la broma de su padre, Niall miró preocupado a su hermana, cosa que, curiosamente, todos hicieron con mayor o menor discreción.

–Voy a ver qué tal está el niño –murmuró esta antes de dirigirse a la casa con la cabeza gacha.

–¡George, te has pasado! –le reprochó su esposa.

–¡No he caído! Estaba pensando en Niall, de verdad –se defendió sir George molesto.

–¡Mira que decirle eso a Jude! Voy a ver qué tal está.

–No, Maeve –intervino Chris–, creo que lo mejor es que esté sola un rato.

Aunque no parecía muy convencida, para sorpresa de Holly, Maeve obedeció a su yerno sin rechistar. Tras pensarlo un momento, se dio cuenta de que no era tan extraño, pues a pesar des sus ademanes calmados, del joven americano emanaba un evidente aire de autoridad.

La tensión se mascaba en el ambiente; ella debía de ser la única de los presentes que no sabía lo que estaba pasando. Por suerte, fue Thomas el que rompió el hielo… un par de segundos más y habría empezado a hablar del tiempo.

–Mamá me ha dicho que eres médico –el niño había heredado los mismos ojos azules que su padre, y su capacidad para mirar a las personas de frente. En unos cuantos años más, aquella criatura iba a romper tantos corazones como su padre.

–Sí, así es.

–¿Eres el médico de papá? ¿Es que está enfermo? –insistió el niño intrigado.

–No, Tom, no lo estoy –dijo Niall al tiempo que le retiraba un mechón de pelo de la cara–. Aunque ahora que lo pienso, me duele un poco la espinilla –añadió, lanzando una sonrisa de complicidad a Holly de la que ella hizo caso omiso. Si se la hubiera devuelto, Niall habría pensado que le seguía el juego, y no podía permitirse semejante muestra de debilidad.

–¿Es tu novia entonces? –insistió el pequeño.

–Sí, claro.

–Vale –Tom se encogió de hombros–. No me creo lo que dicen de las pelirrojas –añadió con toda sinceridad–. Me parece muy guapa –remató para mayor confusión de Holly antes de ir con su abuelo, que estaba insistiendo para que se pusieran a comer antes de que empezara a llover.

Holly, que sentía más alivio que si hubiera escapado de las garras de la inquisición, dejó escapar un suspiro de alivio. Niall se acercó a ella y le susurró al oído:

–Tengo que preguntarle qué es lo que dicen por ahí de las pelirrojas.

–¿Es que no te sientes ni siquiera un poco culpable?

–¿Por?

–¡Por mentirle a tu familia tan descaradamente!

–Mentimos todos todos los días, incluso tú, doctora Parish, así que no me mires tan seria: anda dedícame una de tus dulces sonrisas…

–¡Tú sueñas!

–Sí, yo y el resto de hombres del planeta –la piropeó Niall–. Si quieres quedar bien con mi padre, te aconsejo que pruebes la comida –le aconsejó, señalando al resto de la familia, reunida en torno a una mesa de jardín.

–No puedo comer nada. Me siento fatal.

–Todos estaremos igual en cuanto hayamos probado esa carne carbonizada –replicó Niall alegremente–. Es una suerte tener un médico en casa.

A pesar de su tamaño y riqueza, la casa no parecía en absoluto

un museo. Para empezar, había por doquier un montón de recuerdos y toques personales de las generaciones sucesivas que habían vivido en ella. Holly se esforzó por no parecer intimidada, aunque lo cierto es que lo estaba.

–Ya han subido nuestras bolsas –le dijo bajo la imponente araña que colgaba del recibidor y que por sí sola era casi más grande que la salita de su apartamento–. Vamos, te enseñaré la habitación –y sin más preámbulos empezó a subir la gran escalera.

Fue una suerte que Holly estuviese acostumbrada a recorrer los largos pasillos del hospital, pues Niall andaba a grandes zancadas, sin reparar en la diferencia de tamaño entre sus piernas.

–Esta es la parte más antigua de la casa.

Holly ya se había dado cuenta; por las características de los muros se deducía que el origen de la mansión había sido un edificio medieval.

–Ya estamos –anunció abriendo una gruesa puerta de roble.

–¡Qué bonito! –exclamó Holly impresionada. Había estado en habitaciones más pequeñas que la impresionante cama con dosel de aquel dormitorio. Se acercó a la ventana y se quedó mirando los jardines de estilo italiano y el lago. Apoyándose con los codos en el alféizar, se asomó un poco para verlo mejor.

–Ten cuidado –le advirtió Niall poniéndole una mano en el hombro.

Pero la confusión con la que Holly lo miró al volverse no tenía nada que ver con el vértigo… y mucho con la mano que se había posado en su cintura. Por suerte, encontró algo que distrajo su atención.

–¡Oh! Ese no es mi equipaje –exclamó al ver una bolsa de cuero a los pies de la cama–. O puede que esta no sea mi habitación…

–Yo no he dicho que sea tu habitación: es nuestra habitación. Esa bolsa es la mía.

Holly lo miró horrorizada. No recordaba en absoluto que le hubiese dicho que iban a estar juntos.

–¿De verdad supones que vamos a compartir la habitación? –estalló.

–Yo no supongo nada, es mi familia: mi madre se enorgullece de ser muy liberal y, desde mi punto de vista, estas habitaciones antiguas tienen mucho encanto.

–Tú sabías que me iba a colocar aquí, ¿verdad? –le acusó Holly–. ¿Es tu habitación?

–Desde que era un chiquillo.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–Oye, ¿no te parece que estás exagerando un poco? –Niall enarcó una ceja, quitando importancia a sus protestas–. Si te hubieras parado a pensarlo, te habrías dado cuenta de que lo más lógico era que durmiéramos juntos… o por lo menos en la misma habitación.

–¿Si lo hubiera pensado un poco? –repitió Holly pálida de ira–. ¡Eso es precisamente lo que intentado evitar, pensar, desde que empezó esta pesadilla! –exclamó llevándose las manos al rostro. Como fuera que él todavía la tenía asida por la cintura, se encontró con que su gesto solo había conseguido hacer aquel contacto más íntimo. Una corriente de excitación puramente sexual le atravesó de la cabeza a los pies. Maldiciéndose por su debilidad, se desasió de su abrazo, no sin darse cuenta de que no era la única que estaba excitada…

Niall la miró con expresión inescrutable. Cuando por fin habló, su tono no era precisamente el de un hombre poseído por la lujuria.

–Solo compartiremos la cama. Cualquier otra cosa ya es opcional.

Holly estuvo a punto de estallar en carcajadas. La idea de que compartir la cama con él fuera voluntaria, era simplemente ridícula.

–Deberías habérmelo dicho –insistió tozuda.

–Hay cosas que se dan por supuestas… no creo que hiciera falta darte todos los detalles.

–¡Serás caradura! ¿Cómo te atreves a decirme semejante cosa?

–Me habrías causado dolor de cabeza con tus protestas –replicó lacónico. Se acercó a la cama y sacó de su bolsa el neceser–. ¿Sabrás encontrar el camino de vuelta?

Holly asintió no muy convencida. No tenía ningún sentido de la orientación, así que lo más probable era que muriera de sed antes de encontrar a otro ser humano. Sin embargo, semejante perspectiva era menos terrible que la idea de tener que compartir la cama con él.

–Voy a pasar un rato con Tom –le dijo abriendo la puerta–. Tal vez mi madre quiera enseñarte la casa.

Holly se quedó sola, no muy animada precisamente con el panorama que tenía por delante.

–Ya conoces a todos los que nos reuniremos esta noche, excepto Ian Webster, el administrador –le explicó Niall mientras se hacía el nudo de la corbata.

Holly se quedó mirando su aristocrático perfil, sintiéndose hervir de indignación.

–¡No conozco a nadie! –le corrigió indignada–. Soy una extraña.. y me gustaría estar bien lejos de aquí, por cierto.

Aquella tarde, durante el recorrido de la mansión, le había quedado perfectamente claro que no encajaba en aquel ambiente: no solo no sabía montar a caballo ni disparar, sino que, además, como le había espetado a su anfitriona un poco mordazmente, no tenía la menor intención de aprender ninguna de aquellas habilidades. Cuando los padres de Niall regresaran de su viaje y se enteraran de que aquel compromiso no había existido nunca, sin duda no podrían reprimir un suspiro de alivio.

–Pues como eso no puede ser, te aconsejo que te tranquilices –le recomendó Niall filosóficamente. De pronto, miró el vestido que ella había extendido en la cama–. ¡Vaya! Otra vez ese vestido –observó con una sonrisa maliciosa.

–No tengo un vestuario muy amplio –«Yo no soy Rowena, o tu ex mujer», le habría gustado añadir, pero no lo hizo temiendo parecer que estaba celosa de ellas.

–Normalmente no nos vestimos para cenar; pero es que no todos los días se presenta la oportunidad de recibir a alguien en la familia.

–Yo no voy a formar parte de la vuestra.

–¿Por qué tienes que ser siempre tan estricta? No, no me respondas, ya veo que no lo puedes evitar…

–La verdad, por lo que ha dicho tu padre, parece que estáis muy acostumbrados a recibir… invitados –se preguntó cuántas veces habría ido Rowena a la casa. ¿Habría dormido su hermana en aquella cama?

–Te has dado cuenta, ¿verdad?

–Me ha parecido que tu hermana estaba un poco molesta –

contestó, aunque lo que en realidad pensaba era que ni por todo el oro del mundo dormiría en aquella cama con él.

–Sí, mi padre no ha sido muy diplomático.

«Habló el santo», se dijo Holly. Como si no conociera su reputación de conquistador…

–Lo que ocurre es que Daniel no es hijo de Chris –le explicó Niall–. Mi hermana estuvo saliendo con un hombre que estaba casado. El muy bastardo hizo todo lo posible por embaucarla… encima, era muchos años mayor que ella –su expresión se endureció al recordar aquella triste historia–. Jude no lo supo hasta que fue demasiado tarde. Incluso entonces, la engatusó diciendo que estaba a punto de divorciarse.

–¡Pobre Jude! –Holly estaba sinceramente conmovida.

–Se pasó tres años con ese canalla, y ninguno de nosotros pudo hacer nada para convencerla de que lo dejara. Tuvo que ser ella la que se diera cuenta de la peor forma posible del error que había cometido.

–Por suerte, conoció a Chris –comentó Holly.

–Sí, por suerte –Niall sonrió.

–Parece un buen tipo.

–Uno de los mejores –convino Niall sin el menor asomo de ironía. Cambiando de tema bruscamente, alargó la mano para tocar la seda del vestido–. Calidad es mejor que cantidad –murmuró Niall.

Dejó el vestido y se acercó a la ventana.

–Por lo que veo, Rowena te ha contagiado su forma de pensar –observó Holly–. Veo que te llama la atención que lleve un vestido de tanta calidad… Me lo regalaron –no le explicó que no se trataba de un modelo original.

La madre de Martin dirigía un pequeño taller de costura especializado en copias de los diseños de los modistos más famosos. Su negocio iba viento en popa pues cada vez había más gente deseosa de lucir trajes de calidad sin tener que arruinarse en el intento.

–Rowena tiene un gusto excelente.

A Holly le dio rabia que siempre saliera en defensa de su hermana.

–No me lo regaló ella –de repente le pareció intolerable que la tomara por la clase de mujer que solo recibe regalos de su

adinerada hermana. ¿Acaso no creía que pudiera tener un devoto enamorado?

Niall se giró en redondo para mirarla.

–¿Te lo ha regalado algún… amigo?

–Le hice un favor –respondió, sin preocuparse por lo que Niall pudiera deducir de semejante afirmación. ¡Qué demonios! ¡No era asunto suyo si un hombre la inundaba de diamantes! Martin había sido muy amable al agradecerle de aquella forma tan gentil su ayuda para preparar el trabajo de Farmacología.

–Por lo visto, no tuvo la menor queja.

–Se llama Martin –replicó Holly sin añadir que no lo había visto desde que se licenciaron. No le gustaba en absoluto aquel tono condescendiente que Niall empleaba con ella.

–¿Y qué opina el tal Martin de que hayas venido aquí conmigo a pasar el fin de semana?

¡Aquello estaba yendo demasiado lejos! Simular que tenía un misterioso pretendiente era una cosa, pero no tenía la caradura suficiente como para mantener esa ficción.

–No lo sé. No se lo he dicho. A decir verdad, no salimos juntos ni nada por el estilo –confesó de mala gana.

–Entiendo –aunque lo que añadió a continuación demostraba que lo había malinterpretado todo–: espero que el pobre Martin se lo tome con la misma frialdad que tú –le espetó.

–¿Por qué me insultas de ese modo?

–No te estoy insultando.

–Ya, estás demasiado bien educado, ¿no?

–¿El pijama era suyo?

–¿Qué…? –Holly no sabía de qué le estaba hablando.

Niall no tenía ni idea de qué le había impulsado a preguntar aquello, tal vez fuera que no se le iba de la cabeza la imagen de Holly vestida con aquella prenda.

–El pijama que llevabas puesto el otro día –gruñó.

¡Típico! Recordaba perfectamente haberla visto hecha un adefesio… aunque, a decir verdad, también recordaba el vestido.

–No, no era de Martin. Si me conocieras mejor, sabrías que estoy demasiado ocupada para tener un novio.

–Ya, solo te puedes permitir encuentros ocasionales…

Holly se ruborizó hasta las orejas: ¿cómo podía ser tan

hipócrita? Si hubiera sido un hombre, le hubiera parecido de perlas. Lo más irónico de todo aquel asunto es que su vida sexual era inexistente.

–Es mucho más sencillo romper con un amante… o con varios, si vamos a eso, que con una marido o una esposa –teorizó venenosa. Niall Wesley era la persona menos indicada para darle consejos en se campo.

–Por lo que veo, Rowena y tú tenéis muchas cosas en común.

Su hermana declaraba abiertamente que no tenía la menor intención de casarse.

–No lo creas. Yo no tengo nada en contra del matrimonio. Solo digo que creo que es algo que no se puede tomar tan a la ligera como hacen muchas personas –se calló al advertir la ominosa mirada de Niall–. Cuando yo me case –añadió desafiante–, será para siempre.

–¡Qué nobles sentimientos!

–Ahórrate el cinismo –le pidió–. No creo que vaya a hacerlo pronto. Soy muy joven todavía –añadió un poco a la defensiva.

–Eres mayor de lo que yo era cuando me casé con Tara.

Holly se encogió de hombros; la mandíbula de él, que no se relajaba ni en los momentos más tranquilos, parecía de acero.

–Eso apoya mi teoría, ¿no?

–¿Y qué harás si conoces a alguien, te enamoras desesperadamente y te pide que te cases con él? –le preguntó Niall con voz tan ronca que le puso la carne de gallina–. Imagina que insiste en que os caséis…

–Si de verdad me quiere, esperaría –notaba que empezaba a sudar de puro nerviosismo, sometida al escrutinio de aquellos ojos azules.

–Puede que no esté enamorado de ti, que solo te desee, y que seas tú la que estás enamorada. Estás totalmente bajo su poder, y te gusta.

Durante un segundo pensó que la estaba acusando de algo… e inmediatamente supo que aquella acusación era cierta. El hombre que amaba jamás insistiría en casarse con ella. Lo único que pasaba era que no le importaría acostarse con ella si no tenía un plan mejor.

–No creo que fuera tan tonta –protestó.

–¿Acaso nunca has deseado tanto a alguien, tanto que no podías pensar en otra cosa? –aquella pregunta la sorprendió más que cualquier otra cosa que le hubiera dicho–. Por lo que dices, pareces creer que tienes elección, cuando es bien sabido que en el amor no es así…

¡Bien podía decirlo! Se pasó lo lengua por los labios resecos, incapaz de apartar la mirada de aquellos crueles ojos. Ella no había elegido amar a ese hombre, sabía positivamente que hacerlo solo la conduciría al desastre. ¡Dios! No quería que le dijera lo que el amor significaba para él… Sería más de lo que podría soportar.

–Estás hablando de lujuria, no de amor –replicó Holly agitada, debatiéndose en una oleada de deseo, de puro deseo–. El amor se basa en el respeto mutuo.

–Sí, pero también tiene mucho que ver con el sexo.

Holly sintió que le flaqueaban las rodillas.

–¿Estabas enamorado cuando te casaste con Tara? –consiguió articular.

Niall se apartó de ella. Solo entonces se dio cuenta Holly de lo cerca que habían estado. Creyó que no iba a contestar una pregunta que había hecho más por distraer su atención que por que quisiera de verdad saber la respuesta.

–Ciegamente enamorado –replicó. Con los años, podía volver la vista atrás y darse cuenta de los errores en los que había incurrido por puro idealismo, por ignorar las clarísimas señales de peligro.

«¿Y lo estás ahora», le hubiera gustado preguntar a Holly. Sin embargo, creía saber también la respuesta. Buscó todas sus ropas y se dirigió al baño.

–No tardaré mucho –murmuró.

Capítulo 6

Holly aprendió muy pronto que sir George Wesley no era un hombre al que sobrara el tacto precisamente.

—Así que… la hermana de Rowena, ¿eh? Una mujer muy atractiva, Rowena —dijo sir George con brillo en los ojos—. Guapísima… Usted no se le parece en nada —añadió, mirando a su alrededor en busca de aprobación.

Y al instante, para evitar el incómodo silencio que siguió, se iniciaron varias conversaciones intrascendentes. No era la primera vez que Holly salía perdiendo con aquella comparación, y no en todas ocasiones el comentario había sido tan inocente como el de sir George.

Su mirada pasó de sir George a los otros comensales, ocupados todos ellos en hacerse los sordos, y su sentido del humor acudió en su rescate. Estalló en una carcajada que muy pronto se vio acompañada por algunas otras.

Niall no se unió al alborozo general, pero esbozó una sonrisa y la miró. Holly se dio cuenta de que la estaba observando y giró la cabeza. Aquella enigmática sonrisa aceleró el pálpito de su corazón y, de un modo inconsciente, arrugó la servilleta de papel.

—No sé por qué tiene que molestarse —dijo George Wesley con sincera perplejidad ante la indicación de su esposa de que se callara —. Es una criatura preciosa, pero es que su hermana es una mujer como hay pocas.

—¿Verdad que sí? —dijo Holly, con tranquilidad.

—Ya lo ves —dijo George, mirando a su alrededor como si no las tuviera todas consigo—. Y Maeve me ha dicho que es usted médico.

—Desde hace muy poco –contestó Holly.

—Se puede ganar mucho dinero con la medicina.

—No en el campo que a mí me interesa —admitió Holly.

—¿Y qué campo es ese? —preguntó su anfitrión, sorprendido por su falta de ambición.

—Medicina general. No tiene el glamour de otras especialidades, pero…

—Cirugía estética, eso es lo que le vendría bien —recomendó George Wesley con la franqueza que le caracterizaba—. ¿A qué edad se arregló los pechos la hija de Emily? ¿A los diecinueve? Para una mujer lo son todo, ¿sabe usted?

Niall, que discutía las ventajas de la agricultura orgánica con Ian Webster, intervino para contribuir a la vergüenza de Holly.

—Me alegra decir, padre, que no siempre es así.

Su sonrisa delataba la imagen que se formaba en su mente, una imagen, al parecer muy agradable. La dirección de su mirada daba pistas evidentes de qué era tan agradable.

Holly tuvo que hacer enormes esfuerzos por no agachar la vista y comprobar si tenía los senos bien tapados. Niall tenía la incómoda costumbre de desnudarla con la mirada. Comenzaba a no estar segura de poder soportar la conversación por más tiempo.

—Si no me crees, pregúntale a Quinn. Es un amigo de Niall que estudió esa especialidad —dijo sir Wesley—. Y le va muy bien. Deberías hablar con él, te sacaría de la cabeza esas ideas.

—Quinn Tyler —dijo Holly—. Sí, lo conozco.

Niall se sintió algo incómodo al ver la sonrisa que esbozaban sus labios.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Es un muchacho encantador —intervino Maeve, ignorando la pregunta de su hijo—. Me cae muy bien.

—¿Encantador? Me parece una manera muy educada de decirlo —apostilló Niall.

Holly lo miró con perplejidad. En lo que se refería a corazones rotos, Niall tenía tantos en su haber como Quinn.

—A mí también me lo parece —dijo, con una amplia sonrisa dirigida primero a sus anfitriones y luego a Niall… ¿Y si Quinn y él eran rivales? Ambos estaban muy interesados por Rowena. ¿Es que los dos la pretendían?

—Me parece que no tienes derecho a tirar la primera piedra, Niall.

George Wesley se echó a reír.

—Creo que esta chica tiene razón, muchacho.

Niall miró a su padre como si tuviera ganas de matarlo. Luego se

dirigió a Holly.

—Pero todavía no nos has dicho cómo es que lo conoces.

—No lo he dicho porque me parece que tú eres el único interesado en saberlo. —¿Por qué insistía en dar la impresión de que ella quería evitar la respuesta?—. Lo conozco igual que te conozco a ti.

La dudosa ventaja de ser hermana de Rowena estribaba en que así conocía a hombres que en otras circunstancias estarían fuera de su alcance. Pero su vida sería mucho más fácil si uno de esos hombres en concreto no se hubiera cruzado en su camino, pensó con tristeza.

—Espero que no tan bien.

Era obvio que el comentario estaba destinado a sugerir ciertas cosas en su audiencia.

—Rowena le dijo que yo quería estudiar medicina y fue muy amable conmigo. Y no perdimos el contacto.

—No me lo habías dicho.

Holly se sorprendió tanto por el tono de la observación que olvidó una vez más el papel que estaba interpretando.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —replicó.

—Eso, Niall —intervino Jude—, ¿por qué iba a hacerlo? —dijo, intercambiando una sonrisa maliciosa con su marido—. La vida da muchas vueltas —dijo al oído de su hermano—. Nunca habría imaginado que fueras de los celosos.

Todos los que se sentaban cerca de ella oyeron el comentario y asintieron con condescendencia.

El amor fraternal de Niall alcanzó su punto más bajo.

Holly fue presa de una ola de mortificación. «Qué torpe soy», se dijo. «Él no estaba más que interpretando el papel de amante celoso. Aunque por un momento me ha parecido que… ¡Ya basta!» No había lugar para los sueños, se reconvino.

—No es celoso —dijo, con firmeza—. Es solo que le gusta ponerme nerviosa.

—Bueno —intervino Tara—, la verdad, Holly, es que me parece que a ti también te gusta ponerlo nervioso a él.

Lo dijo con una sonrisa tan amplia y luminosa que a Holly le resultó imposible enfadarse con ella.

¿Había algo más estimulante que una batalla verbal con Niall?

En realidad, sí. Pero se trataba de algo en lo que también intervenía Niall, pensó Holly, y la idea hizo que tuviera ganas de meterse debajo de la mesa. Era un pensamiento tan explícito y llegó acompañado de imágenes tan nítidas, que la sorprendió que nadie se diera cuenta.

Niall elevó su copa, saludando a su ex esposa, pero tenía los ojos fijos en Holly.

—Brindo por tu perspicacia —dijo, refiriéndose a Tara—. Pero no vamos a discutir ahora, ¿verdad, cariño?

A Holly se le hizo un nudo en el estómago y se le secó la garganta. ¿Tenía él idea de cómo se estremecía cuando le dirigía aquella mirada seductora?

—Eso depende de lo razonable que quieras ser —dijo.

¡Oh, por supuesto que se daba cuenta! Niall Wesley era un hombre frío y calculador cuando se trataba de conseguir lo que quería, se dijo Holly. Pero la idea conducía directamente a la pregunta: ¿quería de verdad…?, ¿pretendía… acostarse con ella? Por otro lado, en caso de ser cierto, ¿podía ella aceptar la proposición? O, más exactamente, ¿podía negarse? ¿Quería negarse?

Aquella noche Niall no volvió a interpretar el papel de amante celoso. «Por supuesto que no», se dijo Holly, «ya ha hecho el reparto de papeles que quería y tanto yo como los demás nos situamos perfectamente en la posición que él pretendía». Era cierto, nadie había demostrado el escepticismo que ella esperaba. Al contrario, aceptaban con la mayor naturalidad su papel de novia de Niall.

—¿Qué demonios te propones? —preguntó Niall, sacándose la corbata.

«Tranquila y sin perder el sentido del humor», se dijo Holly. «No es ningún estúpido y seguro que se ha dado cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos». Suspiró profundamente, estirando la manta sobre el sofá que se encontraba al pie de la ventana.

—¿A ti qué te parece? —replicó, olvidando su plan en el instante de verlo de pie, tan tranquilo, tan lleno de aplomo, tan apuesto, tan guapo.

—No esperarás que duerma en eso, porque si es así…

Holly se irguió y le dirigió una mirada burlona.

—No, no esperaba que fueras tan caballeroso.

—Me niego a dormir en esa cosa cuando hay una espléndida cama capaz de acomodar a media docena de personas. A veces soy caballeroso, estúpido, nunca.

—¡Media docena de personas! —repitió Holly—. Al decir que tu madre era liberal, no creía que pudiera llegar a tanto.

—Nunca he puesto a prueba su liberalidad, al menos no hasta ese punto —dijo Niall, secamente—. Aunque tengo entendido que mis antepasados muy bien podrían haber organizados orgías en esta misma habitación. Además, me temo que estoy obligado a contener todo posible instinto libertino mientras estoy en la casa de mis padres.

Holly dio un respingo. La mención a la orgía le dio escalofríos, mucho más cuando tenía delante el magnífico rostro de Niall. En aquellos momentos tenía una mirada felina y Holly pensó que lo mejor era retirarse de la cama lo más posible, como si temiera contagiarse de los laxos principios morales de los antepasados de su falso amante. Aunque, en realidad, eran sus propios principios los que corrían el riesgo de derrumbarse.

—Aquí estaré más cómoda —dijo.

Niall cruzó la habitación para comprobar lo mullido del improvisado lecho.

—Permíteme que lo dude —respondió—. Cuando lo restauraron lo hicieron pensando en ser fieles a la época, y me temo que en aquella remota época no pensaron mucho en su comodidad.

—No me importa…

—El estoicismo es una virtud muy sobrevalorada, ¿no te parece? —dijo Niall, y bostezó.

—¿Cómo está Tom? —preguntó Holly, pasando por alto el comentario irónico.

—Dormido —respondió Niall, más serio—. Algunos días es el único momento que tengo para verlo.

Era evidente el tono incómodo y culpable de su profunda voz. Holly lo observó con detenimiento mientras se sentaba en el sofá, apartando la almohada que ella había colocado y tirándola al suelo.

Holly la recogió y apretó contra su pecho. Sintió una gran compasión por él, lo cual la confundía. Se acercó al sofá y, sin soltar

la almohada, se sentó en el suelo, cerca de él.

—Muchos padres deben tener el mismo problema, sobre todo los solteros —dijo, y, consciente de la actitud tan protectora de Niall hacia la madre de su hijo, se apresuró a añadir—: Estoy segura de que Tara es una madre estupenda, pero tú soportas la mayor responsabilidad, y supongo que así debe ser.

Niall levantó la cabeza y la miró con curiosidad. Holly se preguntaba qué impulso la había llevado a ser tan comprensiva con él, a ofrecerle un hombro en el que llorar. Comenzaba a hacer cosas que hasta a ella le resultaban sorprendentes.

—Parece un muchacho muy sensato —añadió, y en aquel momento le dieron ganas de no haberlo hecho. Se rio nerviosamente—. Debe de haber salido a su madre —bromeó. ¿Por qué Niall la miraba con tanta curiosidad?

—De todas maneras, si siguieras participando en las carreras, lo verías todavía menos.

—Empezaba a correr el riesgo de no volver a verlo, por eso lo dejé —reveló Niall sorpresivamente.

—¿Ah, sí, por eso? —exclamó Holly, y el gesto burlón de Niall la hizo ser consciente de lo ingenuo de su reacción—. Me lo he preguntado algunas veces —añadió más fríamente—, como no diste ninguna explicación…

Por supuesto que no, Niall Wesley no daba explicaciones a nadie. Los periódicos lo vilipendiaron cuanto pudieron, pero él, orgulloso, terco e independiente no hizo algo tan sencillo como ofrecer una explicación. Probablemente había hablado con sus amigos más íntimos, gente a la que le preocupaba muy poco lo que pudiera decir la prensa rosa. Un grupo de amigos reducido y selecto del que ella nunca formaría parte, se dijo Holly con tristeza.

—Me gustaban las carreras, pero no eran mi vida… Bueno, no, eso no es cierto —se corrigió Niall—, fueron mi vida hasta el nacimiento de Tom. Luego, lo que más deseaba en el mundo era verlo crecer —confesó— y no quería que nada lo pusiera en peligro. Con esto no quiero decir que antes fuera un suicida, pero la muerte no me preocupaba en absoluto, ni siquiera, y la verdad es que me avergüenza decirlo, cuando la pobre Tara me suplicaba que lo dejara.

—¿Quería que lo dejaras? —otra teoría que se iba al cubo de la

basura, se dijo Holly observando con detenimiento a Niall. La prensa había insistido en que su esposa lo había dejado porque él había abandonado el excitante mundo de la Fórmula Uno.

—Lo odiaba.

Holly lo imaginó circulando a gran velocidad, embutido en uno de aquellos pequeños bólidos de metal, y le entraron escalofríos. Apretó la barbilla contra la almohada que aún sostenía.

—No la culpo —dijo, con gran sinceridad—. Es evidente que si querías seguir vivo no podías seguir compitiendo.

Con aquel comentario sarcástico esperaba cubrir la excesiva sinceridad de su reacción.

—Tienes razón —dijo Niall, mesándose los cabellos e inclinándose hacia delante—. Me parece que nos hemos desviado del tema, Holly.

—¿De qué tema? —disimuló ella.

—Del tema «Dónde dormimos».

—Asunto cerrado —dijo Holly, y le temblaron los labios ligeramente al toparse con la mirada de Niall. Bajo la superficie confiada de su humor se ocultaba una garganta seca y un temblor en las rodillas.

—¿Estás saliendo con Quinn Tyler? ¿Por eso me rechazas?

La pregunta la pilló tan de sorpresa, que le costó reaccionar.

—¿Con Quinn?

—Porque, si es ese es el problema, tengo que decirte que tu fidelidad se inclina del lugar equivocado —dijo él con frialdad—. Si la situación fuera la contraria, él no tendría el menor reparo. Créeme, conozco bien a Quinn —concluyó, con una mirada llena de dureza y cinismo.

—Con amigos como tú, ¿para qué buscarse enemigos? —replicó Holly—. ¿Siempre lo has despreciado? —preguntó, y añadió con suspicacia—: ¿O ha hecho algo que te moleste?

—No estoy diciendo nada que no le haya dicho ya a él.

—Que no me acueste contigo no tiene nada que ver con Quinn.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Niall, concentrando la mirada en ella.

—Vaya, te has dado cuenta —respondió Holly, aferrándose a su sarcasmo—. ¿Y no te has parado a pensar que puede deberse al hecho de que, creo yo, no es asunto tuyo con quién me acuesto o

dejo de acostarme?

No dejaba de resultar irónico que él pensara que tenía toda una legión de amantes a sus pies, cuando, en realidad, tras su inolvidable y desastrosa introducción en el juego del amor, su vida había guardado un gran paralelismo con la de una monja. Era mortificante reconocer que en aquellos días había sido presa de una gratitud tan patética hacia el primer hombre que le había dicho que la deseaba, que había llegado a creer que estaba profundamente enamorada de él.

Afortunadamente, había acabado por despertar cuando descubrió que él había empleado la misma táctica con otras cuatro estudiantes. Ellas se habían reído en sus narices. Pero saber que otras dos idiotas como ella habían sido víctimas de él y, ¡en la misma época!, pues el canalla se acostaba con las tres en el mismo periodo, solo había servido para empeorar las cosas.

—Se trata de mí, ¿verdad?

—No va a pasar nada —logró decir, con menor convicción de la que habría deseado—. Sé que no soy más que una sustituta de Rowena, pero no estoy preparada para serlo en toda su extensión —dijo, sin querer suavizar la crudeza de sus palabras.

Una crudeza que Niall parecía muy capaz de aceptar.

—Antes, en el coche, me ha dado otra impresión, como si no te importara avanzar «en toda su extensión».

Holly se quedó pálida. Las palabras de Niall resonaron en su mente como el eco en un acantilado.

—Supongo —dijo, haciendo los mayores esfuerzos— que solo era cuestión de tiempo que lo dijeras.

—Me alegra ver que aprecias la discreción que he demostrado hasta ahora.

Holly apretó los dientes.

—Siempre un caballero.

Niall negó con la cabeza repetidamente. La agarró de las muñecas y tiró de ella hasta ponerla de rodillas, hasta que su cuerpo dio con la poderosa barrera de sus muslos.

—Ese sarcasmo no te va a llevar a ningún lado —dijo él con calma, colocando las manos de ella sobre su propio cuello—. He deseado hacer esto desde…

Holly dio un respingo al sentir que Niall apoyaba la mano en su

cintura. La sintió sobre la delicada seda de su vestido y luego su mano descendió hasta rodear los redondeados contornos de su pequeño trasero. Holly sintió que el corazón, presa de un intenso deseo, parecía a punto de saltarle del pecho. Sintió una oleada de calor derretido que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies, aunque concentrada sobre todo en su estómago y entre sus piernas. Qué importaba que él no la quisiera, la deseaba, ¿no? ¡Oh, Dios, y cómo lo deseaba ella!

—…desde la primera vez que te vi con esto puesto. Qué bien sabes, ¿todo tu cuerpo sabe tan bien? —dijo, mirándola con los ojos envueltos en una neblina de deseo.

Rodeó con los dedos la curva de sus senos antes de apoyar el pulgar en el pequeño y erguido pezón.

Holly profirió un incontenible gemido de placer, un placer que recorría en oleadas todo su cuerpo. Niall enterró los dedos en su ensortijado cabello y examinó su rostro con ojos hambrientos.

—Es imposible, no puedes dormir aquí. Esta noche, no.

Su arrogancia removió la rebelión de sus últimos reductos de resistencia.

—¿Y eso quién lo dice?

La lengua de Niall acabó con los últimos restos de cordura que le quedaban.

Sin separar la boca de la de ella, Niall la levantó en brazos y la llevó a la cama, pero en su camino encontró un obstáculo inesperado: una sandalia de tacón alto que ella se había quitado despreocupadamente al entrar en la habitación.

Tropezó y profirió una maldición mientras los dos eran catapultados hacia la cama. Holly se hundió en el mullido colchón. El deseo y la lujuria la consumían hasta tal punto, que pensó que no le habría importado que Niall cayera encima de ella. Pero no fue así, pues con una demostración de destreza y fuerza se las arregló para no soltarla y no caer precisamente encima de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Niall con preocupación apartando el flequillo de la cara de Holly.

—Sí —dijo Holly, haciendo un ineficaz y absurdo intento de cubrirse los muslos, bajándose la falda, que se le había subido. Menos mal que alguien había abierto la cama, pensó de un modo también absurdo al tocar las suaves sábanas.

Niall se apartó, cosa que a ella no le gustó lo más mínimo. El mundo era mucho mejor unos instantes atrás, cuando él tenía su cara entre sus manos y luego la acariciaba y la estrechaba contra sí, cuando se sentía dominada por aquel hombre de cuerpo potente y maravilloso.

—Una sandalia —dijo él, con un tono definitivamente acusatorio.

Holly se apoyó en un codo. Estaba indignada. Pero la acción sirvió para que se le cayera el vestido a la cintura.

—Si no sabes mirar por dónde vas, yo no tengo la culpa.

Niall sonrió burlonamente. Si miraba su boca, Holly solo podía pensar en lo firmes que habían sido sus labios, en lo suaves que eran, en lo hábil que era su lengua. Inconscientemente, se pasó la lengua por los labios, capaz todavía de disfrutar del sabor de aquella boca.

Ante aquel gesto, la mirada de Niall se oscureció. La intensa oscuridad de sus pupilas eclipsaba casi el azul eléctrico. Miró sin pudor el cuerpo semidesnudo de Holly y el dolor de su vientre aumentó al ver los pezones erectos. Y eso que solo estaba mirando, si estuviera tocando… Ella era tan sensible, las posibilidades eran infinitas.

Holly se había ruborizado y respiraba con dificultad, consciente de la penetrante mirada de Niall.

—Ni siquiera me dejabas respirar, así que imagínate mirar por dónde iba.

—¿Estás diciendo que no te gusta mi manera de besar?

—¿Tengo pinta de tonto? Besas como los ángeles, como los ángeles caídos, quiero decir —dijo él, con un suspiro que resultaba muy halagador—. Pero eres una desordenada de la peor clase. De todas formas, si eso te hace feliz, estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad.

—Soy muy capaz de asumir la responsabilidad de mis actos —dijo Holly, en un valiente intento de sobreponerse a la sensualidad latente que los dominaba, tensando su cuerpo. Deseaba tanto tocar a Niall, que comenzaba a dolerle.

De repente, Niall cayó a su lado y se tendió. Sus piernas se tocaron, una piernas tan distintas. La de Holly suave, delgada, sedosa, la de él dura e, incluso a través de los pantalones se notaba,

musculosa. Jamás había pensado Holly que tales contrastes pudieran ser motivo de tanto placer.

—Me alegra oír eso —dijo él, dirigiéndole una mirada inesperadamente sombría—. ¿Estás segura… de esto?

—Parece que tú no lo estés —replicó ella, molesta con la cautela que demostraba él. Ella había dejado atrás toda cautela para entrar en el terreno de lo inevitable.

Niall se inclinó hacia delante, hundiendo la cara en sus cabellos.

—Claro que estoy seguro.

Los sensibles oídos de Holly detectaron, sin embargo, cierto resquemor en aquella declaración.

Niall se desprendió de la chaqueta. La camisa la tenía ya medio desabrochada y Holly se fijó en los deliciosos rizos de su vello y en el tono oliváceo de su piel. Apretó los dientes, habría sido nefasto babear en aquellos instantes. Apoyó un dedo curioso en aquel trozo de piel visible. Niall agarró la muñeca y se valió de la otra mano para desabrochar los botones que quedaban por desabrochar.

—¿Es eso lo que deseas? —dijo, apretando la mano de Holly contra su pecho.

Ella asintió. «Desear» era una palabra que no bastaba para describir el torbellino de sensaciones en conflicto que se apoderaban de ella al tocar la piel desnuda de aquel amante esperado durante largo tiempo. Sentía con tal intensidad que le daba miedo. Miró su propia mano y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Entre otras cosas —confesó, dirigiéndole una mirada tímida.

Niall tragó saliva al escuchar sus palabras.

—Eso me interesa. Dime qué otras cosas… —dijo, con voz grave, colocando ambas manos en sus caderas y atrayéndola hacia la latente prueba de su condición masculina.

—Deja ya de hablar —suplicó ella— y bésame.

Niall soltó una carcajada triunfal y deliciosa y se propuso obedecer al instante.

Resultó maravilloso.

—¡Oh, Dios! —suspiró ella cuando él por fin se retiró. Se sentía llena y al mismo tiempo no podía evitar un sentimiento de verdadera devastación. No, más bien de hermosa devastación—. A los dieciséis creía estar enamorada de ti.

Niall suspiró, fijándose en Holly, que se pasaba la lengua por los labios. Se había incorporado para quitarse la camisa.

—Lo sé.

—Sabía que lo sabías —murmuró Holly, distraída por la belleza del bien modelado cuerpo de Niall. No le habría hecho falta saber medicina para darse cuenta de que estaba contemplando la perfección—. Fue humillante —confesó—. Por supuesto, lo he superado hace años.

No era momento de revelar lo mal que lo había pasado; aunque, en realidad, quizás nunca sería el momento.

—¿Te sientes mejor ahora que has dejado claro que no estás enamorada de mí?

Holly sabía que el tono molesto de su voz era importante, pero dejó de pensar en ello en cuanto sintió que las manos de Niall se apoyaban en sus pechos. Ante ese hecho su cuerpo se sumergió en un océano de sensaciones que le impidió pensar. Entre sus muslos, la urgencia comenzaba a ser apremiante.

—No —respondió—, solo me siento un poco atraída por ti.

Niall se tendió sobre ella, colocando su rostro al mismo nivel que el de ella.

—Tu franqueza, pequeña, heriría a un hombre menos hecho que yo —dijo Niall, medio en broma.

Holly le echó los brazos al cuello y se aplastó contra él, buscando el máximo contacto entre los dos cuerpos. Niall suspiró con placer.

—Está bien —dijo ella—, en este momento me siento muy atraída por ti.

Niall la miró un instante y luego se echó a reír.

—Nunca dices lo que espero que digas —confesó.

—¿Y eso es bueno o malo? —dijo Holly, y advirtió los estremecimientos que recorrían el cuerpo poderoso de Niall. Eso la hizo sentirse dueña de un poder desconocido e infinito. Parecía decirse: «Soy irresistible, los hombres son un juguete en mis manos», pero al siguiente beso de Niall, frenético y urgente, desechó la idea. Era ella quien estaba en sus manos.

—Vamos a acabar con esto.

Cerró los ojos. Ojalá él no esperase ninguna ayuda por su parte, porque se sentía incapaz de ofrecérsela, incapaz de levantar un

dedo, incapaz también de cualquier pensamiento racional, de cualquier pensamiento, excepto claro, del que le decía que aquel era el hombre al que siempre amaría. Claro que ese «siempre» era algo que él jamás asumiría. En fin, por el momento, lo mejor que podía hacer era disfrutar del presente.

Cuando Niall la desnudó del todo, se detuvo. Dejó de moverse, de hablar, Holly habría añadido que de respirar de no ser porque podía oír su respiración jadeante y ruidosa.

—Eres increíble.

No parecía el cumplido de costumbre, sino una verdadera constatación. Holly abrió los ojos y, al ver la expresión de Niall, no dudó ni un instante de su sinceridad. Él clavó la mirada en ella y no la apartó ni siquiera cuando bajó la mano y le separó las piernas. Le acarició el interior de ellas, provocándole un gemido de placer. Al llegar al húmedo montículo que se alzaba entre las dos y tocarlo, Holly se retorció, tensando el cuerpo entero, clamando por su satisfacción.

Niall bajó la cabeza, poniéndola entre sus pechos, acariciando cada centímetro de su piel. Holly se vio sorprendida por la intensidad de su deseo.

—Niall… necesito… necesito…

Se aferró a sus hombros sudorosos, buscando con apremio el consuelo de sus músculos.

—Está bien, está bien, mi pequeña.

A pesar de la huella del deseo en su rostro, su expresión era muy tierna.

—Yo también necesito lo mismo —dijo, y guió las manos de Holly hacia la prueba que confirmaba la sinceridad de sus palabras.

La intensidad de la erección dificultó la maniobra de Holly, que quiso bajarle la cremallera. Niall no hizo el menor ademán de ayudarla, y esto aumentó el deseo de ella.

—¡Oh, Dios! —dijo, entrecortadamente cuando por fin consiguió lo que se proponía—. Eres…

Quedarse mirando fijamente no era, con toda probabilidad, lo más adecuado, pero no podía hacer otra cosa.

Niall se quitó la ropa interior con una mirada acuciante y maliciosa.

—Me duele, me duele, Holly.

—Creo que sé qué hacer para curarte —dijo Holly, estirando la mano.

Niall se echó sobre ella sin soltar sus manos. Holly le clavó las uñas en las palmas cuando él, con un impulso poderoso pero controlado la penetró.

—¡No pares! —suplicó ella, sintiendo una maravillosa sensación de plenitud.

Niall se rió.

—No podría aunque quisiera.

Holly miraba fijamente las elaboradas telas que colgaban sobre su cabeza. Se alegraba mucho de que Niall no hubiera parado. Aún sentía una agradable sensación en el vientre y un suave estremecimiento recorría su cuerpo.

—¿No duermes?

Una mano apartó el pelo de su húmeda nuca.

Era la primera vez que él hablaba desde que dijera su nombre. El recuerdo de aquel grito triunfal todavía le daba escalofríos.

Levantó la cabeza de su pecho y lo miró con una sonrisa.

—No.

—¿Por qué?

—No tengo sueño —dijo ella, acariciando su pecho velloso antes de tenderse sobre la espalda y estirarse perezosamente. Había conseguido algo, se dijo, con una sonrisa de satisfacción, que nadie podría arrebatarle—. ¿Y tú?

Niall sonrió y se echó boca abajo, apoyando la barbilla en el dorso de la mano. Tenía una mirada pensativa. Holly sintió un pequeño temor ante aquella mirada. Quizás hubiera perdido el interés, se dijo.

Niall deslizó un dedo desde el vientre a sus pechos. Después, siguió hasta el cuello. Tenía un gesto de fascinación que muy poco tenía que ver con la pérdida de interés.

—Tampoco tengo sueño. No estoy cansado.

—Me alegra que lo digas —confesó Holly, con una radiante sonrisa.

—Estoy preparado para alegrarte mucho más —susurró Niall.

Capítulo 7

No pueden haber ido muy lejos, Jude –le aseguró Chris Appleby a su esposa.

–Está claro que se cansaron de esperar y se han ido al ver que Niall no bajaba a desayunar –dijo Jude, sin poder ocultar su preocupación. Las palabras iban dirigidas hacia su hermano, pero su animosidad la reservaba para Holly.

Su actitud resultó evidente desde el momento en que Holly pisó la estancia y se acentuaba todavía más ahora, cuando hacía ya dos horas que ni Tom ni su primo daban señales de vida. Jude culpaba a su hermano por anteponer sus intereses a su responsabilidad como padre.

A Holly no se le ocurría pensar que habría sido mucho más humillante que le hubieran pedido un relato detallado de aquello que, al parecer, había sido tan importante como para olvidar su promesa: la de llevar a su hijo y a su sobrino a pescar aquella mañana. Pero se sentía culpable, muy culpable. Sobre todo porque veía en los ojos de todos la misma mirada de reproche. De repente, la delicia de haber hecho el amor por la mañana se convertía en un acto sombrío y revestido de culpabilidad.

–Déjalo, Jude –dijo Niall secamente.

Holly no pudo decidir si se estaba defendiendo de las iras de su hermana o de si le molestaba que lo distrajera de lo que estaban haciendo. Lo malo era que él tal vez estuviera de acuerdo con ella. ¿Por qué si no evitaba mirarla a los ojos?

–Los vieron por última vez en los establos, ¿no?

–Sí, tu madre acababa de llegar con Blue Boy –dijo George Wesley, dando una palmada en el hombro a su hijo–. Chris tiene razón, ya lo sabes, esos diablillos no pueden haber ido muy lejos. Creo que la mitad del problema –prosiguió con ánimo conciliador– estriba en que los chicos están demasiado mimados hoy en día, y demasiado protegidos. Necesitan un poco de libertad, no tener el aliento de los adultos en el cogote todo el tiempo. Cuando erais

jóvenes, nosotros os dejábamos libres… ¡libres! ¿Te acuerdas de cuando Niall se rompió la crisma trepando a…?

Maeve Wesley, cuyos recuerdos del suceso casi se reducían a estar sentada en el hospital junto a la cama de su hijo, esperando, angustiada, por ver si su cerebro había salido indemne del accidente, dirigió a su marido una mirada llena de desprecio.

–Sí, querido, fue maravilloso, casi tanto como tus ideas sobre la infancia, pero me parece que no es momento –dijo, tirando de su marido.

–Lo mejor es que nos dividamos. Si no los encontramos en media hora, pediremos refuerzos. Tú ve a los establos, Chris, y yo…

Holly permaneció apartada mientras Niall dividía a la familia y al personal de la casa en grupos. Tara, que parecía muy tranquila, se sumó al grupo de Jude. solo Holly se quedó sin tarea.

–¿Qué puedo hacer yo? –dijo, tirando a Niall de manga–. ¿Puedo ir contigo?

Pero Niall estaba distraído y no le hizo caso. No obstante, ella no quiso echárselo en cara, le comprendía bien. Su hijo había desaparecido, ¿cómo no iba a estar distraído? Ella, por su parte, daría cualquier cosa por aliviar su inquietud, pero resultaba evidente que él ni siquiera había pensado que ella pudiera servirle de algo.

–No conoces la zona, Holly. Lo mejor es que te quedes aquí.

¿Por qué le iba importar que la trataran como a una extraña, como alguien que no pertenecía a la familia? Era una extraña. ¿Es que haberse acostado con él servía de algo?, ¿era acaso una fórmula mágica? No podía transformar su relación en algo más profundo, se dijo con tristeza y desengaño.

–Sí, solo serviría para hacerte perder el tiempo –dijo, sintiendo un hueco en el estómago que nada tenía que ver con el hecho de no haber desayunado.

Holly se daba cuenta de que su presencia no hacía que las cosas resultaran más fáciles para Jude, de manera que se excusó. En realidad, no sentía ningún resentimiento hacia ella, era natural que necesitara culpar a alguien de la desaparición de su hijo. Lo único que deseaba era que encontraran a los dos muchachos sanos y

salvos.

Nadie había mencionado la cantera abandonada que se encontraba al otro lado del bosque, en dirección este, pero sabía muy bien que todos la tenían en mente. Había oído hablar a Ian Webster y a Niall del hombre que había muerto ahogado en el pozo el verano anterior. Se le heló la sangre al pensar en que los dos niños pudieran estar allí solos.

Diez minutos más tarde, se dio cuenta de que estaba perdida. ¡Dios!, lo que faltaba, una invitada que no sabía cómo volver a su habitación.

Se sentó en una escalera y miró arriba y abajo pero nada le resultaba familiar. La pared que tenía al lado estaba cubierta de caricaturas políticas originales del siglo XVIII y mientras estaba allí, oyó algo que no podía atribuirse a los ruidos propios de una casa vieja. Se quedó helada y aguzó el oído.

¿Era posible que los dos muchachos estuvieran en el interior de la casa mientras todos los buscaban fuera? Bueno, ¿qué podía perder? En todo caso, quizás no fuera más que una cucaracha, pero, ¿no merecía la pena investigar? Se puso en pie y siguió la dirección de los ruidos.

Los ruidos, cada vez más nítidos, la condujeron al ático. Al ver una pisada en el suelo polvoriento, dejó escapar un largo suspiro, solo era algo más grande que su pequeño pie.

–¡Hola! ¿Hay alguien? –llamó, tras unos instantes de silencio.

Sus esfuerzos se vieron recompensados por una llamada, claro que el alivio vino unido a una nueva preocupación, pues parecía una llamada de auxilio.

Al cruzar la tercera puerta alcanzó su meta. La tercera sala, como las dos primeras, mostraba muestras inequívocas de goteras. A diferencia de ellas, sin embargo, las paredes no estaban recubiertas de escayola y las antiguas vigas de madera quedaban al descubierto en techo y paredes. Además había un enorme andamio que ascendía peligrosamente en un rincón.

Pero Holly no tuvo tiempo de fijarse en las heridas del tiempo, sus ojos se dirigieron directamente hacia las dos figuras que había en la plataforma del andamio. Tom estaba de rodillas, con la cara sofocada por el esfuerzo, agarrando desesperadamente el jersey de su primo, mayor y más grande que él. La prenda era lo único que

impedía que el muchacho cayera al suelo, pero, además, como le tiraba del cuello, corría el riesgo de ahogarlo. Los valientes esfuerzos de Tom por evitar su caída, lo estrangulaban todavía más. Holly sintió un escalofrío.

No fue consciente de haber tomado una decisión, tan solo se vio trepando por el andamio, diciendo algo para tranquilizar a los niños.

–Aguanta, Tom, voy a ayudarte –dijo, y se tendió boca abajo sobre la última plataforma del andamiaje.

–¡Tira de él, rápido! No puede respirar –dijo el muchacho, aflojando un poco al ver que Holly tomaba el relevo.

–No pienso dejar que caiga –dijo, apretando los dientes, sin mirar hacia abajo, pues tenía miedo a las alturas, y metiendo las manos bajo las axilas de Daniel. El chico respiró de nuevo y al escuchar sus gritos de ayuda Holly sintió un gran alivio.

Se percató de que en el ángulo en que estaban no podría levantar al chico que, con toda probabilidad, pesaba más que ella. Sostenía ya todo su peso, pues había tirado de él para aflorar el tirón del cuello y dejarle respirar. Consideró con rapidez sus opciones. Tom la miró.

–¿Qué vas a hacer ahora?

Al parecer, confiaba plenamente en ella. Pero esto quizás solo servía para que creciera la preocupación de Holly.

–Daniel, deja de moverte, por favor –otra patada como la última y los tiraría a los tres al suelo–. Ve a buscar ayuda, Tom. Sé que puedes hacerlo.

El niño se precipitó andamio abajo con la rapidez y precisión de un mono.

–¡Ten cuidado!

–¡Ahora vuelvo! –respondió Tom, y se oyó un portazo.

«Oh, eso espero», suplicó ella en silencio.

–Tengo vértigo –confesó Daniel, con voz temblorosa.

Holly tuvo que contenerse para no preguntarle por qué demonios, si tenía vértigo, se había subido al maldito andamio. Desde un punto de vista profesional se alegraba de oír el comentario, pues significaba que al chico no le pasaba nada, pero desde un punto de vista personal, le dieron ganas de estrangularlo.

–¿Por qué no cierras los ojos? –dijo, con un tono confiado y

alegre, tratando de insuflar al niño la confianza que parecía faltarle, como si quisiera decirle que el incidente era, ante todo, una gran aventura.

Cada vez le costaba más sostenerlo y las manos comenzaban a dolerle, cosa que, por supuesto, el niño ni siquiera sospechaba. Al contrario, el tono alegre de sus preguntas había funcionado y ahora el niño le estaba relatando la vida y milagros de todos sus animales domésticos, de los que tenía y de los que había tenido a lo largo de su vida.

Los molestos pinchazos en los hombros fueron transformándose hasta convertirse en agudas punzadas de dolor. Por la mañana todo aquello no sería más que un mal sueño, se dijo Holly, dándose cuenta de que ni siquiera cerrando los ojos podía dejar de ver los puntitos rojos que danzaban ante sus ojos. “No puedo soltarlo, no puedo soltarlo”, no dejaba de repetirse.

Estaba tan concentrada que no oyó el ruido de alguien que subía las escaleras a toda prisa. Al cabo de un minuto, sin embargo, la habitación estaba llena de gente, toda ella gritando. Una voz se oyó por encima del clamor general.

–Suéltalo, Holly. Deja que Chris lo agarre.

–¿Puedo soltarlo ya? ¿Seguro?

–Seguro.

Lo hizo y hubo un aplauso general cuando Daniel cayó en brazos de su padre. Holly, abriendo mucho los ojos, miró hacia abajo. ¡Error! ¡Gran error! La habitación empezó a dar vueltas y un pánico irracional se apoderó de ella.

–Baja, Holly, ya puedes bajar –oyó decir a Thomas.

Holly trató de decir algo, pero no pudo. Tragó saliva, para lubricar su seca garganta.

–No puedo.

–¿Por qué no?

Holly, que había cerrado los ojos, reconoció la voz de Niall.

–Me da vértigo –dijo, y repitió, con una carcajada–: Tengo vértigo.

Se produjo un silencio sepulcral.

–No subas tú, Niall, pesas demasiado –dijo Chris–. El andamio parece tan seguro como un castillo de naipes.

«Habría preferido no saberlo», se dijo Holly, apretando los

dientes. Niall respondió bruscamente y ella se percató de que la estructura metálica vibraba. Alguien había comenzado a subir. Holly se alegró de que Niall no escuchara nunca a nadie.

Sintió que la tocaban en el hombro.

–Voy a bajarte.

Era Niall.

–Sería más correcto decir que yo voy a hacer que los dos nos caigamos –le advirtió Holly–. Podría hacer cualquier estupidez.

–Estoy acostumbrado –bromeó Niall.

Holly estaba convencida de que no podía moverse, pero Niall estaba convencido de que sí, de manera que se movió. Era muy persuasivo, muy paciente, aunque sin ningún tacto; no le importó lo más mínimo que ella dijera que no podía.

El descenso fue muy lento, pero al cabo de unos minutos tocaron tierra firme. Holly alzó la vista y miró a Niall, que había descendido unos centímetros por delante de ella. Estaba sonriendo y aquella sonrisa sirvió para que Holly se sintiera en una condición más precaria de la que ya padecía.

–Gracias –dijo. Le temblaban tanto las rodillas, que se vio obligada a agarrarse a él para no caerse–. Perdona si te he insultado –añadió con alguna timidez. Convencerla de que podía bajar no había sido fácil.

–Me han llamado cosas peores pero nunca con tanta convicción.

–¡Acaba de salvar la vida de mi hijo y da las gracias!

A Holly todavía le daba vueltas la cabeza cuando Jude la abrazó. De chivo expiatorio a salvadora en menos de una hora. Era un cambio difícil de digerir.

–Por Dios Santo, Jude, deja respirar a la chica –intervino Niall, separando a su hermana de Holly, que estaba pálida.

Holly sonrió con gratitud.

–No te preocupes, me encuentro un poco mal, pero no creo que me desmaye…

–¿Me he desmayado? –preguntó, minutos después.

Una mano muy firme la obligó a echarse de nuevo.

–Sí.

Holly pensó que era una lástima haberse perdido la sensación de

ser llevada en brazos por aquel hombre apuesto, fuerte y maravilloso.

–¿Y los niños? ¿Están bien?

Estaban en un cuarto que no conocía. La mansión era enorme.

Niall asintió y ella sintió un gran alivio.

–Gracias a ti –dijo Niall, apartándole el flequillo de la cara. Sintió una sensación nada desagradable, al contrario…–. ¿Qué haces?

–Una telaraña –aclaró Niall, retirando la mano de su cabello y mostrando una telaraña a Holly–. Tienes muchas.

Al oír estas palabras, Holly fue consciente de que se encontraba muy sucia. Se incorporó, fijándose en el sofá cubierto por una manta de ganchillo en el que reposaba.

–¿Quieres echarte?

–Estoy segura de que eso se lo dices a todas.

–Es una de mis mejores frases –confesó Niall, con seriedad–. En serio, Holly, tienes que descansar –dijo, mirándola con afecto.

Niall le miró los brazos, su piel parecía más pálida que nunca y parecía muy fatigada. Claro que el hecho de no haber dormido apenas, tendría mucho que ver con ello.

Se le aceleró la respiración y su cuerpo respondió al instante al pensar en la noche anterior. La deseaba, tenía ganas de hacerle el amor allí mismo. Se le oscurecieron las pupilas y se le hizo un nudo en la garganta al recordar el grito de ella en la cumbre del frenesí sexual.

–Tonterías, estoy bien. Solo que me siento un poco culpable. Siempre he tenido miedo a las alturas –explicó ella. Resultaba evidente que estaba incómoda.

–Lo que convierte lo que has hecho en algo todavía más extraordinario –dijo Niall, con un brillo precioso en sus ojos azules–. ¿Es una costumbre ir por ahí salvando la vida a los demás? Primero, el restaurante, ahora, Dan.

Holly se sonrojó. Deseaba despertar muchas emociones en Niall, pero la gratitud no era una de ellas.

–Ha sido una casualidad. Me perdí y… –no podía decirle que vagaba por la casa, compadeciéndose de sí misma–. Recordé que habías hablado de la restauración de la casa. Debería haberlo supuesto. Los niños, a esa edad, ya se sabe.

–Como padre de un niño de esa edad, soy yo el que debería haberlo supuesto –dijo Niall–. Advertirles a los niños de que no se acerquen al ático… Es normal que haya tenido el efecto contrario. Debería haberme acordado de que los frutos prohibidos son muy apetecibles. Hemos tenido suerte de que tu sentido de la orientación no sea muy bueno y de que seas fuerte. Ahora sé lo que es correr un riesgo de muerte. No lo ibas a soltar, ¿verdad?

Sus palabras parecieron más una acusación que un comentario admirativo. Sus brillantes ojos tenían una extraña expresión.

–¿Qué puedo decir? –dijo ella, encogiéndose de hombros–. Soy muy testaruda –dijo, y Niall observó la sombra que cruzó sus ojos–. Además, si esta mañana no te hubiera retenido –le recordó con un hilo de voz–, nada de esto habría sucedido.

Niall, chascando la lengua, tomó la barbilla de Holly en su mano, obligándola a mirarlo.

–Estás lleno de polvo –dijo ella.

Acababa de darse cuenta de cómo el polvo se metía en sus arrugas haciendo el efecto de un maquillaje muy teatral. Aquel polvo habría, si las hubiera, realzado las imperfecciones del rostro, pero no, porque Niall tenía un rostro perfecto.

Un gesto de desprecio indicó que su higiene personal era lo que menos le importaba en aquel momento.

–Eso es una tontería y lo sabes.

–¿Ah, sí? –dijo ella, apartando la cara, tratando de ignorar el contacto con los fuertes dedos de su amante. Luego giró los hombros, consciente de que sus doloridos músculos comenzaban a tensarse.

Niall exhaló un suspiró de exasperación.

–Si lo dices por Jude, solo estaba nerviosa. Tendrías que haber oído lo que me dijo a mí antes de que tú bajaras. Pero te digo una cosa, no tengo que pedirle permiso a nadie para hacerle el amor a mi novia.

Lo dijo de tal manera que parecía increíble que alguien pudiera pensar lo contrario.

Holly tenía la impresión de que Niall no le había pedido permiso a nadie en su vida. Por una vez, su suprema arrogancia le pareció algo bueno.

–Yo no soy tu novia –dijo, con una sonrisa que pretendía

demostrar que era capaz de afrontar la situación con entereza.

–Ya, bueno, ya hablaremos de eso después –dijo él. Evidentemente, no pensaba dejar que los hechos interrumpieran el curso de su argumentación–. De todas formas, por lo que respecta a Jude o a cualquier otro, acabas de ser elevada a los altares. Ahora va a ser muy difícil relegarte sin que todos se echen encima de mí.

Bajo su sardónica sonrisa había algo más, advirtió Holly, y su corazón comenzó a latir apresuradamente. «Ya, bueno», se dijo, «pero no empieces a imaginar lo que no es».

–Bueno, si quieres, me puedo portar como una arpía el resto del fin de semana –sugirió, por ayudar–. Podría portarme tan mal que la tarde del domingo estén todos deseando que me dejes tirada… Aunque, pensándolo bien, no me gustaría que me dejases tirada.

Tampoco a él le gustaría, se dijo Niall, fijándose en las hebras de oro que brillaban sobre la cabeza de Holly.

–Preferiría ser yo la que te dejase tirado a ti, y de una manera que nadie pueda culparte.

Niall sonrió, aunque Holly no supo si con sarcasmo o desagrado.

–Eso podría ser, pero un hombre tiene su orgullo –anunció, adoptando una expresión cómica.

–Oh, vamos –dijo ella con ademán–, que te deje tu novia no es ni la mitad de malo a que te deje tu mujer, y tú… –se interrumpió, tapándose la boca con la mano–. Oh, Dios. No quería que sonase como si…

–Que te deje tu mujer no es una experiencia que sirva para elevar tu orgullo, desde luego –admitió Niall, observando la expresión horrorizada de Holly–, pero no soy tan frágil emocionalmente como para que tengas que andar con pies de plomo conmigo. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

Holly no podía estar de acuerdo. Cuando el amor era verdadero, el tiempo no lo curaba todo. Ella, más que nadie, podía certificarlo.

–Tara sabe afrontar una crisis.

–Mucha gente comete el error de pensar que no tiene nada en la cabeza –adujo Niall secamente.

–¿Ah, sí? Pues yo no –dijo Holly, consciente de la rapidez con que él había intervenido en defensa de su ex–. Te sigue importando, ¿verdad? –insistió, con ánimo masoquista.

–Hemos compartido muchas cosas…

Holly esbozó una lánguida sonrisa. En fin, cómo esperar que negara algo que resultaba tan obvio.

–Siempre la querré. Tara…

Holly cerró los ojos.

«Me está bien empleado, por preguntar», se dijo.

–Pero ya no estoy enamorado de ella –añadió Niall suavemente.

Holly abrió los ojos de par en par.

–¿De verdad? –preguntó. Al oír el apremio latente en sus palabras, sintió que se ruborizaba–. No tienes por qué contarme nada…

–Es una pena.

Holly frunció el ceño.

–¿Lo es?

–Tenía la esperanza de que te interesase un poquito –dijo Niall, con una turbadora sonrisa, sin dejar de mirar a Holly, esperando su respuesta.

Sus palabras tenían el poder de arrojar nueva luz sobre su relación. Aunque Holly no podía reflexionar sobre ello, se había quedado de piedra.

–¿Y por qué iba a importarme que estés enamorado de Tara o no?

–Porque podría afectar a tu decisión de seguir viéndome o no.

Holly apretó los puños y tragó saliva, tratando de aparentar normalidad.

–¿Seguir viéndote? ¿Después del fin de semana, quieres decir?

–Pareces sorprendida. Después de lo de anoche no me parece una idea tan descabellada. No irás a decirme que todas las semanas tú vives noches como esa –dijo, con una mezcla de humor y frustración.

–No –se apresuró a aclarar Holly–. Pero yo creía que tú sí.

Niall frunció el ceño. A no ser que Holly tuviera una vida sexual más allá de los límites de lo probable, el comentario sugería una ingenuidad que daba pie a reflexionar sobre muchas cosas. Tal vez había actuado como si nunca antes hubiera hecho ciertas cosas porque, realmente, no las había hecho. Niall esbozó una sonrisa de incredulidad, sin dejar de mirar a Holly a los ojos.

–Pues no.

La mente de Holly discurría a gran velocidad. ¿Significaba eso

que había sido una noche especial para él? ¿Cómo de especial? No quería llenar el silencio dejado por su escueta aclaración.

–Anoche… –resultaba muy extraño observar cómo a Niall le costaba articular palabra–. No se parece a ninguna otra –dijo, con dificultad–. Fuiste… increíble. Anoche fue increíble y esta mañana y, dime que estoy loco, pero no veo ningún motivo para no repetir… a menudo. Si yo fuera un pesimista, diría que es imposible revivir una noche así.

Holly no podía creer lo que estaba oyendo. Niall la miraba a los ojos. Una sonrisa curvaba sus labios sensuales y ella sintió un estremecimiento.

–Pero si tú estás preparada para correr el riesgo, yo también –dijo él, con un tono suave y voluptuoso.

Holly sintió escalofríos. Era muy satisfactorio ver confirmado que la noche anterior había sido algo especial. Y, desde luego, Niall era un buen juez para discernirlo. Un juez con amplia experiencia.

–¿Y qué iba a pasar? Quiero decir, comprendo que no me estás pidiendo que me case contigo –dijo, con una risa que lo invitaba a compartir la broma, cosa que él no hizo–. Lo cual, de todas formas, daría igual, pues el matrimonio no entra en mis planes, al menos no hasta que finalice mis estudios –confirmó, invitándole a que discutiera la afirmación, cosa que él no hizo.

–Creo eso que ya lo has dicho antes.

Ya, pero convenía que quedase muy claro.

–El matrimonio es solo una de las posibilidades que se abren ante una mujer. La gente asume que…

–¿La gente? O sea, los hombres.

Holly apretó los dientes, dispuesta a demostrarle que en cuanto a cinismo podía competir con cualquiera.

–La gente asume que una mujer lo que quiere es casarse y tener hijos.

–¿Es esa una cita copiada a Rowena? –preguntó Niall–. Si no hubiera visto lo felices que son tus padres con mis propios ojos, diría que las dos sois el típico producto de un matrimonio divorciado.

–¡Yo no soy un clon de Rowena!

–Eso ya lo sé –reseñó Niall, secamente–. Si te prometo no pedirte que nos casemos… –dijo, con un tono evidentemente irónico–.

Podríamos vernos, salir de vez en cuando y… quedarnos en casa la mayor parte de las veces.

La alusión claramente erótica provocó que a Holly se le retorciera el estómago de deseo. El mensaje de Niall era evidente y prefería enviarlo sin tapujos. No hablaba de explorar lo que pudieran tener en común, de crear lazos entre ellos, no hablaba de amor, ¡hablaba única y exclusivamente de sexo! «¿Y en qué lugar quedaré cuando este fuego se apague?», se preguntó Holly. «Ahogada en el océano del amor, tonta. Tienes que cortar las amarras ahora que todavía puedes. solo estás retrasando lo inevitable», le decía la voz de la lógica.

–El mes que viene empiezo pediatría. Tengo muchas horas de trabajo…

Parecía una excusa tan válida como otra cualquiera, se dijo Holly, pero pronto se dio cuenta de su error.

–Tanto mejor, necesitarás relajarte.

–Cuando estoy cansada, me gusta tumbarme en el sofá. No suelo ser muy entretenida.

–Mejor. Estoy harto de salir, ya tuve bastante ajetreo mientras estuve metido en el circo de la Fórmula Uno –dijo Niall y la miró fijamente a los ojos–. ¿Lo que te molesta de mí es que, digámoslo así, llevo demasiado equipaje? ¿Es ese otro de tus lemas? ¿No salir con padres?

–Tú eres el primero.

El primero de sus amores, y el último, pensó Holly, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Apartó la cabeza y parpadeó para borrar sus huellas.

–Pero el que no haya salido con hombres con hijos ha sido más por suerte que por buen juicio –añadió ella.

–Pues parece que tu suerte se ha acabado.

Niall acercó el rostro al de ella, y trazó el contorno de su cara con el dedo índice.

–Y no me importa –confesó Holly, como si el gesto de ternura de Niall la obligara a ello. Lo necesitaba; necesitaba tenerlo de cualquier forma, aunque no fuera como ella deseaba. Y si para tenerlo, tenía que demostrarle que no le importaba mucho, que no se implicaría, pues muy bien, lo haría.

Los azules ojos de Niall esbozaron una sonrisa triunfal al

levantar en brazos a Holly.

–Me parece que lo vamos a pasar muy bien –dijo, antes de besarla el lóbulo de la oreja.

A Holly le encantaba la diversión, pero no le habría importado añadir algo más profundo, como, por ejemplo, compromiso. ¿Qué tenía de malo desear algo más sólido?, se preguntó con inquietud. Pero la inquietud dejó paso a las sensaciones en cuanto Niall comenzó a torturarla con una serie de besos suaves y mudos.

Niall se rio al sentir que ella se aferraba a sus cabellos.

–¿Es esto lo que quieres? –dijo, besándola.

El beso fue intenso y profundo y Holly tuvo ganas de más, de mucho más.

–No está mal, pero no me conformo –dijo ella, con una sonrisa llena de malicia.

–Y bien, ¿ha sido tan malo? –preguntó Niall, echando un último vistazo a su familia por el espejo retrovisor.

–Lo he pasado muy bien, gracias –dijo Holly, que prefería mirar sus manos, entrelazadas sobre su regazo, que al hombre que la llevaba en su coche. Una cosa era desempeñar el papel de novia frente a un público, y otra muy distinta actuar de novia cuando…

–¿También cuando mi madre quería enseñarte a montar?

Al parecer, Niall no compartía su inquietud.

–Sí, ríete si quieres –dijo ella con indignación–. Pero no te parecería tan divertido si tuvieras el trasero…

–Si te propones hacer algo tan tonto como caerte de un pony, es el mejor lugar para aterrizar –dijo Niall, y desvió la mirada hacia la zona donde su «mejor lugar» se aposentaba en la mullida tapicería.

–No era un pony, era un caballo.

Un caballo enorme, por lo demás.

–Por la manera en que lo mirabas, bien podría haber sido un dragón.

Holly frunció los labios.

–No pienso volver a subirme a un caballo en toda mi vida.

–Ya veremos –la retó Niall, echando un vistazo al asiento de atrás, donde su hijo comenzaba a echar una cabezada–. Huelen el miedo… como yo –dijo dirigiendo una mirada muy intencionada a

su acompañante.

Holly se concentró en la carretera, tratando de desvelar el significado del comentario. Pero por mucho que reflexionó, no pudo llegar a ninguna conclusión. Maldijo en silencio su falta de perspicacia.

–Pero te prometo una cosa –añadió Niall–, si me montas a mí, no te tiraré al suelo.

–¡Niall! –exclamó ella, poniéndose roja como un tomate al instante. Miró de reojo al asiento trasero. Tom, que se había pasado la mañana jugando un partido de fútbol con los hombres de la casa, estaba ya dormido.

–Solo trato de que te sientas cómoda –protestó Niall con una sonrisa.

–Pues he de decirte que no lo has conseguido –gruñó ella, tratando de olvidar la imagen que el comentario de Niall había conjurado.

–Dime qué pasa, Holly –insistió él–. Y no te molestes en negarlo. Llevas por lo menos media hora sin insultarme, así que sé que algo te preocupa.

–No estoy preocupada, es solo que todo esto resulta un poco inesperado. Las circunstancias han hecho que todo ocurra muy deprisa. Lo de la pareja… quiero decir… esto… nosotros…

–¿Estás tratando de decirme que no eres de la clase de chicas que se acuesta la primera noche?

–Sé que eres un buen conductor –dijo Holly, al ver que Niall ponía una mano sobre su pierna. La sensación era muy agradable, y sintió que su pezones se ponían rígidos–. Pero prefiero que mantengas las dos manos en el volante.

Niall retiró la mano y ella suspiró con alivio. Un alivio que nada tenía que ver con la seguridad de la conducción y sí con la de su propia cordura.

–Ni siquiera hemos salido todavía –dijo.

–Eso se puede arreglar. Mañana voy a llevar a Tom a patinar sobre hielo. Solemos ir todas las semanas. Vente con nosotros.

–Todas las semanas, ¿se te da bien? –preguntó Holly con suspicacia.

–Me defiendo.

¡Demonios!, ya la había visto caer de un caballo, ¿qué

pretendía? ¿Ver cómo resbalaba su trasero sobre el hielo?

–De acuerdo. Espero que a Tom no le importe… quiero decir, no me gustaría inmiscuirme en el tiempo que tienes para pasar con él. Puede que no le guste.

–Tom piensa que eres guay.

–Vaya, me alegro. Él también me gusta.

–No has tenido muchos novios, ¿verdad, Holly? –preguntó Niall con suavidad.

–Nada del otro mundo –respondió ella. «Lo que quiere decir que esto de ahora sí es intenso. Genial, Holly, ya has vuelto a meter la pata», se dijo. Afortunadamente, Niall no insistió–. Esto es un poco confuso, sobre todo considerando lo que pensabas de mí al principio…

Niall parpadeó.

–Creía que lo habías olvidado.

–Yo nunca olvido nada.

–¿Nada? Empiezas a darme miedo –dijo él secamente.

–Puede que sea mejor así.

Niall suspiró.

–Hemos topado con el trauma de adolescencia, ¿verdad? ¿Por qué no hablamos de aquella noche en que eché a aquel chico? Tal vez convenga que hablemos de ello sin tapujos.

Un vez más, Niall daba en el claro.

–De hecho, aquel chico salió corriendo sin necesidad de que nadie lo empujara –dijo Holly.

–Bueno, supongo que sí, pero la verdad es que yo no estaba de muy buen humor aquella noche y creo que no me porté muy bien con… En fin, da igual, estaba enfadado… con todo el mundo… también conmigo mismo.

–Entonces, ¿no fue culpa mía? Bueno, hace que me sienta mejor –dijo Holly, arrugando la nariz.

–Todavía recuerdo tu expresión herida. Me sentí como un bastardo.

–Es que te portaste como un bastardo.

–Aunque fue más fácil vivir con la conciencia tranquila después de que me patearas –dijo Niall con un estremecimiento, y se fijó en el labio inferior de Holly–. Jude acababa de decirme que estaba embarazada y que su precioso y maldito Richard todavía estaba

casado –dijo. Hablaba apresuradamente, sin duda porque se sentía incómodo al revelar aquel hecho–. Creo que me faltó comprensión, bueno, en realidad, ya no tenía comprensión y menos para mujeres inclinadas a la autodestrucción.

–Yo no… –comenzó a protestar Holly, solo para ser interrumpida al instante.

–Ya, bueno, deja la semántica a un lado, por una vez. Ya sé que no eras más que una niña…

Holly se mordió el labio. En realidad, lo que quería negar era que se tuviera alguna inclinación hacia la autodestrucción.

–Jude quería que les explicara a mis padres que no pasaría nada, porque ese tipo iba a dejar a su mujer en el momento más oportuno… ¿Puedes creerlo? –el recuerdo de aquella noche tenía todavía el poder de enfurecerlo–. Como podrás imaginar, yo no tenía ninguna intención de mantener esa conversación. Si yo no hubiera estado tan absorbido por mis propios problemas, habría estado allí para protegerla… –dijo, y chascó la lengua–. Pero supongo que no me habría escuchado.

Holly lo comprendió todo, y al mismo tiempo, sintió una gran compasión por Niall. Y por Jude. Pobre Jude. Cómo comparar lo que le había pasado a ella, un revolcón adolescente, con lo ocurrido a Jude, una mujer adulta embarazada. Sin embargo, Niall, presa de la frustración por no haber podido ayudar a su hermana, había establecido un paralelo entre ellas.

–No, probablemente no te habría escuchado –dijo, metiendo la mano entre los dos asientos, pues sentía urgencia de tocarlo, de consolarlo–. Cuando estamos enamorados, nunca escuchamos.

–¿Hablas por experiencia?

Al escuchar la pregunta, Holly se dio cuenta de cómo podrían interpretarse sus irreflexivas palabras.

–¿Qué clase de pregunta es ésa? –replicó con indignación–. ¿Me intereso yo por los detalles de tu vida privada?

–Tanto si lo haces como si no, el caso es que sabes un montón de cosas. Además, yo no me estaba refiriendo exactamente al pasado…

Holly se puso pálida.

–¿Me estás preguntando si estoy enamorada de ti?

–Posiblemente… de un modo sutil, dando un rodeo.

–Pues no te preocupes –dijo ella, esforzándose por sonreír–. No

pienso someterte a un tormento de suspiros y miradas perdidas –dijo, tragándose el sabor de la bilis.

Hablar del oscuro y distante pasado, cuando seguía sus pasos de cerca, había despertado recuerdos de su vergonzante devoción. La idea de que ese pasado pudiera repetirse posiblemente aterraba a Niall, y tal vez fuera esa la única razón que podía encontrar para sus repentinas preguntas. Niall quería una relación, tal vez, pero desde luego, sin complicaciones. En el futuro, debería ser más cautelosa.

–Qué alivio –dijo él.

Holly sospechaba que no lo había convencido.

–Toma –dijo–, el anillo.

Por un momento, le dio la impresión de que iba a rechazarlo.

–Te quedaba muy bien –dijo él, como ausente, colocando el anillo en el bolsillo de la camisa.

–Me ponía nerviosa pasearme por ahí con una pequeña fortuna en el dedo.

–No creo que fuera su valor lo que te molestaba.

Holly no quería seguir por aquel camino.

–Me gustaría invitarte a entrar, pero…

–Me gustaría entrar… pero…

Niall también miró a su hijo dormido.

Así se despidieron, pero Holly era consciente de que era un tema que no podía ir más allá. Porque, ¿por cuánto tiempo podría seguir ocultando su amor? El amor, sin embargo, era para él algo de lo que huir, algo que no podía inmiscuirse en la clase de relación madura y sin ataduras que él pretendía.

Capítulo 8

Vaya! ¿Cuándo has aprendido a cocinar? –Rowena aspiró con deleite y dejó su bolsa de mano en el suelo.

Boquiabierta y con un cucharón en la mano, Holly se giró en redondo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –sopló los mechones que le caían por la cara, dándose cuenta de que sus palabras casi habían sonado como una acusación.

–Vivo aquí, ¿recuerdas?

Aquella broma solo sirvió para que Holly se sintiera más incómoda.

–No te esperaba… me has pillado por sorpresa –balbució, intentando arreglar su deplorable bienvenida con una cálida sonrisa–. ¡Me alegro muchísimo de verte! –¿por qué tenía que presentar siempre su hermana un aspecto tan impecable? Por más que lo disimulara, se notaba que su entusiasmo era forzado.

Reprimiendo el impulso infantil de echarla de la casa, Holly dejó la cuchara en la encimera y abrazó a Rowena.

–Me encanta tu corte de pelo.

Por lo menos eso era cierto. El nuevo corte disimulaba un tanto los quilos que había perdido cosa que, sin embargo, no restaba un ápice a su belleza.

–Deberías ir tú también a la peluquería. No veas lo bien que sienta un cambio de imagen.

Holly no se molestó por aquel comentario. Reconocía que tenía el cabello bastante descuidado y que con el calor que hacía en la cocina, los rizos debían estar imposibles.

–Aunque, a decir verdad… pareces diferente. Y no es por el pelo, aunque bien sabe Dios que necesita un arreglo. Puedo recomendarte una peluquería que… Bueno, está bien –concedió al tiempo que le daba un cariñoso abrazo–, lo dejaremos como está, pero prométeme que no te volverás a cortar el flequillo.

–¡Eso fue hace mil años! No tenía dinero…

–Y sigues sin poder tenerlo para pagarte una peluquería decente –Rowena se había quedado atónita al enterarse de la miseria que ganaba su hermana después de tantos años de estudio–. Y hablando de dinero: ¿te apetecería hacer una columna mensual? Algo sobre mujer y salud, por ejemplo. Tendríamos que probar unas cuantas semanas, pero estoy segura de que podría funcionar estupendamente.

–¿Escribir yo? –parpadeó Holly.

–No es para tanto, yo te ayudaría. Un poco de nepotismo no está mal, y te pagaríamos bien –Rowena mencionó una suma que hizo que a Holly le temblaran las piernas–. Medítalo –le aconsejó–. Sigo pensando que estás diferente, pero no sé qué puede ser.

Conociendo a su hermana, era solo cuestión de tiempo que adivinara qué, o mejor dicho quién era el responsable de aquella metamorfosis. No era que se hubiera convertido en una belleza deslumbrante de la noche a la mañana, pero sí era cierto que había algo nuevo y resplandeciente que parecía emanar de su interior.

–¿Ha pasado algo? ¿Cómo es que has regresado tan pronto? –esforzándose por mostrar un interés que estaba lejos de sentir, echó un furtivo vistazo a su reloj. ¡Oh, no! Él llegaría de un momento a otro.

Rowena se quitó la impecable chaqueta negra. Llevaba una camiseta ajustada también negra y unos pantalones de cuero que le quedaban como un guante. Tenía un aspecto sensacional.

–Ha sido un impulso –le contestó sin dejar de mirarla–. Tenía una semana libre así que he venido a comprobar si le dabas de comer a los peces.

–¿Peces? –Holly miró frenética a su alrededor temiendo ver en un rincón una pecera llena de criaturas muertas.

–Holly, es una broma, cariño –se echó para atrás la suave melena color rubio ceniza y se sentó en un sillón, esbozando aquella dulce sonrisa que fascinaba a todos los hombres que la conocían. Holly quería muchísimo a su hermana, pero a veces deseaba que no fuera tan impresionantemente hermosa.

–Es un hombre, ¿verdad? –Rowena se echó a reír al ver a su hermana tan incómoda–. ¡Lo sabía! Debe ir en serio, pues si no no te habrías molestado en aprender a cocinar.

Holly hizo una mueca ante aquella referencia a sus habilidades

culinarias. Durante una época de su adolescencia, había intentando aprender algo de cocina, pero sus fallidos intentos nunca habían llegado a la mesa del comedor.

–Todavía no sé mucho –admitió señalando el maldito libro de cocina–. Estoy aprendiendo y, ¿sabes? Sigo siendo un completo desastre –confesó, pasándose la mano por la sudorosa frente. Tenía que reconocer que quizá había sido un pelín ambiciosa al atreverse con aquel plato tailandés. Tendría que haberse limitado a comprarlo ya preparado en Marks & Spencer, pensó indignada.

–¡Ten cuidado! –le advirtió Rowena–. No te toques los ojos si has estado cortando esos chiles de ahí encima.

–No te haces idea de la montaña de cosas que he tenido que picar… incluidos mis dedos –añadió Holly lastimera–. Menos mal que no me dedico a la cirugía.

–Anda, ve a lavarte las manos –insistió Rowena; se acercó a la encimera y echó un vistazo al libro que estaba usando Holly–. ¡Ah, ya la he hecho! Es muy fácil –y sin más ceremonias se puso manos a la obra.

–No, Rowena, déjalo, de verdad. Seguro que estás agotada… Cenaremos fuera.

–He venido en el Concorde –dijo su hermana alegremente–. Y cocinar me relaja, de verdad –insistió–. Además, estoy deseando que me cuentes cosas de tu hombre misterioso.

Cobardemente, Holly evitó la mirada de su hermana. Jamás había tenido con ella ninguna de aquellas charlas «de chicas». Y, dadas las circunstancias, no creía que aquel fuera el mejor momento para empezar.

Considerando la «relación» que Rowena había mantenido con Niall durante todos aquellos años, no le apetecía decirle que él era el hombre de su vida. Le parecía que si lo decía en voz alta, se rompería el hechizo, se daría cuenta de una vez de lo absurda que era aquella idea. Por otra parte, conocía bien a Rowena, sabía que era muy posesiva con sus cosas… no era que llegara a extremos patológicos, pero mejor sería no arriesgarse.

–No creo que sea para tanto… –Holly se sentó en una silla, admirando la maestría con la que Rowena manejaba los ingredientes, casi sin mirar la receta. Al verla tan guapa y serena la invadió una oleada de cariño por ella.

–¿Cómo te ha ido? –preguntó sinceramente interesada.

–¿Por dónde quieres que empiece? ¿Qué tal por los amores contrariados? –replicó su hermana con un deje de amargura.

–¿Te ha ocurrido algo, Rowena? –preguntó Holly sorprendida–. ¡Ayyy! –exclamó, levantándose dolorida.

–¿Qué te pasa?

Holly se frotó el trasero.

–Estuve patinando sobre hielo esta mañana, y me pasé más tiempo en el suelo que sobre los patines –admitió–. También me caí del caballo en Monksleigh.

–Se me había olvidado que estuviste allí. ¿No te parece un lugar de ensueño? ¡Cómo me gustaría vivir como la nobleza!

–Pues a mí me parecieron bastante sencillos.

–Sí, lo son –admitió Rowena–. Supongo que también estaría Tara, tan guapa y tan tontita como siempre.

–No es tan tontita.

–Ya, pero es tan guapa, que no puedo reprimir cierta envidia.

Holly se sorprendió de que su hermana pudiera sentir envidia de la apariencia de otra mujer. O tal vez lo que la provocaba era que Tara se había casado con Niall, a deducir por lo que dijo acto seguido:

–Nunca creí que fuera la mujer adecuada para Niall –Rowena parecía satisfecha de que el tiempo le hubiera dado la razón–. Intenté advertírselo, pero no me quiso escuchar.

–¿Esperabas acaso que lo hiciera?

–¡Vaya! No seas tan dura. ¿Me equivoco o Niall ha estado desagradable contigo? –rió Rowena–. Es un demonio. Le voy a decir un par de cosas en cuanto le vea: dadas las circunstancias, lo menos que podía haber hecho era ser amable contigo.

–La verdad es que ha sido más que agradable –Holly tragó saliva incómoda–. Ha sido de lo más amable.

–Me alegro –Rowena parecía sinceramente contenta–. Aunque supongo que lo de montar a caballo lo hiciste porque él insistió. Puede ser muy persuasivo cuando quiere –sonrió de tal forma, que Holly sintió náuseas–. Lo que no entiendo es lo de ir a patinar. Tú nunca has tenido mucho sentido del equilibrio… Por cierto, ¿le quitaste por fin las ruedecitas a la bici?

–Hace siglos.

–Qué bien. Bueno, entonces, ¿fuiste a patinar con ese hombre? –estaba claro que aquella no era la idea que tenía de una cita ideal–. Supongo –concedió– que eso de caer en los brazos adecuados no debe dejar de tener su encanto.

–Su hijo vino con nosotros –Holly recordaba perfectamente todas y cada una de las veces en las que había estado a punto de caerse y él había acudido en su auxilio, sosteniéndola entre sus fuertes brazos… con un poco más de entusiasmo que el estrictamente necesario, si tenía que ser sincera.

–¿Está casado?

–Divorciado.

–¿Estás segura? –preguntó Rowena con retintín.

–Segurísima, pero, Rowena, si es…

–Absolutamente perfecto, no me digas más. Debe de ser él, ¿no?

Holly asintió mientras el timbre de la puerta sonaba con insistencia.

–Seguramente.

–¿Y no vamos a abrirle?

Enfurruñada, Holly fue hacia la puerta, maldiciéndose una y mil veces por no haberle dicho la verdad cuando había tenido ocasión de hacerlo. ¿Por qué diablos se sentía tan culpable? No había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarse.

Niall apareció en el umbral con una botella en la mano y una expresión en la mirada que provocó en ella una oleada de deseo. En solo un segundo, se olvidó por completo de la presencia de Rowena.

–Niall –susurró.

–¿Niall? –Rowena dejó inmediatamente lo que estaba haciendo y se abalanzó hacia la puerta–. ¡Niall! ¡Eres tú! –exclamó alegremente sin hacer caso de Holly, quien automáticamente dio un paso hacia atrás–. ¿Cómo sabías que había vuelto? ¿Oíste el mensaje que te dejé en el contestador? –preguntó abrazándole y dándolo un cálido beso en los labios.

Rowena había roto por completo el encantamiento. Holly sintió unos celos abrasadores al ver que Niall le asía cariñosamente de la cintura. Hacían una pareja maravillosa. Cuando Niall le devolvió el beso Holly sintió que la invadían de nuevo todos sus antiguos temores e inseguridades: ¿Rowena y él habrían sido algo más que amigos? Su hermana nunca le había dicho nada, pues jamás

hablaba de sus relaciones.

Justo cuando Holly empezaba a preguntarse si estarían empeñados en batir algún récord mundial, se separaron por fin, aunque Rowena mantuvo la mano sobre la solapa de la cazadora de cuero de Niall.

–No sabía que habías vuelto.

–¿Y entonces? –insistió Rowena señalando la botella de vino. Hizo un gesto de aprobación al ver la etiqueta–. No es que me queje, así podrás distraerme mientras mi hermanita se entretiene con su nuevo novio. Últimamente la has visto a ella mucho más que a mí –añadió mimosa.

Aquello fue más de lo que Holly podía soportar. Lanzó a Niall una mirada de advertencia y empezó a carraspear.

–Ya te dije que lavaras bien los chiles, Holly –dijo Rowena antes de volver a concentrarse en Niall–. Oye, no me has contado si tu familia se creyó lo de tu compromiso. Tenía mis dudas de que te saliera bien, ¿sabes? Luego me lo contarás, ahora estoy deseando conocer a ese divorciado… ¿No te lo ha contado Holly? Está siendo de lo más misteriosa. ¿Tú sabes quién es…?

Holly se había puesto roja como una amapola… Tal vez se hubiera pasado un poco con sus bromas.

–A decir verdad, sí, sí lo sé…

Sorprendida, Rowena se volvió hacia él. Parecía la viva imagen de la incredulidad. ¿Holly? A juzgar por la expresión con la que Niall miraba a su hermana, no había la menor duda.

Cuando Holly se había puesto la minifalda negra y una camiseta ajustada a juego lo había hecho imaginando que Niall le metía la mano por debajo. Aunque aquella imagen le había resultado irresistiblemente erótica, no era nada comparado con la turbadora sensación provocada simplemente por el sonido de su voz.

No había la menor duda acerca de lo que le ocurría: estaba inmovilizada por la pura lujuria. Si Niall hubiera tenido la oportunidad de llevar a cabo en esos momentos lo que ella había imaginado antes, no le habría costado ni medio segundo darse cuenta de que, literalmente, se derretía por él.

–¿Tú y Holly…? ¿Vosotros…? –Rowena no había estado más confundida en toda su vida–. ¡No es posible! –rio al fin.

Fue aquella risa la que sacó a Holly de sus casillas. «¡Sí!», le

hubiera gustado gritar. «Hemos estado saliendo y seguiremos haciéndolo», aunque por el modo en que iban las cosas no parecía muy probable. Rowena se había quedado muy seria, pero lo único de lo que se acordaba Holly era de aquella risa.

–¿Y por qué no? –preguntó desafiante. Niall le asió de la mano para tranquilizarla, movimiento que Rowena siguió como hipnotizada. Tuvo que hacer un esfuerzo visible para recuperar la compostura.

–No pretendía ofenderte.

–No me has ofendido –replicó Holly con idéntica falsedad.

–Lo que pasa es que me habéis pillado por sorpresa, eso es todo. Me parece maravilloso.

Solo les estaba siguiendo el juego, decidió Holly tozuda.

–Decidme, ¿cómo ocurrió…? –Holly sabía que su hermana no era una metomentodo, pero por la forma en que miraba a Niall nadie lo diría.

A pesar de su cambio de actitud, Holly estaba segura de que a su hermana le importaba lo ocurrido. Lo que no podía discernir era cuánto y si pensaba hacer algo al respecto. La observó con ojo crítico: no había duda, su hermana era perfecta, tenía un tipo que quitaba el hipo, no había comparación posible entre las dos. Si decidía recuperar lo que consideraba suyo, ella no tendría la menor oportunidad.

En el fondo, se sentía muy culpable porque sabía que se estaba comportando como una auténtica bruja. Siempre había estado a la sombra de Rowena, pero nunca hasta ese momento se había sentido tan amargamente resentida con ella, ni siquiera en su penosa adolescencia.

Rowena no tenía culpa ninguna de ser tan guapa, y no era culpa de ella que su amor por Niall le hiciera sentirse tan vulnerable. Si él la amara, las cosas serían muy diferentes, pensó con amargura.

–Ya me conocéis… siempre he sido un poco posesiva –confesó Rowena con una sonrisa un tanto forzada.

«Tal vez me esté volviendo paranoica», pensó Holly mientras escuchaba cómo Niall respondía amablemente a su hermana. La amistad platónica existía, aunque, por lo que ella sabía, a los hombres les resultaba mucho más fácil mantenerla con mujeres como ella que con mujeres como su hermana.

–Vuelvo a casa esperando que las cosas sigan como las dejé, y ¡bum! Mi piso, mi hermana, mi mejor amigo… Estoy un poco confusa, la verdad.

–Holly sigue siendo tu hermana –dijo Niall, así que la aludida se sintió obligada a esbozar una tensa sonrisa–, este sigue siendo tu piso y, efectivamente, yo soy tu mejor amigo.

Puede que fuera una romántica idealista, pero ahí plantada, sonriendo como una idiota, Holly se sintió tremendamente desilusionada: siempre hubiera deseado que su amor fuera también su mejor amigo.

Con los ojos húmedos, Rowena estaba aún más hermosa.

–Gracias, cariño –dijo roncamente, acariciándole la mejilla con la punta de los dedos. Holly tragó saliva, conteniendo el impulso de soltarle a su hermana una bofetada.

–Voy a hacer la cena y mientras nos pondremos al día.

–Creía que la ibas a hacer tú –dijo Niall a Holly.

–Soy una cocinera pésima –reconoció humillada–. Rowena llegó justo cuando estaba a punto de tirar la toalla.

Niall parecía no darse cuenta de su estado de ánimo. Tal vez lo que quería realmente era pasar una tranquila velada charlando con Rowena; desde luego, no hacía nada para evitarlo.

–¿No es una suerte que llegara justo en ese momento? –Rowena continuó con la cena con su eficiencia habitual.

Era terriblemente injusto que además de su increíble belleza y su excepcional inteligencia, Rowena fuera además una cocinera de primera. Lo único que Holly podía hacer era apretar los dientes y sonreír, aunque aquella velada se hubiera convertido en la peor de sus pesadillas.

Tal vez Rowena no lo hiciera intencionadamente, pero lo cierto era que la conversación enseguida derivó a temas y personas que ella no conocía. Al cabo de un rato, Holly ya no abrió la boca, cosa que a su hermana y a Niall, tras un par de intentos no muy entusiastas por incluirla en la conversación, no pareció importarles lo más mínimo.

–Parecías un poco apagada, Holly –le dijo Niall mientras esperaban el ascensor.

¡Vaya! Así que se había dado cuenta, pensó Holly resentida.

–¿Sí? Mira, el ascensor.

–Más bien de mal humor…

–¿Cómo dices?

–Que te hacías la sorda cada vez que Rowena te dirigía la palabra.

Niall no recordaba haber pasado una velada tan frustrante en toda su vida, y Holly parecía haber hecho lo imposible por estropearla más si cabía. ¿Es que no se había dado cuenta de lo mal que lo había pasado, intentando comportarse con cortesía cuando lo único que tenía en la cabeza era quitarle aquella deliciosa minifalda negra y hacerle el amor? Todavía lo deseaba y ella, en cambio, se comportaba como una niña malcriada.

La copa de brandy que se había tomado después de la cena le dio arrestos a Holly para recriminarle:

–Pues nadie podría decir en cambio que tú no le has hecho caso…

–¿Cómo dices?

–Estabas pendiente de cada una de sus palabras –lo acusó–. ¿Te has acostado con ella, Niall? –preguntó angustiada.

–¿Es eso lo que te preocupa? –replicó Niall incrédulo. Le asió de la barbilla y la obligó a mirarlo–. Escúchame, Holly, me dan ganas de matarte –bromeó, aunque se sentía presa de una emoción desconocida.

–Justo lo que le hacía falta a esta relación –murmuró Holly con ironía.

–¿Te va a entrar complejo de Cenicienta cada vez que veas a Rowena? Creo que ya va siendo hora de que te enfrentes a tus inseguridades, no resultan nada atractivas.

Holly se mordió el labio; estaba a punto de echarse a llorar… «Supongo que esta es su manera de decirme que no me encuentra atractiva», se temió.

–Creo recordar que Cenicienta tenía dos hermanastras muy feas. Yo tengo una hermana y muy guapa, por cierto.

–Efectivamente, es una belleza, pero no creo que ese sea motivo suficiente para ponerte celosa.

–Pues Tara tenía celos de ella –barbotó Holly–. Además, no estaba celosa –mintió con fría dignidad–. Lo que pasa es que cómo

iba a intervenir en una conversación que ha tratado exclusivamente de cosas que os pasaron cuando yo todavía estaba en la escuela.

Niall suspiró exasperado.

–Y te comportas como si todavía fueras una colegiala: Rowena y yo solo somos amigos, y como amigo suyo que soy, me he dado cuenta de que había algo que la atormentaba… y no creo que fuera el que yo me acostara con su hermanita pequeña –murmuró pensativo–. Rowena no quería quedarse sola. ¿Es que no te has dado cuenta? –preguntó incrédulo–. ¿Tan ocupada estabas autocompadeciéndote por no ser el centro de atención?

Incómoda, Holly recordó que había tenido la misma impresión al principio de aquella desafortunada velada.

–En ese caso, tal vez deberías quedarte –desesperada se oyó decir aquella frase egoísta, una más a añadir a su lista de meteduras de pata–. Como amigo que eres, digo –para ser alguien a quien desesperaba la simple idea de perderlo, se le estaba dando muy bien sacarlo de sus casillas.

–¿Tú crees acaso que estoy disfrutando con esta conversación? –le preguntó Niall muy serio.

Holly parpadeó, sorprendida por la intensidad que se traslucía en sus palabras. Por fin, se dio cuenta de que de él emanaba una tensión puramente sexual.

–No he hecho otra cosa que pensar en nuestra cita de esta noche desde que nos despedimos esta mañana –confesó Niall mirándola hambriento–. Por si quieres saberlo, he estado contando los minutos, como si fuera un estúpido adolescente: para decírtelo claramente, me vuelves loco. Por lo menos, esta mañana, cuando te caías en el hielo tenía la oportunidad de ver ese bonito trasero tuyo –colocó las manos precisamente en esa parte de su anatomía y la atrajo contra sí.

Aquellas palabras y aquel gesto hicieron que Holly suspirara al fin de puro placer. Todos sus temores le parecieron de repente estúpidos e irracionales; se disolvieron como por ensalmo, haciendo que se sintiera como una tonta.

–Yo también –confesó con voz ronca–. Yo también contaba los minutos. Pero veros juntos a Rowena y a ti, tan guapos, tan perfectos, seríais la pareja perfecta, los dos debéis de tener unos genes increíbles.

–Cariño, te puedo asegurar que tus genes no me interesan lo más mínimo –su pícara mirada traslucía bien a las claras qué era lo que en realidad le interesaba–. Holly –murmuró su nombre en el instante en que su lengua se abrió paso entre sus labios.

–¿Por qué no me has besado antes? –le reprochó, apretándose aún más contra su cuerpo–. ¡Te deseaba tanto!

Niall sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes cuando ella se puso de puntillas; a pesar del aire acondicionado del descansillo, se sentía como si estuviera en una atmósfera casi tropical. Deslizó una mano por debajo de la falda: solo un pedazo de tela de encaje le separaba de su aquella piel cálida y suave. Le volvía loco la idea de acariciarle en aquel delicioso rincón húmedo entre las piernas. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para recordar dónde estaban.

–Empezar es fácil –se lamentó mientras la besaba–; parar es mucho más problemático.

–Pues no te pares –le pidió Holly.

–No sé qué demonios has hecho conmigo –se le ocurrió que la copa que había rechazado unos momentos antes no le habría resultado ni la mitad de embriagadora que el sabor de brandy de aquellos dulces labios–. Eres una auténtica bruja…

Aquella hechicera lo tenía completamente embrujado, sometido. Concentrarse en la conversación con Rowena le había resultado tremendamente difícil, lo que le fastidiaba especialmente porque estaba claro que su amiga tenía problemas.

Holly, por su parte estaba como hipnotizada, ajena a todo lo que no fuera aquel momento de intenso placer, de pura orgía de los sentidos.

–Niall… –atinó a decir, como una súplica, un conjuro.

Él relajó el brazo con el que la tenía sujeta y dio un paso atrás.

–Lo siento –murmuró mesándose el pelo–. Creo que me he dejado llevar.

Holly se llevó la mano a la boca.

–Creo que yo también.

–Te veré mañana.

–Pronto… por favor.

–Tom pasará el día con su madre; por la noche Tara se va a París.

–¿Con su amor?

Niall asintió.

–También es el día libre de Fiona, así que no tengo que preocuparme ni de la niñera ni del niño –bromeó.

–Genial –Holly sonrió, feliz porque se hubiera aflojado la tensión inicial. Sin embargo, aún albergaba algunos temores–. Niall, ¿qué haremos si a Rowena no le parece bien que te acuestes conmigo?

Niall la fulminó con la mirada. Sin embargo, era una pregunta muy lógica: ¿qué pasaría si tenía que decidir entre hacerle el amor de vez en cuando o mantener su preciosa amistad con su amiga del alma?

–Rowena, Rowena… ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Solo me preocuparía si tú no quisieras acostarte conmigo, pero eso no va a pasar, ¿verdad?

–Claro que no –respondió Holly de inmediato.

–Me dolería mucho –insistió.

–Y a mí –sin duda, le complacería saber que estaban completamente de acuerdo en ese punto.

–Sí, menuda agonía… Bueno, ni hace falta que pongas esa cara –bromeó–. Nos veremos mañana.

–¿Y por qué no esta noche? –propuso Holly audazmente. Quizá se había pasado un poco: tal vez no le gustara que se le ofreciera en bandeja.

–Me resulta una propuesta muy tentadora, pero creo que deberías volver al apartamento y averiguar qué le preocupa a Rowena.

Holly se tragó su decepción como pudo.

–Creo que confía mucho más en ti.

–Rowena no tiene muchos más amigos, Holly –ella lo miró asombrada: que ella supiera, su hermana disfrutaba de una vida social envidiable–. Me refiero a amigos de verdad.

Pero Holly sabía que a Rowena solo le importaba de verdad una persona.

–Te tiene a ti.

–Mira, Holly –le explicó muy despacio, como si estuviera hablando con una niña pequeña–, esto es una cuestión de dos. Tú esperas de mí que me ajuste a tus planes, a tu carrera; me has dejado bien claro que eso es lo más importante para ti… y yo lo he aceptado.

Holly lamentó de inmediato que sus esfuerzos por parecer una chica independiente hubieran dado tan buen resultado. Le había sorprendido que se hubiera tomado lo que no había sido más que un mecanismo de defensa como una serie de reglas bien marcadas. No había nada que ella deseara más que conjugar su carrera con una feliz matrimonio, pero no podía explicárselo en ese momento por temor de que la tomara por una mujer voluble.

Sin embargo, por el tono de su voz, estaba claro que se sentía muy molesto. Por primera vez, Holly dudó haber dicho lo que él quería oír; sacudió la cabeza, rechazando aquella idea por increíble.

–Por otra parte –añadió Niall–, hay unas cuantas cosas que tú debes aceptar: tengo treinta y un años, un montón de amigos, una ex mujer, un hijo y un trabajo, y no quiero que nada de eso cambie solo por haber añadido una pelirroja a mi lista de prioridades. Si pretendes que deje de lado a mis amigos, llegará un momento en que también me pedirás que me olvide de mi hijo…

–¡Nunca haría semejante cosa! –le interrumpió Holly horrorizada.

–Piénsalo bien –replicó Niall con una expresión más elocuente que cualquier discurso.

Holly lo vio meterse en el ascensor. Iba a pensar en lo que se habían dicho durante toda la noche.

Capítulo 9

No estaba seguro de que fueras a venir.
Niall, vestido con vaqueros y un polo, se puso a un lado para dejarla pasar. Su aspecto era de tranquilidad, sin dar muestras del hecho de que llevaba una hora dando vueltas arriba y abajo.

–No estaba segura de si todavía querías –respondió ella de manera muy extraña.

–Me resulta difícil creerlo –dijo él, con un gesto de escepticismo.

Holly miró a su alrededor. El recibidor de la casa estaba lleno de los detalles de época que aparecían en cualquier revista de decoración. Una casa como aquella, con vistas al parque, estaba al alcance de muy pocos.

–No sabía dónde vivías –dijo, quitándose el pañuelo de seda–, lo que me recuerda lo raro que es nuestra… nuestro…

–¿Nuestro noviazgo? –concluyó él, abriendo paso a la soleada habitación que se encontraba en la parte de atrás.

Holly se le quedó mirando, en realidad, ¿podría llamarse noviazgo a la relación que había entre ellos? Tal vez, pero solo en el sentido en que puede llamarse noviazgo a la relación entre un hombre y una mujer cuando no están casados.

–Supongo que es una manera de decirlo –dijo, interrumpiendo el incómodo silencio–. ¿Te gusta? –preguntó, mostrando el pañuelo de seda–. Es un regalo de Rowena. Es un… bueno, he olvidado el nombre, pero es de un diseñador famoso.

Rowena había insistido en que no era un trozo de tela vulgar y que no podía tratarse de cualquier manera. Y es que Rowena sentía una gran irritación por la manera descuidada en que Holly se ocupaba de sus objetos.

Niall acarició el pañuelo, y dijo, ausente, sin mirarla:

–Es muy bonito.

Luego lo agarró, y Holly dejó que la prenda se deslizara entre sus dedos.

No, Niall no se fijaba en el pañuelo, se fijaba en ella. La miraba

de tal manera que le dio un vuelco el corazón y se puso muy tensa. Sin apartar la mirada, él dejó el pañuelo sobre el respaldo de un sofá descuidadamente.

–No estoy en la guía. ¿Cómo has conseguido la dirección?

–He echado un vistazo a la agenda personal de Rowena. Porque –aclaró Holly a la defensiva– no podía preguntarle directamente, ¿o sí? Oh, es precioso –añadió con un suspiro de aprecio, acercándose a dos puertas correderas que se abrían a un jardín muy frondoso que se perdía en la distancia.

–Compré esta casa por el jardín. Sobre todo por Tom. Además, hay un colegio muy cerca.

Y Niall, como padre responsable que era, tenía muy en cuenta esas cuestiones. Ella admiraba esas amables cualidades que demostraba hacia su hijo. El hombre real estaba a miles de kilómetros de distancia del célebre playboy que solían retratar los medios. Sabía bien que, si alguna vez volvía a comprometerse con una mujer, lo haría entregándose por entero, dando todo su corazón. Sin embargo, también sabía que nunca lo haría hasta superar el fracaso de su matrimonio con Tara.

–Creo que a todos, niños o no, nos gustan los jardines –dijo, agachando la mirada–. Debe de ser que todos nos sentimos atraídos por la naturaleza. A mí también me gustaría una casa con jardín, ojalá pudiera permitírmelo. Habría venido antes, pero me dejaron un mensaje para ir a ver un piso y por eso me retrasé.

Niall frunció el ceño y la miró a los ojos.

–Creía que Rowena tardaría en volver. ¿No os habréis…?

–¿Peleado por ti?, ¿y ella me ha echado a la calle? –sugirió ella, con una alegría infantil al darse cuenta de que, por una vez, había sido capaz de anticipar sus pensamientos–. Siento decepcionarte, Niall, pero apenas hemos hablado de ti.

Había decidido no confesarle que, en efecto, apenas habían hablado de él, pero solo porque ella había dado el tema por cerrado con las palabras: «es mi error, Rowena, así que déjame cometerlo».

–Pero en fin, si quieres saberlo, Rowena me dijo que tú te aburres enseguida.

–¿Que me aburro enseguida? –replicó Niall con una sonrisa–. No te conoce bien, ¿verdad?

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Tratas de halagarme?

–Por supuesto, pero solo diciéndote la verdad. Contigo es imposible aburrirse.

Holly sonrió. La mañana comenzaba a animarse.

–Tenías razón sobre Rowena.

–Cuando me conozcas mejor, te darás cuenta de que siempre tengo razón.

Holly sonrió.

–Se emborrachó cuando te fuiste.

–¿Rowena?

–No para caerse redonda, pero bebió, como cuando te da por preguntarte, ¿qué va a ser de mí ahora? –confesó Holly con ingenuidad–. Yo no sabía que Rowena pudiera tener esas dudas, siempre me había dado la impresión de que sabía lo que quería. Creo que es algo que tiene que ver con Quinn Tyler –dijo pensativamente–. No me lo confesó, pero su nombre no paraba de surgir en la conversación –dijo, y miró a Niall–. No pareces muy sorprendido.

–Hace ya algún tiempo lo vi salir de su casa por la noche. Ella trató de ocultarlo, pero era evidente que había estado llorando. Él tiene una reputación…

–Y tú también –le recordó ella, consciente de que no había dicho qué hacía él en casa de Rowena a la misma hora que Quinn–. Y anoche, también tú me hiciste llorar. ¿Te convierte eso en mala persona?

Niall se puso rígido y sus ojos se oscurecieron dramáticamente. Solo había visto llorar a Holly una vez, y eso fue escuchando un aria particularmente lacrimosa de Puccini. La pragmática, terca y confiada Holly, ¿llorando? En su interior algo se rebelaba contra la idea.

–Probablemente –dijo distraídamente–. ¿Has llorado?

De repente, Niall se dio cuenta de que sería capaz de hacer todo lo posible por protegerla, por evitar su llanto. Pero, ¡había sido él quien la había hecho llorar!

–Sí, la verdad es que sí, pero… –dijo ella, y esbozó una sonrisa llena de ternura– …no mucho.

Niall se aclaró la garganta antes de responder.

–No debería haber dicho… No quería hacerte llorar –dijo. Tenía la mirada perdida, confusa.

–Ya lo sé, pero tenías razón. He estado pensando en lo que dijiste. Los dos tenemos nuestras vidas y que nos acostemos no significa que tenga derecho de exclusividad sobre ti… ya lo sé…

Niall se acercó, aferrándola por los hombros y la miró a los ojos.

–En mí cama, lo tienes –dijo con firmeza.

Holly notó cómo le clavaba los dedos. Niall actuaba como si lo hubiera ofendido.

–Puede que no te haya regalado un anillo, pero no quiero ser uno entre muchos. Hay mucha diferencia entre una relación libre y la promiscuidad.

–Yo nunca he abogado por ella, solo me refería a los amigos – recordó Holly–. En fin, de todas formas, me alegro que sacaras el tema… Yo no quiero ser tu chica de los viernes, esa con la que tienes tanta química sexual… una entre…

–¿Entre los demás miembros de mi numeroso harén? –dijo Niall, y relajó la presión sobre los hombros de Holly–. ¿La chica de los viernes dices? Nunca podría considerarte así, además eres una novia muy exigente y no podría… –dijo, con una sonrisa.

–Yo me refería a la tendencia –dijo Holly. En realidad, la declaración de Niall de que ella era la única la llenaba de alegría y esperanza.

Niall se echó a reír.

–Ah, ya veo, estás preocupada de que pueda aburrirme –dijo–. Mira, no me cansaría de ti ni aunque viviera cien años –declaró, tomando su rostro entre las manos–. Y, si quieres, puedes recordármelo siempre que quieras.

Holly le devolvió la sonrisa. De repente, dejó de importarle ocultar sus sentimientos y quiso indagar en los de Niall. ¿Por qué no? Era un momento tan bueno como otro cualquiera. Todo podría venirse abajo, pero, ¿por qué no intentarlo? Si no se arriesgaba, tal vez nunca sabría…

–¿Estás acostumbrado a que te citen? –preguntó–. Es decir, empiezan a preocuparme tus aspiraciones hacia la divinidad.

–Cállate –le advirtió él, bromeando. Y la besó.

Solo un beso, se dijo Holly. ¿No hay nada más entre nosotros?

–Qué bien besas –dijo, mirándolo a los ojos–. Puedes recordármelo siempre que quieras.

Niall contuvo el aliento, debatiéndose por mantener el control

de sí mismo. Se había sentido seducido muchas veces por mujeres expertas en el arte de besar, pero nunca como ahora. Nunca como por aquella sonrisa que esbozaba Holly, una sonrisa que se alojaba directamente en sus entrañas, una sonrisa que podía hacer que un hombre se sintiera capaz de enfrentarse a mil dragones y vencer, de sostener cien guerras durante cien años.

–Creí que no ibas a decirlo nunca. Comenzaba a estar preocupado –dijo Niall.

–¿No es para eso para lo que me has invitado a entrar? –dijo ella, confusa como siempre que él la besaba.

–No sé. Puede ser algo frustrante no tener una conversación primero.

Holly se quedó perpleja.

–¿Me estás acusando de tratarte como un objeto sexual? –dijo, atragantándose–. Y perdona si toso, debe ser la hipocresía que infecta el aire. ¿Cuándo me has tratado tú como otra cosa que no fuera un cuerpo?

Eso no era exactamente así, pero merecía la pena forzar la realidad para ver cómo se ruborizaba.

–Quiero decir, ¿para qué otra cosa podrías quererme? –le preguntó, y se le quedó mirando, expectante, esperando una respuesta. Sintió una gran decepción al ver que guardaba silencio y tuvo que comerse su rabia–. Has sido tú el que me ha invitado a venir, y no precisamente a jugar al dominó.

Niall carraspeó como si contuviera la risa, pero cuando Holly lo miró estaba muy serio.

–¿Se supone que tengo que esperar a que hagas el primer movimiento? Bueno, por si acaso no lo has notado, ya lo he hecho.

Holly echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. «Ya lo he dicho». Abrió un ojo. «Aunque por la expresión de sus ojos, debo haberlo gritado».

Niall se acercó y la agarró por las muñecas, acariciándolas con los pulgares.

–¿Sabes jugar al dominó?

Ella abrió los ojos y le dirigió una mirada lánguida.

–Soy una leyenda en el pub de la localidad.

Era imposible no responder a la seductora mirada de sus ojos.

–Podrías enseñarme algunos trucos.

–Podría…

–Lo malo es que pasamos la mayor parte del tiempo que estamos juntos en la cama… que no es un lugar, y en esto estarás de acuerdo conmigo, muy apropiado para enseñar a jugar al dominó. Si pasáramos más tiempo juntos, sí podrías. Si te vinieras a vivir aquí, es posible que hasta yo pudiera enseñarte a cocinar.

–¿Sabes cocinar? –dijo Holly, inclinándose por la menos comprometedora de las dos afirmaciones. Le daba vueltas la cabeza y comenzaba a sufrir una sobredosis de irrealidad.

–Si me comparo contigo, sí –dijo Niall.

Holly se le quedó mirando perpleja. Niall sacó una silla de debajo de la mesa y le dio unos golpecitos, indicándole que se sentara.

–Tienes aspecto de necesitar un descanso.

Holly tragó saliva y negó con la cabeza. El corazón le latía con fuerza. Ya resultaba bastante difícil mantener la cabeza fría donde estaba como para encima sentarse en aquella silla que tenía colocada entre las piernas.

–¿He entendido bien? ¿Acabas de pedirme que me venga vivir contigo? –dijo con una risita. En realidad, no sabía si tomarse la petición a broma o no.

Niall se cruzó de brazos y fijó en ella un mirada enigmática.

–Sí –confirmó, secamente.

–¡Oh! –profirió ella, dejando escapar un suspiro–. Es muy… muy…

–¿Inesperado?

–¿Por qué no dejas de hacer eso?

–¿Hacer qué?

–Terminar las frases por mí, poner en mi boca palabras que no he dicho.

–De acuerdo –concedió él–. En realidad, hay otras cosas que preferiría poner en tu boca.

Holly se quedó de piedra y profirió un sonido inarticulado.

–¿Qué ibas a decir? –insistió Niall, que se daba perfecta cuenta de que ella no podía decir nada.

–Iba a decir –dijo Holly a pesar de todo, con los mayores esfuerzos–, iba a decir que es muy… precipitado.

–Vaya, eso es distinto –dijo Niall, burlonamente–. ¿Qué te

parece la idea?

–¿Quieres la verdad?

–Depende de cuál sea la verdad.

Holly frunció el ceño.

–¿De verdad quieres que me venga a vivir aquí? –repitió. Todavía no podía creerlo. Pero la frialdad de la petición no parecía indicar que la petición estuviera inspirada por un impulso demasiado romántico–. ¿Qué diría la gente?

–¿Te importa?

–Me importa lo que piensen algunas personas… Mi madre, mi padre…

–Tu tía abuela y tus dos primas, sí, ya lo sé, y tu mascota también podría sufrir con el cambio, ya lo sé –interrumpió Niall, con impaciencia–. Te he preguntado lo que tú piensas. Creo que es lo más importante, ¿no?

–Bueno, no sé qué pensar –vaciló ella–. Hasta que no me digas por qué me lo pides.

–Te lo pido porque sea cual sea la escala en que midamos las cosas eres sexualmente…

–Ese no es motivo para irse a vivir con alguien –cortó ella con voz grave por la emoción.

–Es motivo suficiente, es un gran motivo –contradijo él–. Pero espera un momento, no me has dejado terminar. Me he dado cuenta de que, cuando estoy contigo en la misma habitación, o incluso cuando no lo estoy, no puedo dejar de pensar en ello. Y hay un montón de cosas que podríamos hacer juntos.

«Él piensa en mí como yo pienso en… » A Holly le quemaba el aliento. Tenía las pupilas oscurecidas. Se sentía presa de un deseo ardiente y arrasador. «¡Y ni siquiera me ha tocado!»

–Creo que no lo has pensado bien, Niall.

Uno de los dos tenía que pensar con la cabeza.

–No he pensado en otra cosa, Holly –dijo él, y sus ojos azules brillaron con resentimiento, con un resentimiento mezclado con algo primario y desnudo.

Holly sentía un calor sofocante, tuvo que agachar la mirada.

–Y si quieres que seamos prácticos, Holly, ¿qué podría ser más práctico que venirte a vivir aquí? ¿Te gustaría compartir una casa con extraños, o dormir en una cama con olor a repollo? Y no estoy

pensando en que cuides de Tom, si es eso lo que te preocupa.

–No tiene nada que ver con Tom.

–Tú tienes que trabajar y mi doncella vive en el piso que hay sobre el garaje. La casa funciona como un reloj.

–¡Calla! –suplicó Holly, con un gesto de impaciencia–. No tienes por qué vender la casa, Niall, solo quiero saber por qué quieres que me venga a vivir contigo.

–Tu horario de trabajo es muy raro, y el mío también.

–Eso es verdad –asintió Holly.

–Quiero pasar más tiempo contigo.

–¿De verdad?

–Pareces sorprendida.

–Y lo estoy.

–¿Es un crimen querer más? –preguntó él con enfado–. Sé que para ti la independencia es muy importante, pero lo que tenemos no es bastante para mí –dijo, mirándola fijamente, como obligándola a una respuesta.

Holly se ahogaba en un torrente de pánico y deseo.

–Supongo que… correríamos el riesgo de que el aburrimiento se apoderase de todo –dijo con voz distante.

–Ya te he dicho que nunca…

–En realidad, estaba pensando en lo contrario, en que yo me cansase de ti.

–Entonces, está hecho…

A Niall solo le faltó proferir un grito triunfal.

–¿Es ahora cuando nos estrechamos las manos? –preguntó ella con voz temblorosa. Niall no había dicho que la quería, ni siquiera una vez, pero Niall era un hombre justo y jamás le mentiría–. Perdona, pero yo paso.

El dominio y la conquista eran necesidades muy arraigadas en la mayoría de los hombres, por muy civilizados que pudieran ser superficialmente. Pero algunos de ellos, reflexionó Holly, observando la figura dominadora de Niall, no se molestaban lo más mínimo en ocultarlo. Por supuesto, ella se sentía halagada ante su petición, pues sabía que, si le pedía que se fuera a vivir con él, significaba que sus sentimientos eran mucho más profundos de lo que se atrevía a confesar. Quizás no llegara a sentir amor, pero desde luego algo más que simple atracción sexual. Si tenía paciencia

y no le presionaba, quién sabía dónde podrían llegar.

Niall estiró la mano y Holly imitó el gesto automáticamente.

–Yo estaba pensando en un intercambio de fluidos corporales –dijo él, rotundo, y, en lugar de estrecharle la mano, tiró de ella y la abrazó. Luego le acarició el cabello y la mejilla.

–Abre la boca, Holly –dijo, en un susurro–. Quiero saborear tu dulce boca. Mi dulce y sabrosa Holly.

–Lo dices como si fuera un pastel –dijo ella, quizás para relajar la tensión eléctrica que surgía entre ellos.

–Un pastel exquisito e incitante, claro que sí –dijo Niall, mirando descaradamente a sus pechos.

–Podré vivir con ello.

–¿Y yo? –preguntó Niall, aprovechando la oportunidad.

–El tiempo lo dirá.

Niall recibió la cauta respuesta con exasperación. Y con exasperación la besó. Holly se retorció bajo sus apremiantes caricias.

–Bueno, de eso tenemos bastante. Tiempo, quiero decir… –aclaró Niall, ante la mirada confusa de Holly–. Tom va a pasar la noche con Tara.

–Bueno, en realidad,…

–No trabajas hasta el lunes, ¿verdad?

–No es eso. Es que Rowena parecía tan deprimida que… que le he dicho que saldríamos a cenar. Como se va tan pronto… ¿Qué haces? –exclamó, al ver que Niall la tomaba en brazos.

–No pierdo el tiempo, eso es lo que estoy haciendo –dijo él, arrastrándola fuera de la habitación–. Visita guiada por tu nueva casa, creo que empezaremos por el dormitorio.

–Excelente idea.

El resto de la casa quedó para mejor ocasión.

Capítulo 10

Holly se despertó al oír unos enérgicos golpes en la puerta. Encendió la lámpara de la mesilla y se levantó medio dormida.

¿Habría perdido Rowena su vuelo? Lanzó un triste vistazo al lado vacío de la cama… Niall estaría allí si no se hubiese tenido que marchar a todo correr a la hora de la comida en respuesta a un SOS de Tara.

Aunque lo que pasaba era que el niño estaba enfermo, no parecía muy angustiado: Tara mimaba mucho a Tom y el pequeño se aprovechaba, así que seguramente se habría dado un atracón de golosinas.

Holly casi ni se había preocupado por su repentina marcha hasta que Rowena le insinuó lo degradante que debía resultarle estar con un hombre que salía corriendo en cuanto le llamaba su esposa; con un par de frases había conseguido que se sintiera como plato de segunda mesa, y eso que Holly se había esforzado lo suyo en no hacer caso de los comentarios de Rowena. Su hermana sacaba la artillería pesada en cuanto salía a relucir el nombre de Tara… ¿otra muestra tal vez de su instinto posesivo? Se dijo que su relación con Niall estaría sentenciada si Rowena decidía un día mostrarse posesiva con ella.

Se le ocurrió pensar que tal vez Tom se había recuperado más pronto de lo previsto, así que salió disparada a abrir la puerta. Cuando lo hizo, casi se le vino encima su inesperado visitante.

–¿Dónde está? –preguntó, pugnando por recuperar el equilibrio.

–¿Quinn…? –Holly lo siguió mientras por todo el salón.

–Sé que ha vuelto: la han visto. No te esfuerces en negarlo…

El Quinn Tyler que ella conocía era un hombre alto y fuerte, con un gusto exquisito para los trajes caros, las chicas guapas y las motos de carreras. Debía de estar impresionante con su traje de motorista, pero aquella noche presentaba un aspecto lamentable.

Tenía una barba de varios días, y estaba pálido y desencajado, con los ojos enrojecidos. Si se hubiera encontrado con él por la calle

sin conocerlo, habría cruzado a la otra acera; se notaba, además, cierta tensión violenta en todos y cada uno de sus ademanes.

La transformación del profesional intachable que ella conocía en aquel desecho humano era tan notable, que solo podía mirarlo fascinada mientras ponía el salón patas arriba en busca de Rowena. Resultaba interesante comprobar que, incluso en aquel estado, procedía metódicamente, sin dejar rincón alguno por rastrear.

–Sé que estás aquí –rugía de vez en cuando.

–Quinn, por favor, siéntate –aunque tal vez no fuera una buena idea; tal vez después no lograra levantarlo–. No puedes ir ahí –exclamó al ver que se dirigía al dormitorio. Se estremeció al oír los tremendos golpes que dio en la pared de la habitación. ¿Qué diría Rowena si supiera que le estaban echando la casa abajo?

–¡Dios! ¿Dónde está? –aquel hombretón se había transformado en un niño indefenso.

Holly se le quedó mirando horrorizada: estaba tendido cuan largo era en la cama que ella acababa de dejar.

–Sé que está aquí, puedo olerla –insistió, llevándose una almohada a la nariz e inhalando profundamente–. Está caliente… la cama todavía está caliente, Holly…

–Ha vuelto a Nueva York, Quinn –le dijo dulcemente. Se le partía el corazón al verlo en aquel estado.

–No te creo,

–Yo no te mentiría, Quinn.

–No, tú eres una buena chica, Holly –murmuró a punto de echarse a llorar–. ¿Por qué no me enamoraría de una buena chica como tú? –gimoteó, asiéndole la mano.

–Estás borracho, Quinn.

–Hasta las orejas, borracho como una cuba… ¿Qué puedo hacer, Holly? Holly… qué nombre tan bonito…

–Gracias –se dijo que más valía que a la mañana siguiente no recordara nada de lo sucedido, por el bien de los dos–. Anda, duerme un poco –le palmeó el hombro en un gesto de consuelo.

–Gran idea… la verdad es que no puedo ni moverme –dijo, mirando impotente sus piernas inmóviles.,

–Qué se le va a hacer –murmuró Holly–. Lo mejor será que te quedes aquí mismo.

–Afortunado el hombre que se case contigo, Holly –balbuceó

Quinn cerrando los ojos–. Te estoy muy agradecido– añadió cortésmente. A los pocos segundos, estaba dormido como un tronco

Holly lo miró entre divertida e irritada. ¡Hombres! Con mucho cuidado, le quitó los zapatos, le aflojó la corbata y le desabrochó la camisa. Buscó su almohada y usó el resto de cojines para evitar que se moviera y rompiera algo. Si eso ocurría, ya podía irse olvidando de conquistar a Rowena: su hermana era extremadamente intolerante con algunas cosas. Sacó el colchón en el que dormía cuando estaba Rowena en la casa y se acostó.

Holly estaba guardando las mantas y sábanas que había usado el día anterior cuando por fin Quinn se despertó. Le dedicó una cómica mueca y se dejó caer en un sillón.

–¡Dios! ¡Estoy muerto!

–Pues no lo parece.

–¿Holly? –la miró confuso hasta que por fin se encendió una bombillita en su cerebro–. ¡Holly!

–¿Te acuerdas de la otra noche?

–Más o menos… me puse en evidencia, ¿verdad?

–Seré una tumba, no te preocupes… aunque deberías arreglar el desaguisado en la pared. Rowena es muy especial para esas cosas.

En cuanto oyó el nombre de su hermana, Quinn se quedó visiblemente mohíno. ¿Qué habría pasado si Rowena hubiese estado en la casa?

–Sí, lo haré. Siento haberte quitado la cama –se disculpó advirtiendo preocupado que iba muy ligera de ropa.

–Olvida lo que estás pensando: no eres mi tipo, Quinn.

–¡Uf, menos mal! –replicó aliviado–. ¡Dios mío! ¡Qué mal sabor de boca tengo!

–El baño está a tu entera disposición.

–¡Eres un ángel! ¿No tendrás una aspirina o similar?

–Será mejor que tomes paracetamol. Tu pobre estómago ya ha sufrido demasiado. Voy a preparar café.

–Gracias, Holly –dijo el joven conmovido.

–¿Por el café?

–Por eso y por no hacer preguntas.

El café estaba hirviendo alegremente cuando oyó pasos en la moqueta y unos golpecitos en la puerta.

–¡¡Niall!! ¿Qué haces aquí?

Niall la asió por la cintura y, sin dejar de besarla, la empujó hacia el interior de la casa; estaba recién duchado y su aroma resultaba embriagador.

–Tenemos que hablar.

–Bueno –replicó Holly sin saber a cuento de qué venía aquella urgencia–. ¿Tom está bien? –preguntó besándolo levemente en la mejilla.

–Como un toro –replicó, devolviéndole las caricias.

–¿De qué quieres hablar?

–Quería desearte suerte –contestó evasivamente. «Rata cobarde», se dijo a sí mismo.

–¿Solo eso?

–Es tu primer día en el nuevo trabajo: ¿es que se te ha olvidado? ¿O es que te sientes muy segura de ti misma?

–Ya me gustaría –¿por qué tenía la extraña impresión de que le estaba ocultando algo?

–Mmmmmm, huele de maravilla –dijo Niall aspirando el aroma del café–. ¿Estás nerviosa? –parecía preocupado.

Y tanto que nerviosa. Justo en aquel momento se le ocurrió que una situación de lo más inocente podía ser malinterpretada de la forma más tonta. Lanzó una mirada nerviosa a la puerta de dormitorio.

–Un poco –contestó, dándose cuenta de que automáticamente Niall miraba en la misma dirección–. No he dormido mucho –enseguida lamentó dar explicaciones que nadie le había pedido.

–¿A ver cómo va ese café? –Quinn salió del baño con el torso desnudo, secándose el pelo con una toalla–. Esta sí que es la mejor medicina… –se detuvo en seco al ver a Niall–. ¡Niall! ¡Qué sorpresa! –por el tono en que lo dijo no parecía precisamente complacido.

–Sí, menuda sorpresa, colega –Niall estaba tan enfadado, que Holly se estremeció y Quinn retrocedió un poco–. Holly me estaba contando que anoche apenas durmió.

–Lo siento –se disculpó Quinn–, me temo que ha sido por mi culpa.

Holly ahogó un gemido: ¿es que Quinn no se daba cuenta de que estaba metiendo la pata hasta el fondo?

–Niall, esto no es… –empezó en un intento desesperado por arreglar las cosas–.

–¿…lo que parece? –Niall lanzó una terrible carcajada, dio un paso al frente y estampó un tremendo puñetazo directo a la mandíbula de Quinn que, pillado por sorpresa, perdió el equilibrio y se cayó cuan largo era.

Holly saltó como una flecha para intentar rescatar un cacharro de cerámica del que Rowena estaba especialmente orgullosa. No lo consiguió por una fracción de segundo.

–¡Mira lo que has hecho! –le reprochó a Niall furiosa.

–Es una pena que no demuestres el mismo interés por otras de las pertenencias de Rowena –comentó Niall con una frialdad que la dejó clavada–. Lo has hecho por venganza, ¿verdad? –le espetó.

Holly se quedó lívida al oír que la acusaba de haberse acostado con el novio de su hermana. ¿Eso era lo que pensaba de ella? Cuando todavía estaba pensando qué contestar, Niall volvió a la carga.

–¿O lleváis más tiempo? Si hubiera sabido que esto es lo que te gusta, habríamos limitado nuestra relación al dormitorio: eso me habría facilitado mucho la vida.

–¡Yo no quería facilitarte la vida! –rugió Holly.

–¡Ja! Noticias frescas. No has hecho otra cosa que complicarme la existencia desde el momento en que te insinuaste…

–¿Que yo qué? –¿cómo podía estar hablando en serio?–. No hice nada de eso, en contra de lo que dictaba el sentido común, acepté ayudarte… Ojalá no lo hubiera hecho…

–Nunca me gustó este cacharro –Quinn había conseguido incorporarse y estaba examinando los fragmentos.

Niall, que embebido en la discusión había olvidado a su adversario, se volvió como una fiera.

–¿Y a quién le importa eso? –barbotó–. ¡Levántate, Tyler! Y a ti no se te ocurra venirme con el cuento de que la de anoche fue la primera vez –le espetó a Holly.

–No lo fue –«ni la primera, ni la segunda ni la tercera, estúpido».

Niall apretó los puños hasta que le chasquearon los nudillos mientras lanzaba a Quinn una mirada fulminante. Se sentía

engañado, frustrado, inmensamente furioso.

–¡No te levantes, Quinn, o volverá a pegarte! –le advirtió Holly.

–No lo creas –se defendió Quinn–. Antes me ha pillado de sorpresa.

–¿Sí? Solo hay un modo de averiguarlo –insistió Niall, con ánimo beligerante–. ¿Te llama ella o la llamas tú? –preguntó, apretando los dientes–. ¿Qué te has propuesto, ser su mentor?

–¿De qué estás hablando? ¿Crees que no puede pasar una noche sin que me acueste con un hombre? –exclamó Holly con desprecio. Los hombres y su comportamiento dominante y machista. Por primera vez en su vida, el celibato se le antojaba una opción muy atractiva–. Por favor, nada de sangre en la alfombra de Rowena. ¡Por Dios Santo, Niall, tranquilízate! Te estás portando como un estúpido.

–No solo él –dijo Quinn, entre dientes, sintiendo una repentina comprensión por el hombre que lo había golpeado.

–Cierra la boca, Tyler, nadie te ha pedido opinión.

–¡Oh, vamos! A ver si os portáis los dos como personas creciditas y no como un par de chiquillos.

Quinn sonrió mientras trataba de ponerse en pie.

–Lo que usted diga, señora –dijo, palpándose la cabeza.

–Si te duele la cabeza, es culpa tuya.

–Eso solo empeora las cosas –dijo Quinn.

–¡Si no puedes soportarlo, a lo mejor te convendría alejarte de su cama!

Holly estalló.

–Esto ha ido demasiado lejos, Niall. ¡Ya está bien! Te estás portando como un celoso…

–¡Pues claro que estoy celoso, mujer! –replicó él con desprecio–. ¡Qué hombre no lo estaría si se da cuenta que la mujer de la que se ha enamorado como un imbécil ha pasado la noche con un donjuán!

Las palabras fueron como una explosión en la cabeza de Holly.

–¿Qué has dicho?

Niall echó la cabeza hacia atrás, como si le hubieran dado un puñetazo.

–He dicho –gruñó, tratando de evitar la cuestión– que le voy a romper la cara.

–No, no es eso lo que has dicho.

–¿Ah, no? Bueno, da igual, se la voy a romper de todas formas.

Quinn miraba a uno y a otro con expresión de incredulidad.

–Bueno, ya sabes dónde encontrarme, Niall. Te espero cuando quieras –dijo, y besó a Holly en la mejilla. Niall estuvo a punto de cumplir sus amenazas–. Gracias, Holly… por cederme tu cama.

–Tú camisa… la chaqueta… –masculló Holly, metiéndose en la habitación y saliendo a toda prisa–. Deprisa, deprisa –le sugirió a Quinn, apremiándolo a que se marchara.

–¿Dónde te crees que vas, Tyler? –insistió Niall.

–A casa, amigo –respondió Quinn, tranquilamente–. Te invitaría, pero sospecho que tienes algo mejor que hacer.

Tenía un aspecto horrible, con dos moretones en la cara, y Holly se sintió muy culpable, pues, en vez de atenderlo, estaba deseando que se marchara. No podía esperar más para quedarse a solas con Niall: «me quiere, me quiere», se repetía.

–No irás a conducir, ¿eh, Quinn? –le dijo.

–Si te digo la verdad, Holly, no tengo ni idea de dónde he dejado el coche –dijo, rebuscando en el bolsillo de la chaqueta–. Ni la cartera, ¿tú no…?

Holly extrajo la cartera de su bolso y se la dio junto a su pequeño bloc de notas.

–Ya te lo he dicho antes, eres un ángel.

Holly sonrió.

–Adiós, Quinn.

–Oye, Holly, no le menciones esto a… ya sabes, ¿de acuerdo?

No hacía falta ser un genio para saber a quién se refería.

–No has respondido a mi pregunta, Niall –preguntó Holly nada más cerrar la puerta.

–¿Cómo dices?

–No te hagas el tonto.

Niall estaba aturdido. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que aquellos dos no eran amantes?

–No has pasado la noche con él, ¿verdad?

Holly sonrió. Disfrutaba de su turbación, porque él se merecía sufrir. ¿Había dicho lo que ella creía que había dicho?

–Ni esa ni ninguna otra.

–¿Nunca?

–Pareces decepcionado. La misma decepción que me habría

llevado yo si hubiera querido seducir a Quinn la pasada noche, estaba borracho como una cuba.

–Tienes que admitir que la situación era muy equívoca.

–Para alguien que no sabe lo que es la confianza, sí.

Niall apretó los dientes.

–No puedo imaginar que un hombre no quiera acostarse contigo.

–¿No puedes?

–Eres la mujer más deseable que he conocido en mi vida –dijo Niall, mirándola a los ojos–. Te quiero, estoy enamorado de ti, Holly, casi desde la primera noche –se le quebró la voz–. Aunque me costó darme cuenta.

Holly no podía creer que ella, la discreta y amable Holly, pudiera despertar aquellos sentimientos en un hombre como Niall Wesley.

–Me conoces muy poco, Niall.

Niall suspiró.

–Y ese es parte del problema, ¿no?

Holly guardó silencio. Quería dejar que Niall se explicara, pero, por su parte, no había problema en absoluto. Por primera vez en mucho tiempo en su horizonte personal no se vislumbraba ni una sola nube.

–Sé que era demasiado pronto –dijo Niall, sacudiendo la cabeza–. La gente no se enamora la primera noche.

–Parece ser que tú sí.

No se resistía a la posibilidad de oírselo decir de nuevo. Se sentía ligera, volando. ¿Podría existir alguien tan feliz?

–Pues sí, me enamoré –dijo Niall, apretando los dientes–. Sé que tú no estás enamorada de mí, pero si te dejas llevar seguro que te enamoras. Podemos ir poco a poco…

Holly agachó la vista.

–Creo que no.

Niall se puso pálido.

–Yo respeto tu vida profesional… –dijo en voz baja–. Yo ya tengo a Tom y no quiero que haya ninguna presión para tener hijos. Y en cuanto al matrimonio… –dijo, y se encogió de hombros–. ¿Qué significa un trozo de papel? –dijo, sin mucha convicción–. Sé que puedo hacerte feliz si me dejas.

A Holly se le escaparon unas lágrimas de pura felicidad. El brillo

de sus ojos dejó paralizado a Niall.

–No dejes tu trabajo, como vendedor no vales nada.

Una luz de algo parecido al alivio comenzó a brillar en los extraordinarios ojos azules de Niall.

–¿Ah, no?

–No me interesa el producto que quieres venderme –dijo ella, tomando su rostro entre las manos–. Quiero niños, y quiero ese trozo de papel, no necesariamente en ese orden y no necesariamente pronto… bueno, lo del niño.

–¿Servirá un padre veterano como yo? –preguntó Niall con una sonrisa de exquisita felicidad.

–Creo que sí. Y la confianza será parte importante de todo ello.

–Ah, pequeña hipócrita –protestó Niall, besando a su prometida–. Si hubieras descubierto a tu hermana o a Tara medio desnuda en mi habitación, te habrías puesto como una fiera.

Holly sonrió.

–Te habría matado allí mismo –confesó–. Pero, dime, Niall, no puedo esperar. Si era eso lo que sentías por mí, por qué no has dicho nada. Ni siquiera podía sospecharlo.

–Te pedí que vivieras conmigo.

–Por razones puramente prácticas –dijo ella, sonrojándose ante maliciosa sonrisa de Niall–, bueno, no del todo prácticas. Pero desde luego ni siquiera mencionaste la palabra «amor».

–Quería demostrarte que estaba preparado para esperar por ti.

–¡Oh, Niall! Eso es lo más romántico que he oído nunca.

Niall se encogió de hombros.

–A veces tengo buenos momentos –dijo–. Pero, amor mío, ningún hombre, a no ser que sea masoquista, le dice a una mujer que está enamorado de ella cuando ella se empeña en afirmar que no lo quiere. O, al menos, eso dice el proverbio chino.

–¡Dilo otra vez!

–¿El qué?

–¡Amor mío!

–Amor mío –repitió él.

Holly le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

–Y tú eras el más cínico con el amor y el matrimonio. ¡El soltero por excelencia!

–No me gustan los fracasos, pero con Tara fracasé en toda regla

–explicó él con un suspiro–. Aunque tuvimos a Tom, algo de lo que nunca podré arrepentirme.

–Y yo me alegro de que sea así y de que lo tengas –dijo Holly, besándolo en los labios, varias veces–. Te quiero. ¡Oh, cómo me alegro de poder decirlo!

–Y yo me alegro de poder oírlo –dijo él, estrechándola con fuerza.

–Pensaba que la manera más rápida de alejarte de mí era decírtelo.

–Probablemente tengas razón, pero me habría alejado dos días –dijo Niall–. Me ha llevado tiempo, pero creo que ya estoy preparado para un matrimonio adulto. ¿Y tú?

–Yo me siento muy adulta.

Niall se echó a reír.

–Demonios, pues parece que tienes dieciocho años. ¡Menos mal que no!

–En fin, veo que este va a ser un matrimonio de conveniencia.

–¿Y eso?

–Bueno, tienes que admitir que te va a resultar muy conveniente no tener que explicarle a tu familia que me has dejado.

–Si continúas mirándome así, pequeña, voy a tener que explicarles por qué nos casamos sin esperar a que volvieran –dijo Niall, y ella se echó a reír–. Pero espera un momento. He mandado que lo hagan más pequeño y ni siquiera he llegado a guardarlo en el banco –dijo, metiéndole el anillo en el dedo.

–Es perfecto.

–No, tú eres perfecta. Y, ahora, vamos a celebrar tu perfección –dijo Niall, tomándola en sus brazos.

–¡Oh, amor mío! –dijo ella, apoyando la cabeza en su pecho–. No puedo.

–¿No puedes?

–Entro a trabajar dentro de cuarenta minutos.

Niall echó la cabeza hacia atrás, con un gesto de frustración.

–Claro que –añadió Holly– siempre puedo llegar un poco más tarde.

Niall la miró a los ojos. Nada en el mundo le gustaba más que ver aquella expresión en su mirada. La expresión del deseo y el amor. Avanzó un paso, pero, al instante, retrocedió.

–¿En tu primer día? ¿No te da vergüenza? Ponte algo de ropa si no quieres que te vista yo –dijo con exagerada firmeza mientras la dejaba en el suelo.

Holly lo miró ladeando la cabeza.

–¿Qué tal si yo me visto ahora y tú me desnudas esta noche?

Niall sonrió.

–¡Hecho! Pero, por favor, ponte uno de esos pijamas. Un día de estos vas a tener que decirme de quién son.

–De acuerdo, uno de estos días te lo diré –asintió Holly con solemnidad–. Si el matrimonio consiste en compromisos como este, creo que me va a gustar.

–Seguro que te va a gustar, amor mío, te lo prometo –dijo Niall, con toda la sinceridad del mundo.

Y Holly le creyó.